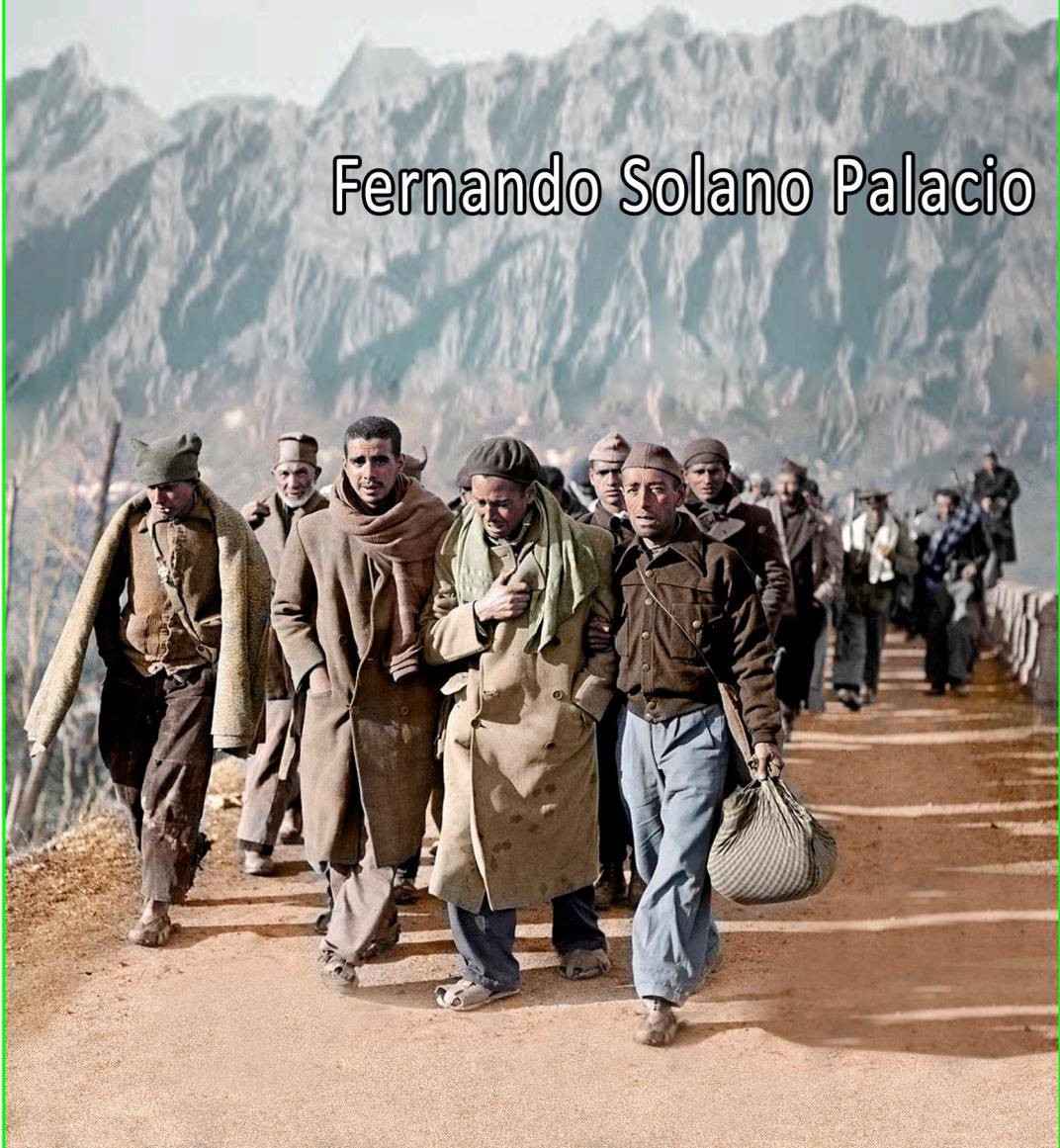


ENTRE DOS FASCISMOS

Fernando Solano Palacio

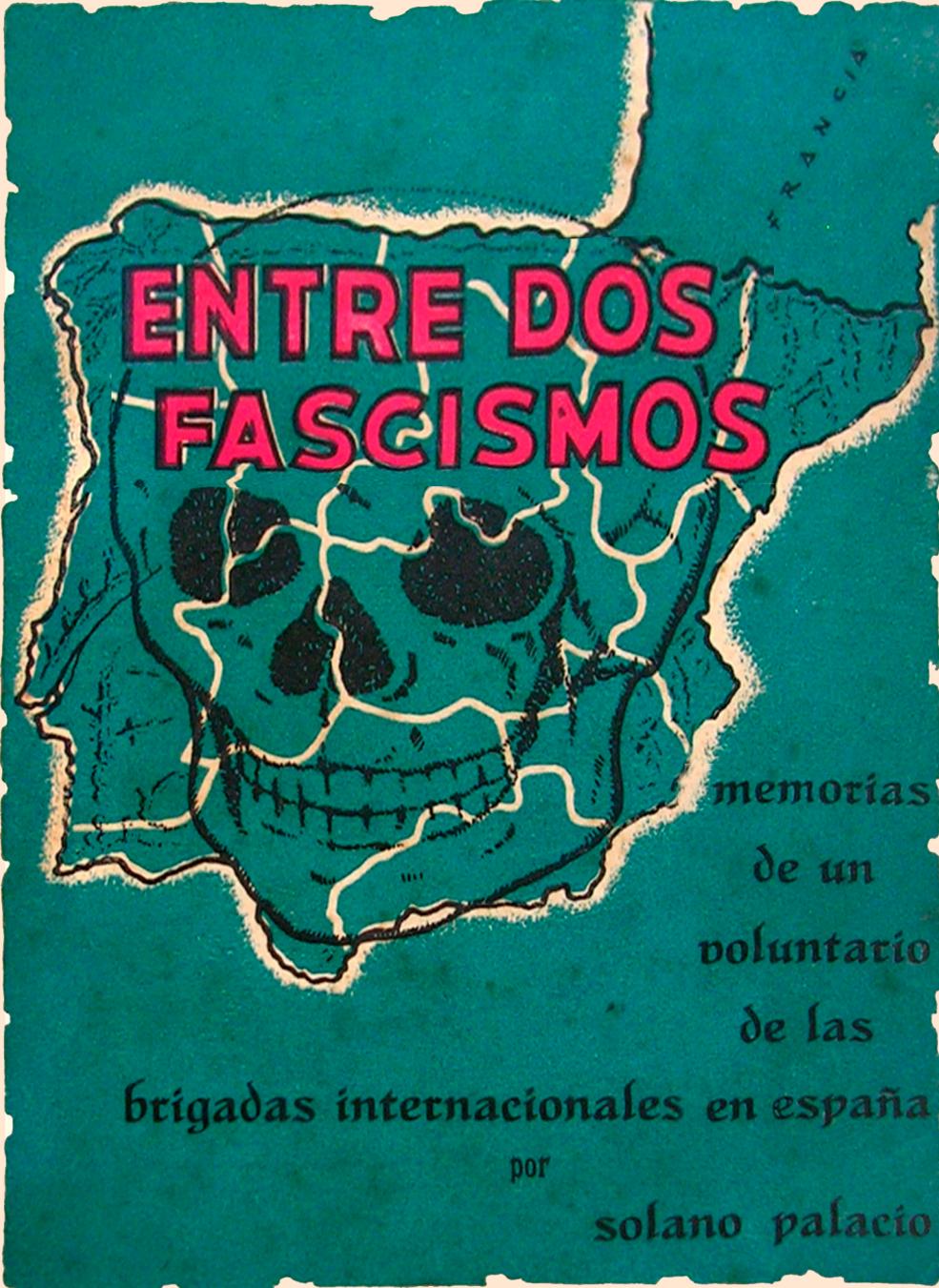


Fernando Solano Palacio, combatiente en la guerra/revolución de España, se exilió en Chile, adonde llegó el 4 de septiembre de 1939 en el barco Winnipeg.

Durante sus últimos días en España y con plena conciencia de estar asistiendo al final, Solano nos revela la dimensión sentimental de la memoria a través de un relato que específicamente se trata de una novela histórica.

Solano Palacio es muy consciente de que la llegada de los brigadistas a España supuso una reacción voluntaria y personal a la postura indiferente de muchos gobiernos europeos sobre el conflicto.

En la novela se narra que William, un descendiente de españoles exiliados en Estados Unidos, insatisfecho con su vida en aquel país, decide ir a España participando en las Brigadas Internacionales.



ENTRE DOS FASCISMOS

memorias
de un
voluntario
de las
brigadas internacionales en españa

por

solano palacio

Fernando Solano Palacio

ENTRE DOS FASCISMOS

Memorias de un voluntario en la guerra de España

Novela Histórica

Digitalización KCL.

Editorial “Más allá”, Valparaíso, Chile

Publicación: 1940

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Nota editorial

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Acerca del autor

NOTA EDITORIAL ¹

La tragedia de España ha sido en extremo honda para que se silencie sobre ella.

Tragedia que aún no ha terminado; ni para la propia España ni para los miles y miles de españoles que vegetamos en el exilio. Allá, en nuestra querida Iberia, por los crímenes sin fin de que el fascismo precisa para estrangular el espíritu esencialmente libre de nuestro pueblo; y por estas otras tierras, por los recelos que nuestro pasado revolucionario inspira a todo estado y el sentimiento caritativo y humillante de los favores que se nos dedican.

Ediciones «Iberia» quisiera disponer de millones para mostrar a los ojos del mundo los mil y un aspectos de esa tragedia y desentrañar el detalle las maniobras bajas, hijas de malos instintos e intereses bastardos, de que nuestro pueblo fue y es

¹ Insertamos esta nota de la edición hecha en París, para cuya circulación el gobierno francés exigió la entrega de cinco ejemplares en francés al Gabinete de Censura. Ante semejantes trabas, impuestas por un gobierno que se dice democrático, y suponiendo que no serían las últimas, el Grupo Editor, desistió de poner en circulación la mencionada edición. (N. de los E. Chile)

aún juguete; –pero los millones están al servicio de otros intereses–. Ediciones «Iberia», no contando con otro haber que el crédito de buenos amigos y el entusiasmo del grupo que le da forma, debe conformarse con editar, modestamente y con cortos tirajes, algunas de estas obras de que debieran sembrarse el mundo entero.

Entre dos fascismos es la primera de estas obras.

Conocidísimo es su autor, Solano Palacio, entre los lectores antifascistas de habla española. Fraternalmente querido en las dos américas y estimado hondamente en España, Solano Palacio ha escrito varios libros y ha colaborado asiduamente en la prensa libertaria de todo el mundo. Y siempre, corajudamente, sin ñoños temores, dijo verdades que le proporcionaron el odio de quienes, en todos los sectores, han hecho de su vivir una serie interminable de vejaciones y bajezas. Recomendamos aun la polvareda que levantó "La Tragedia del Norte", donde se dice toda la verdad de la caída, (venta mejor), de aquella región que era la clave de la victoria en esta guerra que hemos perdido.

Entre dos fascismos es otra pizca de verdad entre tantas verdades que aún quedan por decir de la tragedia aquélla que continúa todavía.

Ediciones «Iberia», si encuentra el cariño que esta obra merece, irá ofreciendo, modesta pero responsablemente, otras pizcas de verdad que pongan al desnudo la dolorosa odisea de nuestro pueblo.

El Grupo Editor

CAPÍTULO I

La multitud de fugitivos que constantemente afluía por la carretera, con dirección a la frontera francesa, ahora caminaba trabajosamente, soportando la inclemencia del tiempo. Niños ateridos de frío, envueltos en mantas ya inútiles, por estar mojadas; mujeres que se movían con dificultad, agobiadas bajo el peso de los fardos de ropa, maletas y demás efectos que llevaban a la espalda; carros cargados con diferentes utensilios y ropas, en cuyo interior niños y ancianos se guardaban inútilmente del frío, envueltos en cobertores mojados, mientras que los más fuertes y jóvenes caminaban a pie, empujando los carros, de los que las bestias, con actitud cansina, se negaban a tirar.

Fatigado de andar y empapado por el agua que caía, fina y penetrante, inútilmente buscaba un abrigo donde poder guarecerme de la lluvia y el frío aquella noche.

Había perdido todo mi equipaje, y calado hasta los huesos vagaba de acá para allá, andando con dificultad entre una multitud de seres desgraciados que, de no ser por sus miradas

fijas y dolorosas, semejaban a estatuas inmóviles e insensibles a la adversidad.

El espectáculo que se ofrecía a mi vista, a uno y otro lado de la carretera, era desolador: multitud de mujeres famélicas con sus hijos en brazos o pegados a las faldas de sus vestidos mojados, que arrimadas a un a peña, buscaban inútilmente un refugio o cobijo contra el agua, mal cubiertas con una manta, silenciosas frente al futuro incierto y doloroso que aguantaban la lluvia fría y fina, con una calma imponente y trágica; con ese estoicismo heroico del que ya todo lo ha perdido, y sin quejas ni lamentos soporta las adversidades que estima como algo fatal e inevitable.

Vagué de un lado a otro, sin rumbo fijo, al azar. En medio de aquel gentío que permanecía en un estado lamentable, era mirado con indiferencia, sin curiosidad, como se mira una cosa cualquiera.

Mi mirada se dirigía a los lejos, examinando todos los recovecos del valle. Por todas partes se presentaba ante mi vista el único y solo espectáculo de miseria: el valle, las próximas lomas y el otero que se alza al lado de la carretera; en fin, todo cuanto abarcaba la mirada era un inmenso y desordenado campamento de gente trashumante y fugitiva.

Debajo de los alcornoques de la ladera, al lado de las peñas volcánicas; en fin, por todas partes, se veían seres humanos: hombres, mujeres o niños acurrucados como bestezuelas extraviadas en una noche de invierno, intentando calentarse los unos a los otros, al contacto de sus cuerpos ateridos.

Sentí, olvidando mi propia desgracia, pensando en el desastre de un pueblo vigoroso, algo así como un nudo en la garganta y una opresión en el corazón, producida por el dolor de los demás. Pronto me convencí de que yo era uno de los tantos y en nada podía remediar a los millares de desgraciados esparcidos por el valle.

Buscaba un amigo, a quien había confiado un maletín que contenía mis utensilios de uso particular, los originales de un libro, escrito en Barcelona, entre bombardeo y bombardeo, y mis notas; pero en vano corría de un lado a otro, mirando y escudriñando por todas partes. Dos cosas no lograba encontrar: un cobijo donde poder reposar, al abrigo de la intemperie, y al amigo que tenía todos mis efectos. Lo demás ya todo lo había perdido.

Al fin, fatigado de tanto andar me senté al lado de una roca, haciendo un pequeño secadero con una manta que hallé abandonada en aquel lugar, empapada de agua y de lodo. Allí, recogido en mí mismo; a solas con mi dolor, me senté como un animalejo cualquiera que en remotos lugares le hubiera sorprendido la noche, sin que acertara a regresar a su madriguera.

Me decidí a dormir a la intemperie, materialmente impregnado de agua, e intentaba buscar un refugio algo mejor que me preservara de la lluvia, cuando al dar la vuelta al peñón encontré algunas prendas de ropa de abrigo y una mochila de miliciano repleta de objetos.

Me apoderé de ella con cierta indiferencia, pero luego la abrí con curiosidad femenina. Era una mochila de hule, y el agua no había logrado calarla. En su interior, envuelto en ropas blancas, hallé un paquete de papeles que desenvolví y examiné con curiosidad; y ¡cuál no sería mi asombro al encontrarme con un manuscrito, redactado en inglés, escrito con letra clara aunque algo descuidada!

Ya con el manuscrito en la mano me dirigí monte arriba hasta un lugar donde hallé un establo de ovejas, las cuales ya habían sido sacrificadas, a juzgar por la gran cantidad de pieles y tripas que se veían en las inmediaciones de aquel lugar.

Me abrí camino como mejor pude, penetrando en su interior. Era materialmente imposible dar un paseo sin pisar a algunos de los muchos que dormían o reposaban amontonados y apretados los unos contra los otros como sardinas. Encendí un fósforo y me acurruqué lo mejor posible, al lado de una mujer joven aún que daba su pecho flácido y exhausto a un niño que lloraba, y una joven que, encogida como un perro, dormitaba, acurrucada contra la pared.

Allí, encogido, unas veces en cuclillas y otras haciendo lo indecible por no lastimar a la pobre mujer que daba el pecho al niño, cantándole una canción de cuna, pasé aquella noche memorable. Algunas veces medio dormitaba; pero, como un murmullo suave y doliente penetraba en mis oídos la voz dolorosa de la madre que repetía por centésima vez:

¡Ea, ea! ¡Duerme, niño, duerme, que yo velo!

¡Ea, ea, mi niño, ea!

El niño reclamaba su pitanza, solmenando el exhausto pecho de la pobre madre, mientras que en el techo se oía el ruido monótono, producido por la lluvia pertinaz que seguía cayendo, agitada por el viento del Norte, el que, al pasar sobre el endeble tejado, rugía ululante y terrible como una amenaza de muerte, que constantemente nos hiciera recordar nuestra dolorosa situación.

Por fin llegó el día tan deseado y con la aparición del sol invernal en el horizonte cesó la lluvia.

Salimos de la cuadra que está situada en lo más alto de un gran otero. Desde allí pude contemplar el magnífico panorama que se ofrecía a mi vista. De la pasada noche de dolor y desesperación no quedaba otro rastro que ropas abandonadas a ambos lados de la carretera, que blanqueaban a los rayos del sol naciente con reflejos argentados, y alguna bestia de carga, sin control de nadie, que pacía tranquilamente en la vecina vega.

Portador de mi manuscrito, que ahora guardaba como un tesoro, bajé hasta la carretera, a lo largo de la cual solamente se veía alguno que otro viandante algo rezagado que caminaba hacia la Junquera, con paso tardo de animal cansino.

Más abajo, a un lado de la carretera, en un bosquecillo de alcornoques vi que había un grupo de personas. Llegaban unos, y otros se alejaban, haciendo un gesto de indiferencia.

Me acerqué acuciado por la curiosidad; pues el hombre es un animal curioso en todos sus aspectos. Pendiente de una de las ramas de un alcornoque, oscilaba el cadáver rígido de un hombre aun joven. Se había ahorcado. Sus ojos vidriosos

miraban a los curiosos, como burlándose de nuestras desgracias. Parecía decirnos, haciendo una mueca trágica:

«Yo ya acabé mientras que ustedes acabarán de una manera parecida a esta o peor aún, después de haber sufrido mucho. No hallarán reposo en ningún lado: serán rechazados en todas partes, peor que los mismos judíos, porque son revolucionarios, porque son anarquistas, y a los anarquistas no se les quiere en ningún país. ¿Piensan, oh seres ingenuos, que después de sus ensayos, de sus errores, y de haber claudicado ante los amaños de los políticos, que habrá en el mundo algún gobierno capaz de admitirlos en su territorio? No piensen tal cosa. Los ricos desean digerir tranquilamente el producto de sus robos que llaman negocios, y los explotados rumian con tranquilidad bovina el pienso que les da la burguesía».

Me alejé de allí poseído de estas ideas negras y pesimistas que parecían deprimir mi espíritu más aún que la misma tragedia que estaba viviendo.

De nuevo me acordé de mi hallazgo; y, sentándome sobre un peñón que una conmoción sísmica había lanzado en tiempos pretéritos desde la cima de los próximos picachos hasta allí, examiné el manuscrito, de letra algo deslucida, pero de trazos enérgicos, que a primera vista daban la impresión de carácter decidido del autor.

He aquí su contenido, vertido al español, que creo de gran interés, porque el autor, a través de las aventuras corridas, hace verídicas revelaciones vividas por él mismo.

Su propia experiencia en lo que a los hechos narrados se refiere ya es una garantía de la veracidad de esta narración, así como de lo mudable de la naturaleza humana y de la escasa consistencia de los ideales en muchos hombres; que tras de una larga historia de luchas y persecuciones, se someten a los mandatos de un gobierno cualquiera, autorizando con su silencio y complacencia los hechos más monstruosos y criminales.

CAPÍTULO II

No creo que tenga gran atractivo para el lector la historia de mi niñez, no obstante, dedicaré algunas páginas de esta crónica a describir aquellos hechos que crea merezcan algún interés, en lo que a mi formación espiritual se refiere.

Nací en la Ciudad del Cabo, en el año de 1890, y anoto esta fecha con la indiferencia de quien deseara no tener noción del tiempo y de la edad, porque no creo que los años tengan una importancia decisiva en la vida del hombre cuando nuestras facultades mentales y físicas conservan aún la plenitud de energías y el entusiasmo por los ideales.

Mi padre se llamaba José González; era natural de Asturias, región que se hizo célebre en el mundo entero, a consecuencia de los hechos de octubre de 1934; y yo, quizás debido a influencias hereditarias, sentía gran simpatía por este pueblo.

Él me había hablado muchas veces de sus montañas, de sus ríos y de sus bosques; y le había oído cantar canciones llenas de melancolía, que semejaban al ruido producido por el viento

entre el follaje, o al monótono murmullo de las fuentes, para ascender in crescendo, con prolongados calderones, hasta convertirse en un torrente de notas, parecidas, por su impetuosidad, al fragor de los torrentes que saltan monte abajo, en cataratas rugientes y atronadoras.

Mi abuelo materno se llamaba Jacob Weiner: era, además de pastor, un diestro jinete y un gran cazador de felinos.

Me recuerdo como en sueños de verle llegar del campo, rodeado de sus perros, caballero en un caballo tordillo, tocado con un gran sombrero de anchas alas, dobladas hacia arriba; la canana repleta de cartuchos y el fusil en banderola.

Era alto, sarmentoso, de recias y angulosas facciones.

Algunas veces me llevaba consigo al campo, colocándome a horcajadas delante de él en el caballo, y así solíamos galopar a través de los vastos campos, casi siempre verdes y floridos. Estos paseos me llenaban de alegría y satisfacción.

Mi madre era una mujer alta y delgada, de facciones duras, que cumplía con rigurosidad sectaria las pragmáticas de la religión protestante, en la que había sido educada. Se llamaba Ana: a mí me pusieron por nombre William.

Mi padre se distinguió en la guerra contra los ingleses, alcanzando el grado de capitán. Yo era entonces muy niño, y me acuerdo de verle llegar a casa, tocado con un gran sombrero, el sable a la cintura y un enorme revolver Colt, dentro de una funda negra, pendiente de su ancho cinto. Con mi imaginación de niño, dada a lo heroico, sentía entonces una admiración casi religiosa

por él, sin sospechar ni un solo instante que no pasaba de ser un pobre hombre.

Cuando llegaba a la casa, me cogía entre sus robustos brazos y me levantaba a la altura de su cara barbuda, besándome con cariño.

Era un hombre probo, amante de su familia y de pensamientos elevados, pero sin una orientación propia que le pudiera conducir a feliz o trágico término en la lucha por la existencia, sin necesidad de tutores que le llevaran de la mano.

Esta falta de carácter, común a muchos hombres, fue la causa de que su vida se deslizara sin personalidad propia, a pesar de sus muchas hazañas, ocupando siempre un plano secundario en todos los aspectos de la vida, tanto en el orden moral como en el material.

En uno de aquellos días luctuosos, cuando las batallas en defensa del país eran más encarnizadas, llevaron a mi abuelo, medio moribundo a su cabaña, donde expiró silencioso, sin quejarse, como el que se reconcilia con el sueño.

Mi madre permanecía con los labios apretados, silenciosa y rígida, sin verter una lágrima. Hoy se me presenta en su aspecto trágico y magnánimo, como una hija de Sion que implorara la venganza divina contra los invasores de su suelo, hasta cierto punto discutible, porque ellos a su vez, se lo habían arrebatado a otros.

Su estoicismo frente al desastre, de la muerte de los seres más queridos, era imponente. Silenciosa y heroica, parecía decir,

frente al cuerpo inanimado del autor de sus días: «¡Ha cumplido con su deber, y ya no sufrirá la vergüenza de ver su patria hollada por el extranjero!»

Era una mujer dogmática en el concepto religioso, intolerante, rígida y fanática, que acabó por llevar a mi padre a la iglesia, cosa ésta que acusaba en el hombre de férrea voluntad ante los peligros de la guerra, una condición blanda y frágil ante las exigencias de aquella mujer inflexible y dominadora.

Perdida la guerra, antes que someterse al tirano invasor, mi padre emigró a los Estados Unidos de América; pues, tanto como tenía de débil y transigente frente a las exigencias de su compañera, lo tenía de resuelto y decidido frente a las adversidades de la vida.

Nos embarcamos en Ciudad del Cabo, en un barco inglés que nos transportó hasta Liverpool, donde debíamos tomar pasaje para Nueva York.

La ciudad de Liverpool hace honor a la etimología de su nombre que recuerda carniceros y suciedad, a juzgar por la impresión que me causó con sus muelles y calles adyacentes, sucias y mal pavimentadas; y hasta sus habitantes me parecieron antipáticos.

Pasamos ocho días alojados en una fonda oscura y triste, donde los mozos que servían la comida tenían el aspecto de fantasmas.

Por fin nos avisaron para ir al embarcadero, y partimos para Nueva York, a donde llegamos en la primavera de 1902, en una mañana gris.

Nueva York me pareció una ciudad enormemente grande, pesada y deprimente con sus edificios de una altura fantástica y sus gigantescos puentes.

Acostumbrado a correr libremente por los campos de vastas y maravillosas perspectivas; a respirar los aires saturados de aromas campestres; a contemplar las apacibles laderas y las verdes montañas que se elevaban en lontananza hasta el cielo azul, cubiertas de verdor, encontré la ciudad antinatural y demasiado limitada para mí, que falto de los amplios horizontes donde recrear la vista, careciendo de la libertad de acción, a la cual estaba acostumbrado, me sentía desgraciado, como un pájaro encerrado en una horrible jaula. Las casas me parecían sórdidos tabucos y los habitantes tristes y pensativos, como agobiados por un mal desconocido.

Cada vez que subía por la angosta escalera de la posada, semiobscura, apenas alumbrada en cada descanso por una mortecina luz de gas, sentía una repulsión instintiva por todo aquello que me rodeaba; y muy a pesar mío, añoraba los campos de fragancias deliciosas y el caballo tordillo de mi abuelo, soñando galopar de nuevo a través de las praderas, por entre los árboles, en plena libertad de acción.

Nos habíamos alojado en la Baja Ciudad, cerca de South Ferry, en una fonda holandesa; a los tres días de estar allí, tomamos el tren para Salt-Lake City, donde mi madre tenía un hermano

Mi padre comenzó a trabajar, en calidad de peón en una fábrica de cementos; y yo iba a la escuela, donde lo primero que observé fue una exaltación de patriotismo morbosa, y por lo tanto exagerada, y, como resultado lógico de esto, un desprecio supremo por los extranjeros.

En los libros de texto se presentaba el nivel de vida entre los europeos y los yanquis; las diferencias existentes en el orden económico las hacían extensivas al grado cultural y moral, así como racial a cada pueblo.

Realmente este concepto de la vida y de las cosas en el orden moral y material, negando todo valor cualitativo a los pueblos y a los individuos, sacrificándolo todo a los valores cuantitativos, de que disfrutaban, me sublevaba.

Mi padre tenía un hermano en la República Argentina, que se llamaba Gonzalo, del cual solía hablar con desdén de tarde en tarde. Ha sido este modo de tratar las cosas de mi tío lo que despertó en mí cierta curiosidad por saber quién era y cómo pensaba.

Me solía decir, cuando le preguntaba por él: «Es un individuo de ideas anarquistas o algo parecido», que era tanto como no decirme nada; pues un día que le pregunté qué ideas eran aquéllas, no me supo contestar, diciendo:

– ¡Es un individuo que no está de acuerdo con nadie ni conforme con nada!

– Y tú ¿estás de acuerdo con todo? –le pregunté–.

– Con todo, no; pero con la democracia, sí –me respondió con cierto empacho, mirándome de reojo; como si le pareciera demasiada atrevida mi pregunta–.

– Bueno ¿y la Democracia qué es?

– El gobierno del pueblo y para el pueblo.

– Y ¿aquí vivimos en democracia?

– ¡Claro que sí!...

– Entonces ¿cómo es que el hijo del alcalde viste mejor que yo, y hasta el profesor le considera más que a los otros niños? ¿Acaso el Pueblo es el hijo del alcalde?

Esta pregunta no le satisfizo mucho; porque, renegando de mi precoz curiosidad, me dijo sentencioso, mientras que levantándose del asiento se retorció el bigote, que era en él prueba del mal humor:

– No es correcto en los niños hacer tantas preguntas. ¡Vete a estudiar la lección!

Luego agregó con voz baja, aunque lo suficiente fuerte para que yo lo oyera.

– ¡Al diablo con este niño y las ocurrencias que tiene! ¡Es el mismísimo retrato de Él!

A este pronombre pronunciado con cierto respeto por mi padre y con odio fanático por mi madre, agregaba yo mi

particular comentario, calculando que mi tío Gonzalo era un hombre diferente de los que hasta entonces yo había conocido; y sin conocerle, ya le tenía en gran estima, hasta el extremo que creo que haya sido este aprecio por él quien de esta forma me ha iniciado en las ideas anarquistas que, de otra manera, quizás no hubiera conocido.

Cuando de vez en cuando recibíamos alguna carta suya, lejos de traer la alegría al hogar, traía el descontento, acabando algunas veces con altercados entre los autores de mis días.

De regreso del trabajo, mi padre le contestaba y luego traducía lo escrito, con enojo de su esposa, que siempre encontraba demasiado floja la carta, y asimismo se lamentaba de que contestara a las cartas de «el malvado y perverso, inspirado por el mismo Satanás».

Sus palabras abundaban en esta clase de adjetivos, terminando siempre por decir que debía cortarse toda correspondencia con él.

Cuando me quedaba solo, cogía las cartas y las examinaba con atención, sin poder comprender su contenido, y me preguntaba por qué causa mi padre no me habría enseñado a hablar español.

Un día pregunté a mi padre la causa de ese encono contra su hermano, pero me respondió con frases ambiguas y confusas.

Esta situación, lejos de identificarme con los autores de mis días, me inducía a la reflexión sobre distintos problemas humanos y divinos.

El policía que se paraba en la esquina, permaneciendo de pie, muy estirado, rígido como una estatua, con su revólver al cinto y el tolete en la diestra, me parecía una amenaza contra mi libertad.

«¿Acaso esto es bueno?, –me preguntaba–. «Entonces, ¿qué es lo malo?»»

Generalmente lo que es bueno para unos es malo para otros. El hombre es un animal domesticado que va sucesivamente de un extremo a otro, sentando un principio de libertad que está bien lejos de sentir, y trata de evitar por todos los medios que sus palabras no se traduzcan en hechos que lesionen sus intereses. En el fondo de sus actos actúa casi siempre un sentimiento de orgullo necio y de egoísmo infundado. Lo suyo es lo único, lo mejor de todo.

Estas reflexiones me traen a la memoria el recuerdo de una mujer que se creía emancipada, y suponía que sus hijas eran más honradas porque no habían tenido novio a los treinta años y las suponía vírgenes.

Mi curiosidad crecía de más en más por saber cuál era la causa de que mi madre odiara de aquella manera injustificada a mi tío, que me constaba que al terminarse la guerra del Transvaal, nos había ayudado económicamente.

Le volví a preguntar a mi padre, pero me contestó lacónico:

¡Tú quieres saber demasiado!...

Aquel modo de tratar las cosas, el temor constante de haber dicho demasiado, la tiranía de mi padre en asuntos religiosos, y el odio a mis condiscípulos, comenzaban a amargar mi existencia, y comencé a pensar en marcharme de casa, a fin de no soportar la befa de mis convecinos y la tiranía de mi familia.

La vida para mí no era muy agradable entre aquellas gentes; los niños se creían más inteligentes que yo porque sabían recitar bien sus lecciones, y porque iban a la iglesia por las tardes a cantar himnos a dios, y en fin, como única e incontrovertible razón, porque habían nacido en el país, como si la inteligencia fuera un don anexo al individuo que nace acá o allá.

Aquello me sublevaba interiormente, y en vez de acudir a los juegos propios de la infancia, cuando no tenía mucho que hacer, me iba al campo, recogéndome en mí mismo, como sin con esto me ejercitara para ser más fuerte que mi padre y todos mis condiscípulos, deseando verme libre para emprender el camino de la vida, siendo yo el único conductor y guía de mí mismo.

Siempre pensé que los animales débiles se unen para defenderse de sus enemigos, y que los hombres se unen casi siempre para hacer daño, siendo más solidarios cuando practican el mal que cuando piensan en el bien. El hecho es que si el hombre se une para defenderse, es porque a su vez es atacado por otros hombres no mejores ni peores que el resto de los seres humanos.

Otra observación hecha por mí al respecto en aquella época, consistió en la comprobación de la maldad humana organizada hasta en su forma más rudimentaria. El hombre aislado

generalmente es generoso y solidario; pero, reunido con sus partidarios políticos o religiosos se convierte en un ser odioso, capaz de cometer todas las bajezas imaginables para imponer a los demás su credo o su voluntad domesticada.

Mi corta experiencia en las riñas tenidas con mis condiscípulos, me había probado que no existen valores individuales en los grupos de seres humanos, porque siempre, cuando reñía con algún indígena, a la salida de la escuela, me encontraba con un conjunto que hacía suya la causa del provocador.

Un día me negué a ir a la iglesia, alegando que no estaba conforme con un dios que establecía o toleraba diferencias de razas y privilegios entre los extranjeros y los nativos, los ricos y los pobres.

– Eres el mismo retrato de tu tío Gonzalo –exclamó mi madre con enojo– y serás con el tiempo tan malvado como él.

– De acuerdo –le respondí yo con aplomo–, pero tu dios que todo lo puede ¿por qué no nos hizo buenos?

Esta respuesta la desconcertó hasta tal extremo que, indignada, puso el grito en el cielo y juró enviarme a una casa de corrección, para que me educaran al estilo y usanza de la burguesía y los hipócritas que imitaban sus costumbres vandálicas de decapitar y arrancar cuanto de propio y natural hay en los individuos, para injertarles ideas y formas amaneradas y falsas, a base de eso que ellos y sus cómplices, llaman moral, que consiste en retorcer la personalidad de los

seres humanos, condenándolos a la esclavitud y a la cobardía para el resto de sus días.

– ¿A quién se parecerá este demonio? –solía decir ella, como indicando al autor de mis días que me parecía a alguien de su familia, cuyo nombre no quería ni mentar por temor de ofender a su dios.

Cuando mi padre regresaba del trabajo, le abordaba con estas u otras cuestiones.

– ¡Es un sacrilegio! ¿Sabes lo que ha dicho?

– Cualquier cosa diría –respondía el pobre hombre con ánimo de no excitar la cólera de su mujer.

Pero ella, lejos de conformarse con esta explicación ambigua, continuaba más excitada aún:

– ¿Llamas tú cualquier cosa a esta blasfemia? ¡La culpa no es del chico, es tuya por no darle educación! ¡Todo el pueblo lo dice!

Mi padre que conservaba un poco de la socarronería del campesino asturiano, solía responder con sorna:

– Pues yo no he oído aún la voz de ese pueblo.

Entonces ella, en el colmo de la exasperación, le observaba de arriba abajo con una mirada olímpica y se encogía de hombros como diciendo: «¡Vaya un imbécil!»

El pobre hombre sudaba ante aquella mujer evangélica que se pasaba las horas leyendo la Biblia, y que, a fuerza de leer cosas absurdas, había acabado por no comprender lo que leía, como acontece con la mayoría de los lectores de las cosas divinas; pues, ya fuera en las lamentaciones de Jeremías, ya en las máximas pesimistas y terribles de Eclesiastés, ya en los milagros y prodigios del Éxodo, en todas partes veía amenazas que conturbaban su pobre espíritu, retorcido y deformado por prolongadas oraciones y disciplinas. El resultado de esta fe ciega en los evangelios y el Viejo Testamento, tanto para mí como para mi padre, era catastrófico, como se puede ver por los pocos hechos que me limito a exponer en esta mi historia.

Por un lado, las exigencias maternas en asuntos religiosos y de otro la antipatía que me inspiraba el maestro de escuela, cuyas enseñanzas patriotas y negativas chocaban contra mi natural rebeldía, crearon en mí un estado de conciencia personal, contrario a cuanto veía y se me enseñaba.

El viejo maestro que era un antiguo soldado de la guerra de Sucesión, era tan ignorante en asuntos de Historia Universal, que su sabiduría sobre esta materia no pasaba más allá de Washington y Jefferson.

Nos obligaba a repetir de memoria todos los nombres de los presidentes habidos hasta entonces, cuyos retratos pendían de las paredes de la escuela, convirtiéndola en una galería de pinturas baratas. Además de sus nombres teníamos que saber todas las buenas particularidades de sus personas. Los héroes siempre son virtuosos; sus miserias, y sus debilidades no deben trascender al público.

Todo esto iba creando en mí una especie de protesta interior, que si bien no me era dable exteriorizar, iba acumulando en mi espíritu de niño fermentaciones rencorosas contra todo aquello que me rodeaba.

Acabé por odiar al maestro de escuela por fanático y cretino y a mis condiscípulos por patrioterros, cuyo argumento más sólido y autorizado en estas materias, era la consabida frase: «I am american». (Soy americano). Odiaba a los personajes presidenciales, a mi propia familia y a cuanto de podrido y falso me rodeaba.

En esta situación lamentable, un día de primavera, cuando la sangre corre por nuestras venas con más celeridad, me decidí a dejar la casa paterna, deseoso de sacudir el yugo de mi esclavitud, para poder vivir mi vida, dentro de una posible libertad.

Y con la firmeza de carácter que siempre me acompañó en mis resoluciones, en un tren de mercancías que salía para Chicago, abandoné Salt-Lake, adonde no volví hasta después de muchos años.

CAPÍTULO III

Tal vez no sea de gran interés para el lector el relato que yo pudiera hacer de los percances que me han acontecido en los treinta y cinco años que llevo de lucha contra el medio que me rodea, aunque algunos de estos sucesos sean tan extraordinarios que podrían entrar en el terreno de lo imaginario y novelesco.

A pesar de mi modestia me creo obligado a dar una pequeña explicación, a fin de que algunos malintencionados, de esos que lucen etiquetas nuevas y carnés flamantes, no hagan creer que soy un advenedizo al movimiento, a quien se le pueda confundir con los fascistas, ni con ellos mismos, cosa que ya intentaron hacer en otras ocasiones.

Haré constar solamente que durante estos largos años de luchas cruentas y enconadas, conocí las amarguras del destierro, de la prisión, y también he soportado con estoicismo las torturas refinadas de los sicarios; y supe mirar cara a cara a los jueces, sin inmutarme, mientras dictaban contra mí una sentencia de muerte por sedición.

Mi interés hoy se limita a escribir mis impresiones sobre lo que yo he visto y sufrido en España, a donde fui a pelear como voluntario, y, con gran pesar por mi parte, pude comprobar cómo la Revolución hecha por el Pueblo fue estrangulada por los políticos y sus colaboradores, tan culpables como ellos mismos, orientando aquella fuerza del pueblo, muchas veces ciega, por derroteros contrarios a los propios intereses de este.

Como ya he dicho en otra parte de este relato, mis ascendientes paternos eran asturianos. Un hermano de mi padre, por quien yo tenía gran simpatía, sin conocerle, había recorrido todas las latitudes, propagando ideas subversivas, y por fin, mi padre mismo había sido un aventurero. Posiblemente sufrimos la herencia atávica de nuestros antepasados, los godos. Mi padre tenía los ojos azules y el cabello rubio, y según me informaron, mi tío Gonzalo tenía las mismas características raciales.

Mi simpatía por la causa revolucionaria española no se limitaba a hacer propaganda platónica; todo lo contrario, deseaba ardientemente venir a España, a pelear por la libertad y el bienestar del pueblo; dar mi sangre y mi vida si era necesario, por una causa justa.

En este estado de ánimo me alisté voluntario en una Brigada Internacional, lleno de entusiasmo, impaciente por llegar al suelo ibérico de tradicionales rebeldías; aunque pronto me vi decepcionado, en cuanto a la calidad de los voluntarios que habría de tener por compañeros de armas.

En su mayoría eran pobres hombres sin ningún contenido ideológico: vinieron a España como hubieran podido ir a otro lado cualquiera, empujados, los unos por el deseo de aventura, y los otros por el cansancio de una vida sin objeto, vegetativa, en un medio corrompido.

En su casi totalidad, los componentes de estas fuerzas, eran detritus de la sociedad, sin ideas ni afectos. Habían ingresado en las Brigadas Internacionales en busca de una solución y un objetivo a sus existencias inútiles y hasta nocivas, sin fuerzas morales para elevarse sobre un medio corrompido y abyecto, donde se habían sumergido, vencidos y claudicantes.

Es verdad que, entre estos despojos de la humanidad, había unos cuantos aventureros, que obedecían las consignas del Partido Comunista, el cual abrigaba la esperanza de implantar en España una dictadura con la ayuda de estas fuerzas mercenarias: los había idealistas que, ajenos a estas bajas maniobras, sintiendo la causa antifascista, por la cual luchaba el pueblo español, se habían alistado en estas Brigadas, llenos de entusiasmo y buena fe.

Se daba el caso un poco inexplicable para quienes no estábamos en el secreto de las cosas, que los reclutadores de hombres, preferían a estos elementos, procedentes de los bajos fondos sociales, tarados por la herencia y por la acción del alcohol sobre sus averiados organismos, a los elementos idealistas, que realmente sintieran la causa de la libertad.

Bajo el punto de vista partidista y guerrero, este hecho, en apariencia incomprensible, tenía su explicación, ya que en la

guerra el valor, así como la obediencia ciega y pasiva, son atributos comunes a los hombres de escasos alcances, embrutecidos por los excesos cometidos, víctimas de sus vicios y aberraciones; y en cambio los hombres inteligentes se avienen mal a obedecer como autómatas, y, generalmente, se rebelan contra las imposiciones de una disciplina rígida, denigrante y odiosa, que a cambio de una ciega obediencia, los expone a perder un miembro del cuerpo o la propia vida, sin saber por qué ni por quién.

En estas condiciones el hombre inteligente huye ante el peligro, poseído del instinto de conservación, y solamente le animará en la lucha el entusiasmo cuando sabe que persigue un ideal de justicia.

En España, el ideal había desaparecido, según pude comprobar por lo que veía y, de no ser por amor propio, cuando me vi en el tren, conducido como un reo o una unidad de rebaño, me hubiera marchado.

Estábamos en la frontera franco-española, y en una oficina abierta al efecto, nos preparaban la documentación para entrar en España, tomando buena nota de nuestro estado, edad, nacionalidad, etc., y sobre todo (parece que esto era lo más interesante para ellos), averiguando detalles de nuestra ideología social o política y actividades que hubiéramos desempeñado en las organizaciones obreras.

Decían que era esto para conocernos bien a todos, a fin de proceder al nombramiento de los mandos con justicia, teniendo en cuenta el valor y reconocido antifascismo de los

componentes de las unidades, cosa que no fue así, ya que aquella medida no tenía otro objeto que el de conocer a los componentes de las fuerzas, para proceder contra ellos, o por lo menos vigilarles de cerca. Era una ficha con todas las características policíacas, y de cuyos métodos, muchos de nosotros veníamos huyendo, y ahora íbamos a exponer nuestras vidas por abolirlos para siempre.

Por lo menos tales habían sido nuestros propósitos al ingresar en las Brigadas Internacionales.

Nos quitaron nuestros pasaportes, entregándonos a cambio de ellos, carnés del Partido Comunista.

Nos hicieron formar en un gran patio y dos individuos que vestían vistosos uniformes con galones rojos, guarnecidos con hilos dorados, nos dirigieron la palabra: peroraron largamente acerca de los deberes del miliciano para con la República española y el Partido Comunista, que, según ellos, era una misma cosa. Nos hicieron saber que por sobre los sentimientos de familia, de amistad y hasta por sobre los conceptos individuales de tendencias más o menos perniciosas, estaban las consignas del Partido que en lo sucesivo deberían ser obedecidas ciegamente: «Las consignas son órdenes, y las órdenes no se discuten; ¡se obedecen!», decía uno de ellos, haciendo gestos exagerados y moviendo mucho los brazos con una mímica grotesca, que tenía algo de teatral.

Cuando pude respirar con alguna satisfacción, libre de los gritos de aquellos energúmenos fanáticos y terribles, me sentí tan humillado como un animal de establo, marcado con la marca

del amo; y a mi pensar comprendí que entre los fascistas de Franco y aquellos hombres no existía otra diferencia que el nombre y las fórmulas exteriores; en el fondo eran una misma cosa.

Apenas estuvimos controlados en la forma ignominiosa que acabo de narrar, nos encuadraron en unidades militares, con sus correspondientes mandos, preparándonos para marchar en un momento determinado.

A mí me destinaron a una compañía de infantería mandaba por un capitán, a quien llamaban Alex Creek, que decía ser ciudadano inglés, pero que, a juicio mío, era ruso; pues, por más esfuerzos que hacía no llegaba a dominar correctamente el idioma de Shakespeare.

Era un tipo de porte marcial, de elevada estatura y de ojos pardos, animados por una mirada dura que delataba un espíritu estrecho y fanático.

El oficial que mandaba la sección, en la cual yo fui enrolado, decía llamarse Skobine, y ser de nacionalidad polaca. Tenía su historia, de ser verdad lo que se decía de él, asegurando los interesados en ello, que se había pasado a las fuerzas rusas durante la guerra ruso-polaca, y luego que había luchado al lado de Trotsky, hoy considerado por el pueblo ruso como un vulgar traidor, vendido al capitalismo internacional.

No sé lo que habría de verdad en toda esta historia, quizás fabricada en Moscú, lo que sí pude observar fue la falsedad de ciertas versiones referentes a elementos del Partido que asumían los mandos superiores.

Parece ser que algunos elementos anarquistas de Cataluña, con una visión clara de las cosas, respecto a lo que eran las famosas Brigadas Internacionales y sus propósitos, ya que en España sobraban hombres y faltaban armas, se oponían a nuestra entrada en el país, y en Perpignan nos sometieron a un reconocimiento médico, por cuyo procedimiento fueron rechazados un gran número de voluntarios.

Allí, viendo el estado lamentable de salud de muchos de ellos se pudo comprobar cómo solamente la desesperación, producida por una larga vida de crápula, de disipación y de vicio les había inducido a adoptar, como último recurso, el encuadrarse en dichas unidades, o bien lo hacían agobiados por la miseria y la falta de trabajo.

Después de un examen detenido, hecho por uno de aquellos galenos, que en el fondo me eran simpáticos, porque suponía que serían compañeros, tomándome la medida del tórax, auscultándome con todo detenimiento y haciéndome andar y toser, mientras me apretaba las partes genitales, como si buscara la presencia de una hernia, me declaró útil, ya sin gran entusiasmo por mi parte, cuyo ardor por la causa española comenzaba a mermar, al cerciorarme de que ya había desaparecido la causa misma, o estaba a punto de desaparecer.

Me siguió en el examen Jack White. Este muchacho, que era natural de Salt-Lake City, conocía a mi familia, y se había encontrado conmigo en Nueva York, en el momento mismo del enganche.

En algunas temporadas pasadas en Salt-Lake, le había conocido, tanto a él como a una muchacha, llamada Bertha, de la cual estaba perdidamente enamorado.

Ella que era por naturaleza orgullosa y altiva, le había hecho objeto de sus más despiadados desdenes, cuyos rigores le habían, en un momento de desesperación, inducido a enrolarse en las Brigadas Internacionales. No tenía grandes conocimientos ideológicos, pero era noble y de sentimientos elevados.

Este muchacho pasaba el tiempo escribiendo versos amorosos y cartas a Bertha, a las cuales nunca contestaría; pues, si en Salt-Lake le había despreciado, lo razonable era que ya estuviera olvidada de tan inoportuno pretendiente. Bien es cierto que a las mujeres les agrada que se las admire y se las ame, aunque no sea más que para satisfacer su vanidad, cruelmente implacable, jugando con la víctima que tiene la desgracia de prendarse de ellas.

Había yo conocido a Bertha Bock, en uno de mis viajes a aquella ciudad, así como a su familia. Su padre era un ferroviario de la línea de San Francisco a Nueva York, y ella una coquetuela, muy prendada de sí misma, que le gustaba divertirse a costa de sus enamorados.

El pobre Jack se había entregado a esta aventura en un raptó de desesperación, como se hubiera podido arrojar de un puente abajo. Se pasaba las horas contemplando una fotografía que conservaba como recuerdo de la ingrata. Al dorso decía simplemente: «From Bertha to Jack».

Para su imaginación de poeta, estas cuatro palabras eran todo un poema de amor que él rimaba en sentidos madrigales.

En más de una ocasión le sorprendí contemplando aquella fotografía. Yo no veía en ella otra cosa que altivez y egoísmo. Aquellos ojos fijos que parecían sonreír, aquel gesto de displicencia, medio serio, medio sonriente, sus ojos duros y enigmáticos, me daba la impresión de una mujer poco veleidosa y quizás pérfida. Como las hijas de Albión, era fría, enamorada de sí misma, con la mirada puesta en el porvenir.

Bajo este punto de vista, Jack era un fracasado, que ahora, como otros muchos, corría hacia la Península Ibérica sin ideal ninguno que defender, pero quizás en busca de la muerte, empujado por la mano de una mujer inconstante, que como Lorerey, la sirena de las leyendas germanas, atraía a los hombres hacia sí para matarlos luego.

Nos llevaron a Figueras, primer lugar de concentración, donde nos acuartelaron en un viejo caserón que en otro tiempo había sido hospital y le habían habilitado para alojarnos.

Allí nos encontramos con otros muchos desgraciados como nosotros; pues los pocos idealistas que íbamos entre aquella tropa habíamos perdido nuestras ilusiones al contacto con la realidad.

Entre aquella multitud de seres sin personalidad como entre el fango y los musgos se encuentran las piedras preciosas, se encontraban valores de primer orden.

Un día, al recibir la ración, me encontré con Henry Stony, antiguo militante, con el cual había pasado algún tiempo en una cárcel de los Estados Unidos.

Nos abrazamos, con mutua pena el uno por el otro; y cuando en lo sucesivo nos pudimos ver y hablar en libertad, añorábamos aquellas pasadas luchas, donde se daba todo con altruismo por el ideal, sin pensar en otra recompensa que en los palos de la policía y en la cárcel.

Después de algunos días de descanso, o mejor dicho, de encarcelamiento, porque no se nos permitía salir a la calle, procedieron a la completa organización de unidades para marchar a los frentes.

Cada capitán se hizo cargo de su compañía y cada teniente de su sección. Tanto Alex Creek como Skobine y otros tenientes y capitanes, cuyos nombres desconozco, aparecieron perfectamente uniformados, con sus botas altas, de color anaranjado, las barras en las guerreras y las gorras que le servían de distintivos. Alex Creek se paseaba altivo, examinándonos, como el vendedor de esclavos debió de haber examinado una tropa de ellos en vísperas de llevarlos al mercado.

CAPÍTULO IV

Nos acomodaron en unos vagones de ferrocarril bastante deteriorados y sucios, dividiéndonos en compañías, con el fin de evitar toda confusión y todo desorden.

No obstante, la tan mentada disciplina, la mayoría de mis compañeros, llevaban botellas de licor, y esto ya suponía un mal principio de viaje.

Pronto sentí los efectos de estas demasías, cometidas por aquellos hombres que, habituados a llevar una vida de disipación, al verse en posesión de algunas cantidades de dinero que les habían adelantado, lo primero que se les ocurrió fue comprar bebidas alcohólicas, para tratar de olvidar sus penas.

El ajetreo del coche, la incomodidad que suponía ir apretujados los unos contra los otros y agregando a ello los vahos del alcohol que despedían algunos de estos hombres, ya borrachos, y el humo del tabaco, me produjeron un verdadero malestar.

Jack se había inclinado a mi lado y dormitaba, recostado contra el respaldo del asiento. Frente a nosotros un finlandés hablaba en voz alta con un sueco, dando una entonación particular a sus palabras de sonidos claros y sonoros que acusaba una proximidad de parentesco con el sánscrito; un grupo de serbios cantaban a coro canciones de una dulzura y entonación muy parecida a las que había oído a mi padre, cuando cantaba cantatas de su tierra. En el asiento de enfrente se habían acomodado dos ingleses pelirrojos, quienes después de haber bebido grandes tragos de ron, o algo parecido, se insultaban mutuamente. Un tercero dormía, dando fuertes ronquidos.

Viendo que los ingleses se intentaban pelear, intervine, deseoso de apaciguarlos, pero apenas había pronunciado dos palabras cuando uno de ellos me gritó de mal talante:

– «You go to hell, yankee!» (¡Vete al infierno, yanqui!).

No quise exacerbar más la ira de aquel desgraciado, y me senté de nuevo. Pero él no lo entendió así, y cesando en su querrela contra su paisano, se vino hacia mí, insultándome, haciendo extensivos a todos los yanquis los denuestos dirigidos contra mí.

Jack que se había despertado de mal humor, le quiso pegar unos puñetazos. Ante todo era yanqui, y no podía sufrir que hablaran mal de su país, partiendo del adagio inglés que dice:

«Wrong or not wrong, my country». (Equivocado o no, es mi país).

Sin esperar muchas explicaciones, se levantó, dando un gran puñetazo al pobre inglés, quien vaciló un momento, cayendo al suelo.

Se produjo un pequeño alboroto, al ruido del cual apareció Skobine en el pasillo, increpándonos con voz destemplada, en su idioma.

Observé que traía los ojos húmedos y hinchidos y los bigotes lacios.

Dijo unas cuantas incoherencias, y por su locuacidad supuse que estaría borracho.

Después de informarse de lo ocurrido, se alejó recomendando sosiego, pero bamboleándose, ya por el ajetreo del tren, ya por los efectos del alcohol.

– Está borracho como una cuba, –dijo Jack–.

El inglés que se había puesto en pie, buscaba donde sentarse, y al poco rato ya estaba insultando a un hombre de mediana edad que se había recostado sobre aquel lugar, durmiendo con sueño agitado.

– ¡Oh, James, déjame en paz! –le dijo, despertándose con muestras de mal humor.

Pero éste no le dejaba, hasta que al fin le dejó el asiento y se fue de allí, rezongando de mal talante.

Al poco rato el borracho dormía con la cabeza inclinada sobre el pecho, dando estentóreos ronquidos.

Se hablaba en voz alta y en distintos idiomas a un tiempo, ocupándose de las operaciones o de la suerte que nos estaba reservada.

Poco a poco se fueron haciendo más indistintas las voces, hasta que, al fin, rendidos del viaje y de las emociones del día, casi todos dormían, los unos recostados contra los otros.

Comencé a discutir sobre el valor del individuo. Si hay algo digno de respeto, pensaba, es la inteligencia, la sabiduría y la virtud, que colocan al ser humano en un nivel superior al bruto.

¿Qué interés podía tener para el porvenir de la especie humana el que sucumbiéramos en la guerra todos nosotros? Ninguno. Si la guerra, en el orden biológico, hace una selección inversa, suprimiendo los mejores y más sanos de los seres humanos, ahora se daba un caso contrario a la regla; y esta vez la selección era acertada. La mayoría de los que íbamos allí éramos lastre social y nada más.

Las enfermedades, de no ser por el auxilio de la medicina, se encargaban de eliminar a los más débiles, como en los bosques las plantas que no alcanzan a tomar el sol mueren invariablemente; y así aquéllos que no pueden soportar el mal morirían antes de su adolescencia, y aunque esta selección sería en el sentido puramente físico, quedaría aún sin resolver el problema del valor moral; pero, en ambos casos, la guerra mata lo mejor.

– ¿Qué piensas de la guerra, Jack? –le dije a mi compañero, procurando así librarme de la manía de filosofar y de las ideas pesimistas que acudían a mi mente.

– ¿De qué hablas?

– De la guerra. Es la única cosa que nos interesa, si aún nos anima el instinto de conservación común a todos los animales.

– ¡Bah! ¡me es igual!...

– ¿Cómo te va a ser igual una cosa que la otra? ¿Acaso el dolor es igual al placer?

– Es posible que cuando el placer no es duradero, el resultado sea idéntico; ya que el recuerdo de una ilusión perdida, de una promesa incumplida de una esperanza frustrada, son causas de mayores dolores que si no hubiéramos experimentado ningún deseo de felicidad.

– Sin embargo, las cosas no son todas iguales; unas son malas y otras son peores. Tú estás aquí entre nosotros, abrazaste esta causa guerrera, sabiendo a lo que te exponías y ahora estás interesado en la solución como los demás.

– No sé hasta donde. Me alisté aquí como me hubiera alistado para ir a la China. Yo nada tengo que ver con los españoles, ni nada sé de sus querellas, como nada tengo con los chinos; pero necesitaba marcharme de allí y eso es todo.

– ¡Pobre muchacho! –dije a media voz.

Amanecía y el tren corría ahora por tierras de Cataluña, descubriendo a lo lejos terrenos elevados, cubiertos de un verdor gris que se confundía con la niebla de la mañana.

A ambos lados de la vía se veían las vides plantadas en terrenos rojizos y reseco, y un poco más lejos, los pinos enanos cubrían las lomas y los faldeos en las depresiones del terreno.

Nuestros compañeros de viaje se comenzaban a desperezar, asomándose a las ventanillas, y ahora, al sentir el aire vivificador de la mañana, que disipaba aquella atmósfera viciada de tabaco y alcohol, me sentí reanimado y optimista. Bajé de la repisa del coche una pequeña maleta que llevaba con mi equipaje, y sacando de ella el mapa de España, lo coloqué sobre mis rodillas, a guisa de mesa, y empecé a examinarlo con atención.

En aquella época, 1937, aun los fascistas no habían tomado el Norte, en cuyas ofensivas se veían obligados a distraer un fuerte contingente de tropa. Los leales conservaban todavía Bilbao, Santander y Asturias; pero no tardaría mucho tiempo en caer el Norte, dada la inactividad que existía por nuestra parte en los frentes del Este y del Sur.

Al Este, la línea de combate partía de Biesca, cerca de Jaca, bajando por Huesca y Zaragoza, para luego entrar en forma de cuña hasta Teruel y retroceder hacia el Oeste, hasta la Sierra de Guadarrama y Toledo, avanzando luego en dirección a Mérida, y pasando cerca de Granada, llegaba al Mediterráneo en las proximidades de Motril.

Las armas republicanas habían sufrido varios descalabros sucesivamente. Se había perdido Irún que era la llave del Norte,

con la complacencia de la Francia republicana, que, teniendo un depósito de mil setecientos millones de francos en su poder, se negó a entregar las armas que estaban en la misma frontera.

Luego vino la pérdida de Málaga y, desde Ávila y Segovia los fascistas avanzaron hasta dominar la Sierra de Guadarrama, por San Rafael, y llegaban a los arrabales de Madrid, entrando por la carretera de Navalcarnero.

Supimos que durante la noche habíamos pasado por Barcelona, y ahora el tren corría a la vista del Mediterráneo, teniendo a nuestra derecha unos campos que parecían secos, y de vez en vez promontorios de rocas, cubiertos por una vegetación enana y miserable.

En Tarragona paró el tren algunos minutos, y vimos bellas mujeres que nos observaban con miradas llenas de ternura y reconocimiento, como si realmente fuéramos los caballeros de un ideal elevado que las íbamos a salvar, colocándolas en el plano que les correspondía. No sabían ellas que clase de gentes éramos nosotros. Si hubieran comprendido siquiera dos o tres lenguas, se habrían ruborizado, marchándose de allí, al oír las palabras obscenas y soeces, propias de borrachos, que en distintas lenguas se les dirigían.

Al pasar por Tortosa pude contemplar de paso el famoso Ebro, que dio origen al nombre de la península. Y, a partir de allí, ya empezamos a encontrar una tierra donde se veía la acción de la mano del hombre en su cultivo. De vez en vez veíamos un campesino, tocado con su blusa negra que parecía un uniforme

común a todos aquellos labradores que trabajaban la tierra con ahínco y esmero.

En las estaciones siguientes pude apreciar la nomenclatura árabe: Benicarló, Benicasim, etc., apareciendo, al par que nos acercábamos a Valencia, una gran extensión de terreno, cubierto de naranjos que brillaban bajo los rayos del sol primaveral con dorados destellos, extendiéndose hasta el pie mismo de la montaña que se alzaba a poca distancia, gris y pelada.

Mi deseo hubiera sido conocer Valencia, la Perla del Mediterráneo, como alguien la ha llamado; ver sus famosos mercados de arquitectura árabe, pasearme a orillas del Suria y admirar las puertas moriscas de la ciudad, y sobre todo poder contemplar la gracia y la belleza de las mujeres valencianas, famosas en el mundo entero. Esto no era posible: íbamos conducidos como galeotes; por algo habíamos firmado un contrato. No éramos hombres libres; éramos esclavos que nos llevaban, según decían, a pelear por la libertad; pero que, en nombre de esa misma libertad y del gesto de rebeldía de un pueblo, se nos llevaba convenientemente escoltados y conducidos, sin saber a dónde, después de habernos tomado la filiación hasta en sus mínimos detalles, con cierta cautela, para saber quiénes éramos y cómo pensábamos.

Después de comer unas conservas de pescado que nos dieron por todo alimento aquel día, pudimos apreciar que el tren se dirigía hacia el interior del país.

El terreno que veíamos ahora estaba totalmente reseco por falta de lluvia o de riego, ofreciendo a la vista un paisaje triste, solamente alegrado por la presencia de algunos almendros de flor que acá y allá blanqueaban, como novias cubiertas con sus albos velos, destacándose sobre un fondo gris y arcilloso.

De vez en vez se veía alguna aldea de casas sórdidas y miserables o una casa aislada de construcción morisca, con su terraza, en forma de pequeña almena y sus paredes blanqueadas que daban una nota de alegría al paisaje, brillando, bajo los rayos del sol.

CAPÍTULO V

Llegamos hacia las cuatro de la tarde a Albacete.

La ciudad, en lo poco que logré ver en el trayecto que hay entre la estación y el alojamiento que nos dieron por cárcel, me pareció pequeña, aunque aseada.

En su mayoría, las casas tienen una marcada tendencia de arquitectura árabe, ligera y esbelta como una mujer que se cimbreara graciosamente.

Todo cuanto veía me daba la impresión de hallarme en África.

Nos alojaron en unos chalés, preparados para las necesidades de la guerra, en los cuales se veían frescos vestigios de haber sido ocupados recientemente por otras fuerzas militares. Nos entregaron sendas mantas, un plato de latón, una cuchara y un jarro del mismo material.

Pronto comprendimos nuestra lamentable situación. Estábamos aislados de los demás hombres, como apestados o individuos peligrosos, reos de algún gran delito. Los chalés

estaban bien vigilados por centinelas que se paseaban con los fusiles al hombro y las bayonetas caladas.

Sus pasos eran acompasados, teniendo algo de teatral, aunque por lo visto aquello tenía de todo menos de broma.

Nunca olvidaré la impresión desagradable y dolorosa que sentí a la vista de aquellos centinelas: aquello era simplemente odioso; solamente el pensarlo sublevaba a cualquier hombre que conservara un átomo de dignidad humana, si es que los seres humanos tienen una noción de lo que esto significa. Habernos alistado voluntarios como combatientes de la libertad y estar prisioneros era el mayor de los colmos imaginables. Los que no comulgábamos con ruedas de molino estábamos frenéticos, pero de poco nos valía, nadie nos escuchaba.

Lo que más subleva al hombre no son precisamente los cerrojos ni las murallas, por altas que éstas sean, son los carceleros. El centinela es lo esencial en la cárcel, como el escucha en la guerra. Su vigilancia continua cohibe y deprime.

Lo que más daño hace al preso es esa constante amenaza de muerte del hombre armado de fusil que le acecha y vigila, deseoso de disparar sobre él; parece como si en nuestro camino encontráramos constantemente otros hombres que nos oprimieran y limitaran nuestras acciones y nuestras libertades.

Esta idea de oprobio rebasa los límites de lo imaginable cuando toda esta serie de atropellos se realizan en nombre de la libertad.

Un día pretendimos dirigir una petición o protesta al comandante, pero una gran mayoría de ellos se negaron a firmarla, y los firmantes fuimos a dar con nuestros huesos al calabozo.

Me encontré allí con mi viejo amigo Henry Stony y otros buenos compañeros, que como yo habían venido a España engañados.

Después de varios días de encierro, acusados de insubordinación militar, nos sacaban durante el día para hacernos ejercicios violentos, marchas y contramarchas que nos dejaban extenuados, y luego, cuando ya esto les cansaba, nos hacían formar y permanecer firmes durante largas horas. Estas y otras vejaciones parecidas nos ponían furiosos, pero nada podíamos hacer por estar bien vigilados y durante la noche ser encerrados en los calabozos donde dormíamos sin cobertura ni jergón.

Los oficialillos adoptaban un aire de superioridad irritante que se podría calificar de provocativo. Vivían en distintas moradas, bien atendidos por cocineras y muchachas bonitas; vestían uniformes de paño fino y se racionaban doble, en virtud de un decreto del Gobierno que concedía a los oficiales del Ejército Popular ese privilegio.

El jefe supremo de esta pandilla de aventureros y malandrines, era un francés, a quien creo que llamaban Martí o algo parecido, y vivía como un rajá, rodeado de todas las comodidades imaginables.

Ocupaba un chalet, un poco distanciado de la población, y antes de llegar a su presencia, era necesario cruzar tres guardias, compuestas por hombres de su confianza, rígidos, permanecían como estatuas, inmóviles, guardando la entrada del camarada que en nada se diferenciaba del antiguo señor feudal.

Nos hacían hacer la limpieza de los cuarteles, estando esto incluido en la hoja de castigo, siempre vigilados por los odiosos centinelas, a quienes es preferible llamarles policías; y de tarde venía el número de los ejercicios y de las marchas marciales al compás de la voz de uno de aquellos miserables que iba a nuestro lado, gritando: – Un, dos; un, dos; un, dos...

Nos obligaban a mover el brazo con violencia, al compás de las voces que daba aquel energúmeno.

El escaso alimento y su mala calidad, unido a las largas marchas nos tenían extenuados, cosa ésta que satisfacía en sumo grado a nuestros verdugos, que ponían todo el interés posible en molestarnos y hacernos la vida insoportable.

Algunos días se nos llevaba a lugares bastante distantes, cargados con todo el equipo, y se nos obligaba a correr en distintas direcciones, bajo los rayos de un sol abrasador.

Como es natural, murmurábamos en voz baja contra los malhadados jefes que se quedaban folgando en compañía de hermosas mujeres; mientras nos obligaban a trotar cargados con toda nuestra impedimenta.

Eran tantos nuestros trabajos y tantas las humillaciones sufridas que nos sentíamos cohibidos, recelosos y desconfiados,

hasta el extremo de adivinar espías por todas partes. El temor a opinar era tal que antes de aventurar un juicio, nos asegurábamos muy bien de no ser oídos por nadie, volviendo la vista con recelo a uno y otro lado.

Había en nuestra unidad jovenzuelos que se pasaban espiándonos constantemente, ya interviniendo en nuestras conversaciones, ya colocándose a corta distancia de nosotros, con aire distraído.

– ¡Esto es intolerable! –me dijo Jack un día.

– ¡Cuando se vive en ese medio depresivo! –le dije– se llega a tener un concepto negativo de la personalidad humana, llegando al colmo este concepto cuando estos judas quieren justificar sus bajezas en nombre de un ideal que realmente no es tal, porque solamente un fanatismo ciego puede llegar a convertir a los seres humanos en instrumentos incondicionales de un partido cualquiera. La Inquisición se apoyó en la Religión, el fascismo busca su apoyo en la exaltación patriótica y el bolchevismo en el engaño de la «dictadura del proletariado», y en el fondo unos y otros obedecen a las mismas causas. Realmente el fascismo del otro lado no se diferencia mucho de este: Mientras que aquéllos asesinan a sus enemigos, estos asesinan a cuantos no se someten a su dictadura.

– ¡Así es, por desgracia! –me contestó Jack apenado.

– Si no fuera porque existe en mí algo más consistente que estas miserias, no creería en nada ni en nadie.

Después de un instante de reflexión me arrepentí de lo dicho, agregando:

– Si esta es una realidad, también hay otra realidad muy superior a ella que es la obra de los auténticos trabajadores que representan el progreso humano.

Este pensamiento me reconfortó.

– ¿Qué importa –continúe– el individuo? Lo esencial es su obra; y no vamos a tomar como norma lo que hagan unos pocos malvados, cuando en España existe un hecho de realizaciones y de superación social, único en la historia del hombre hasta el presente.

Sosteníamos esta conversación de regreso de unas maniobras, y el pobre Jack, por más esfuerzos que hacía, se sentía agotado. Un día se cayó, mientras hacíamos uno de estos simulacros de combate.

Me paré para levantarlo, pero Skobine que me vio, vino hacia aquel lugar, reconviniéndome con dureza, en un idioma desconocido para mí. Por sus ademanes y gestos comprendí que la cosa no iba en broma. Para él aquel acto de solidaridad humana significaba una gran falta militar, penada con severos castigos. Para recoger los heridos en la guerra estaban los sanitarios, mientras que nosotros teníamos la misión de cubrir objetivos, obedeciendo órdenes, y no nos debíamos distraer en esos pormenores.

Realmente comprendo que tenía razón al proceder así; esto pensando como militar; por eso aconsejo a todos los hombres

de conciencia libre que no cometan la torpeza de dejarse coger por los reclutadores de gentes de guerra bajo ningún pretexto, para que los encierren en un cuartel, donde se les obligará a obedecer órdenes sin discutirlos ni vacilar un momento en su ejecución.

Yo no tenía pasta de militar, y como tal tenía que tener, necesariamente, madera de mártir, si no me escapaba de aquel infierno.

Le repliqué en mi idioma con dignidad, como desafiando su fanfarrona altanería.

– ¡He venido a España a pelear contra los fascistas y no a ser víctima de toda clase de vejaciones, como lo estamos siendo! ¿Entiende usted?

Cuando regresamos al cuartel me llevaron conducido entre fusiles a la Comandancia, donde con ayuda de un intérprete me tomaron declaración, pasándome al calabozo.

Me encerraron en una celda bastante estrecha, donde había cuatro desgraciados seres, tumbados encima de un montón de paja, mal trajeados y con una barba de varios días. Hablaban español, y a mi llegada se callaron, suponiendo que me habían enviado con el fin de sonsacarles unas declaraciones que pudieran comprometer a algunos amigos más, ya que estos casos eran frecuentes.

Pronto se convencieron de que en realidad yo no era otra cosa que una víctima más de la opresión bolchevique que reinaba en la Brigada.

Me dijeron que procedían de Francia, de donde habían sido expulsados como anarquistas, y a fin de librarse de las garras de la ley y poder ser útiles a los ideales, habían ingresado a las Brigadas Internacionales, pero sin soñar ni remotamente de lo que se trataba. Al verse tan maltratados, habían intentado pasarse a una Brigada confederal, pero un judas los había vendido, y allí estaban esperando a que les «dieran el paseo».

Les manifesté mi deseo de escaparme. Éramos varios los compañeros de mi compañía, castigados por haber dirigido un escrito, pidiendo que se nos dejara salir de aquella prisión y esto lo habían tomado como un caso de insubordinación.

– Tú es posible que aun puedas salir, de este infierno; que en cuanto a nosotros...

– ¿A ustedes qué? –dije.

– ¡Pchts! –exclamó uno de ellos– ¡nos fusilarán!

– ¿Es posible?

– ¡Y tan posible! Hay un delito de intento de desertión que cae bajo la sanción del Código Militar; además, ahora ¿quién piensa en códigos ni en leyes?... Hay otros medios más expeditivos y radicales cuando se trata de anarquistas...

– ¡Es verdad! ¿para qué engañarnos? A los anarquistas se nos persigue en todas partes, porque los privilegiados ven en nosotros un constante peligro.

Cuando estábamos a lo mejor de nuestra plática confidencial, oímos pasos en el corredor, y se abrió la puerta, apareciendo en el umbral, dos hombres armados, acompañados del que hacía el triste papel de carcelero.

Me ordenaron que los siguiera y me llevaron a un calabozo donde me dejaron solo en la semiobscuridad que reinaba.

Allí me tuvieron unos días hasta que por fin me sacaron una tarde, y sin explicaciones de ninguna clase, me incorporaron a mi compañía y nos llevaron a la estación de ferrocarril.

Delante del cuartel encontré, ya formado, con el equipo a la espalda, a mi amigo Jack, quien me abrazó lleno de alegría.

- ¡Ya no creía volverte a ver, William!
- ¿Por qué, Jack?
- ¡Qué sé yo! ¡Se dicen tantas cosas!... –agregó con un deje de amargura, mirando a ambos lados, por ver si había alguien por allí cerca que entendiera el inglés.
- ¿Qué es lo que dicen? –le interrogué.
- Pues mira, se dice que a la menor falta fusilan a un hombre. Según me dijo James, aquel borracho del tren, hace dos días fusilaron cuatro voluntarios, y en cuanto a otros desaparecen de la noche a la mañana. El sistema no tiene nada de original. Los matan y luego los llevan al otro lado de las alambradas, donde los dejan, diciendo que se querían pasar al enemigo.

La noticia me llenó de indignación, pero nada podía hacer. ¡Hoy unos, mañana otros, iríamos cayendo poco a poco! ¡El crimen y la impunidad son las características más sobresalientes de la guerra!

Henry Stony, tan pronto como supo mi llegada, en un momento me vino a ver, y pudimos hablar, antes de la formación, mirando a uno y otro lado, temerosos de ser espionados.

– ¡Esto va mal! –dijo– ¡al paso que vamos perderemos la guerra y los compañeros! ¡Se dice que nos persiguen a muerte!, ¡todo se les tolera en el nombre de la unidad y de la lucha contra el fascismo! ¿Qué nombre le darán a este sistema de perseguir y hasta asesinar a cuantos no estamos de acuerdo con ellos?

Al toque de corneta Henry corrió con presteza a colocarse en su lugar.

¡Pobre Henry! a él también le esperaba la venganza sistemática de los bolcheviques.

Nos llevaron a la estación formados de cuatro en fondo, y una vez allí, nos acomodaron en trenes especiales, en los que nos trasladaron al frente, donde debíamos de dar el pecho al enemigo, sirviendo de carne de cañón, para morir sin gloria ni heroísmo, en defensa de una causa justa, pero tan adulterada que ya no sabíamos cuáles eran los fascistas o los antifascistas, ni si eran éstos mejores que aquéllos.

Yo creo, (y ahora esta creencia es en mi más fuerte que nunca), que en el mundo existen las mismas fuerzas opresoras con

distintos nombres, pero en el fondo de idéntica naturaleza. Sobre todo, existe el fascismo propiamente dicho, bien definido y desenmascarado, y el llamado antifascismo que con su labor de zapa y de captación, no se diferencia gran cosa del otro en sus métodos represivos, pretendiendo pasar por defensor de sus propias víctimas.

Cuando se habla de fascismo ya sabemos quién es y dónde está y nos apercebimos a la defensa; pero cuando ese poder oculto está filtrado en nuestros medios, casi siempre con cargos representativos, la cosa cambia por completo, y la lucha entonces es desigual.

Los comunistas en España soñaban con implantar una dictadura, eliminando para ello, primero a los anarquistas y después a cuantos no se sometieran a su sistema dictatorial y de terror; y como para esto necesitaban de una fuerza que no fuera del país, nos reclutaron a nosotros, de acuerdo con el Gobierno vacilante y cobarde, que más que al propio fascismo temía al pueblo, levantado en armas contra sus explotadores.

En nuestra marcha hacia los frentes cruzamos la meseta castellana, cuyas zonas, algunas eran de terrenos fértiles, pero sin arboleda.

Se veían grupos de campesinos trabajando la tierra con sus arados anticuados y sus parejas de mulos. Más tarde supe que eran las colectividades, organizadas por los sindicatos, especialmente de la CNT, a base del apoyo mutuo y del trabajo en común.

Aquello me llenó de entusiasmo; allí veía yo plasmadas en realidades las teorías, con las que durante tantos años había soñado, y por verlas realizadas había luchado con tesón y con entusiasmo.

Ya no reinaba en los coches donde íbamos la alegría de los primeros días de viaje, no había borrachos. Se leía en los semblantes un aspecto de preocupación, como un interrogante sobre el provenir.

Habíamos adelgazado, y nuestras caras, ya demacradas, tenían el aspecto, tan pronto resignado como de preocupación, cosa natural en quien va hacia la muerte consciente de lo inútil de sus esfuerzos.

Teníamos ya algunos indicios poco tranquilizantes sobre este particular: nuestro porvenir, sometidos a una dictadura despiadada e inhumana, no tenía nada de halagüeño.

El pobre Jack iba con el espíritu deprimido, cohibido de ánimo, como si por un lado el recuerdo de Bertha le persiguiera obsesionante, y por otro la idea de hallarse allí, sujeto a una disciplina, que parecía una imposición irritante y provocativa, le anonadara completamente.

CAPÍTULO VI

Se habían ponderado demasiado los trabajos de fortificación exagerando su valor defensivo, como se hacía y se sigue haciendo con todas nuestras cosas; pero, en realidad, allí no había otras líneas de defensa que unas alambradas bastante mal dispuestas y una zanja sin refugios y hasta sin servicios de evacuación en muchas partes.

Aun se luchaba en Toledo cuando nosotros llegamos a los frentes de Madrid, donde tuvimos los primeros encuentros con los fascistas, rechazando siempre sus furiosos ataques. Después de varias semanas de luchar en las puertas mismas de la capital, nos dieron un breve descanso, con objeto de darnos una posición.

Si es verdad que en aquel sector se les contenía a duras penas, también lo es que en el Norte avanzaban cada día, amenazando con tomar aquella zona.

Cuando nosotros llegamos a Madrid, en agosto de 1937, ya había caído Bilbao con su potente metalurgia y sus yacimientos

de mineral de hierro; y los ejércitos fascistas italo-españoles, se paseaban por la provincia de Santander, sin hallar otra resistencia que la que se les opuso en el Puerto el Escudo, llegando a los límites de Asturias.

Una operación por Montalbán o Albarracín, bajando hacia Teruel, en aquellos momentos hubiera salvado las provincias del Norte.

Aun había en aquella época la posibilidad de marchar sobre Mérida y Badajoz; sobre Huesca o Zaragoza, pero nada se hizo. Las fuerzas que operaban en estos sectores eran anarquistas y había la consigna de no darles armas.

La suerte de Ucrania, entregándola desarmada a las fuerzas de Wrangel, se quería probar de nuevo en España; pero aquí el resultado ya sabemos cuál es, aunque, según todas sus actividades, se supone que los bolcheviques prefieren perder la guerra antes de un triunfo que traiga a España un sistema social superior al implantado por ellos en Rusia.

Como consecuencia de esta política de partido, donde el sacrificado es el pueblo, la causa del antifascismo se comprometía seriamente.

La caída del Norte fue inevitable y catastrófica, quedando allí lo más florido de la militancia antifascista; gracias a la incapacidad de unos cuantos hombres que se erigieron en representantes de las organizaciones y se entregaron en brazos de los comunistas, siguiendo la política nefasta de Negrín, hasta el último momento, cuando, ante un peligro real y próximo, no pensaron en otra cosa que en su propia salvación.

En esta situación fuimos destacados a los frentes de Priego, cerca de Río Cuervo, donde operamos, conteniendo las acometidas de los fascistas, las que se estrellaron contra nuestra resistencia.

Al Este de la posición ocupada por nosotros, había una brigada confederal, que nuestros jefes y muchos de los voluntarios fanáticos y sombríos como fakires, miraban con odio reconcentrado de sectarios.

Cierto día cuatro compañeros, pertenecientes a estas tan odiadas fuerzas, durante el tiempo que tenían franco, se paseaban cerca de nuestras posiciones y fueron detenidos por la guardia de turno.

Conducidos a la Comandancia, dijeron pertenecer a la Brigada Confederal que mandaba C..., y esto era tanto como declararse enemigos implacables nuestros.

Pronto se difundió el rumor de que eran fascistas, sorprendidos mientras realizaban un servicio de exploración cerca de nuestras líneas, y esta versión, admitida sin la menor duda, indignó a todos los componentes de la Brigada, quienes, al par que admiraban la osadía y audacia de los fascistas, maldecían de la complacencia de nuestro comandante, porque no ordenaba su inmediata ejecución.

Aquel día prestaba yo servicio de vigilancia, y me destinaron con otros tres números a vigilar a los detenidos, que habían sido encerrados en una cuadra.

Entre ellos había un muchacho imberbe, de aspecto simpático que despertó en mí un sentimiento de compasión, debido a su corta edad.

Me pidió por favor que les diera un poco de agua. Mis compañeros no hablaban español, y les dije lo que deseaba, haciendo cuanto pude por facilitársela. Y este fue el momento oportuno para dirigirle unas palabras, ya que la disciplina militar nos impedía hablar con los detenidos:

- ¡Tan joven y eres fascista! –le dije.
- ¿Quién dijo eso? –me contestó con enojo reprimido.
- Aquí eso se ha dicho; y como a tales los han presentado.
- ¡Son unos canallas! –exclamó con desdén–; ¡nosotros posiblemente somos más antifascistas que ellos! Somos voluntarios y pertenecemos a la Brigada Confederal que manda el compañero C.
- Comprendo, comprendo –exclamé indignado.

Seguí prestando mi servicio, y en un momento que pasé al lado de atrás de la cuadra, escribí estas palabras en una hoja del cuaderno de notas que traía conmigo.

«Compañero C... Por fuerzas de la Brigada Internacional han sido detenidos cuatro compañeros, pertenecientes a la brigada que tú comandas. Corren peligro».

Con la nota escrita en el bolsillo me paseé algo nervioso. Lo difícil era poder enviársela a C... por persona de confianza. En último caso, pensaba ir yo mismo a llevársela al terminar la guardia, aunque esto resultaba algo peligroso para mí, por estar vigilado por los confidentes estalinianos que por todas partes husmeaban.

Mientras me hacía estas reflexiones, vi a Jack que subía hacia la Comandancia.

Le hice señas y se acercó a donde yo estaba.

- ¿Estás libre? –le pregunté.
- En este momento sí.
- Vas a hacerme un favor; ¡pero, a condición de que esto que te voy a decir y la comisión que te encargo, quede entre los dos! –le dije, mientras deslizaba en su mano la nota con el mayor disimulo.
- Te vas a la Brigada Confederal; preguntas por C..., y le das esta nota. ¡Procura salir de aquí como si fueras paseándote en otra dirección! ¿Comprendido?
- ¡Bien! ¡lo haré! –dijo con su acostumbrado laconismo.

Mientras que Jack se alejaba tranquilamente, con las manos en el bolsillo, yo sentía la satisfacción de haber cumplido con mi deber, aunque esto me hubiera costado caro; pues ya sabemos cómo se cotizaban allí estos hechos.

Nos revelaron; y no haría una hora que habíamos llegado al campamento cuando el sargento de Intendencia pedía voluntarios para ir a buscar los víveres del suministro.

Subí con el sargento, deseoso de saber lo que ocurría respecto a los detenidos y la comisión que había encomendado a mi amigo.

Deseaba conocer, aunque no fuera más que de vista al compañero C...

Mi deseo fue satisfecho; porque, al poco rato de haber llegado nosotros, llegó a la Comandancia un coche, en el cual venía el mencionado compañero.

C... acusaba en su fisonomía una lejana ascendencia morisca: era de mediana estatura, pero de cuerpo flexible, de rasgos acentuados y firmes que delataban en él un carácter tenaz y resolutivo, aunque daba la sensación, en conjunto, de ser un hombre simpático y bondadoso. Su aspecto exterior era enjuto y sarmentoso como las plantas del páramo castellano.

Cuando le entregaron los milicianos, los abrazó con cariño de padre, colocándolos en su propio coche, con ese afecto de compañerismo que nosotros no conocíamos.

El último sargento de una de nuestras unidades, no hubiera consentido en codearse con nosotros, por temor a perder su autoridad.

El sargento de Intendencia que había estado en Cuba algún tiempo, en donde, por indicaciones del Partido Comunista,

había ingresado en las Brigadas Internacionales, comentando las hazañas de las fuerzas confederales, decía:

– ¡Pelean bien, pero son anarquistas!... y luego agregaba con tono sentencioso:

– Es conveniente que peleen siempre en primera línea, como fuerzas de choque, a fin de que los fascistas vayan dando buena cuenta de ellos; que luego, a los que queden si no se quieren someter, ya nos encargaremos nosotros de ellos.

Estábamos en los almacenes de Intendencia y Serrano –que así se llamaba el sargento– se paseó con aire de superioridad, acariciando su perilla de guerrero.

– La medida será un poco dura, pero es necesaria –dijo al cabo de un rato–. Los fines justifican los medios; más claro: que para implantar el comunismo todos los medios son buenos. Esto ya lo da a entender Lenin cuando dice: «La dictadura del proletariado es una lucha ardiente, sangrienta o no sangrienta; violenta o pacífica; militar o económica; pedagógica y administrativa, etc., etc.»...²; y en efecto, nosotros ante la dictadura del proletariado no nos es dable pararnos a reflexionar sobre si en nuestros actos somos justos o injustos.

² «La maladie infantile du communisme». En este libro Lenin determina en forma categórica e indudable la importancia que tiene la creación y sostenimiento de dos partidos dentro de uno, así como la aplicación de una disciplina férrea que mantenga las distancias entre unos y otros, a fin de que las resoluciones de los de arriba sean acatadas ciegamente por los de abajo sin titubear en hacerlos.

Se retorció sus bigotes de granadero, y siguió paseándose ante la admiración de sus camaradas que le creían un verdadero portento de sabiduría.

– Realmente –pensaba para mis adentros– los comunistas han logrado superar las doctrinas de Ignacio de Loyola.

En España estaban ensayando una segunda edición del hecho ruso, para poder implantar un poder dictatorial sobre el pueblo trabajador, y para poder lograrlo, empleaban todas sus actividades, sin reparar en los medios, por reprochables y criminales que éstos fueran.

Bajamos hasta la cocina con las raciones, y yo, mientras caminaba hacia el campamento, establecido de allí a un kilómetro y medio, iba meditando sobre la suerte que nos esperaba, ya triunfaran unos, ya triunfaran los otros; pues, la verdad era que los anarquistas estábamos rodeados de enemigos por todas partes.

Me dirigí a las trincheras, y apenas había entrado en la cabaña que nos servía de abrigo, oí gritos e insultos, cruzados entre los fascistas y algunos de los nuestros, amenizados con disparos de fusil.

Por lo que nos decían se veía que los fascistas estaban al corriente de nuestra llegada; porque nos dirigían palabras de este tenor:

«¿A qué vienen aquí? ¿quieren dominarnos? ¡Ya pueden irse a Rusia, hijos de p...!»

Los nuestros que no eran mudos ni mejor hablados que ellos, contestaban, empleando frases de grueso calibre y adjetivos del peor gusto.

Un internacional, llamado Lapouge, natural de Canadá, y gran tirador, por ser cazador de oficio, se echó el fusil a la cara y esperó paciente, como si estuviera en su país, acechando el paso de una fiera. De pronto se oyó una detonación seca como un chasquido, y a un hombre que corría agachado, al lado de una cerca, le vimos retorcerse por el suelo.

Acababa de derribar una pieza con la satisfacción tranquila que sintiera en su país derribando un zorro plateado. Era ésta una especie de caza del hombre por el hombre:

– ¡Canallas! –gritaron, haciéndonos los honores de dirigirnos una descarga cerrada, seguida del tableteo de las ametralladoras.

Nos agachamos para librarnos de las balas que pegaban sobre la tierra de las trincheras o bien rebotaban al chocar en las piedras, mientras que ellos intentaban recoger al herido.

Otra detonación y otro hombre en el suelo. Lapouge era infalible con su fusil, capaz de hacer callar a una ametralladora si le dejaban descubrirla.

Durante toda la tarde nos cruzamos insultos y tiros. Al principio solamente hablaban los españoles; pero se habían caldeado los ánimos, y ahora aquello se había convertido en una algarabía infernal de voces dadas en diferentes idiomas.

Algo parecido pasaba en el campo enemigo, donde se oían gritos guturales dados por los alemanes, voces de moros y los acentos armoniosos de la lengua florentina, empleada con torpeza por aquellos mercenarios, enviados a España por el dictador italiano.

Aquella noche nos atacaron con dureza, quizás deseosos de vengar a sus amigos.

Allí pude observar cómo los hombres borrachos y degenerados, los crápulas, y los menos inteligentes, suelen ser valientes hasta la temeridad.

He visto como James borracho empedernido, saltaba fuera de las trincheras, durante un ataque, y les arrojaba bombas de mano, mientras les gritaba, dirigiéndoles toda clase de insultos en su lenguaje taberneril.

He visto otros muchos casos de verdadero heroísmo, realizados por hombres anónimos y oscuros, que se lanzaban a la pelea, con temerario arrojo y con desprecio de la propia vida.

Cierto día entraron los tanques en acción, y un muchacho imberbe, casi un niño, cuando ya disparaban sus ametralladoras sobre nuestras posiciones, se lanzó contra ellos, inutilizando los dos primeros con bombas de mano, lo que dio lugar a que nos rehiciéramos, y la lucha se neutralizara en parte, rechazando el ataque, gracias a la acción de dicho compañero de armas.

El comandante del Batallón, vino en persona a saludarle y le entregó cien pesetas, con lo cual se dio por satisfecho el

muchacho que estimó más el saludo del Comandante que todas las pesetas que le pudieran dar.

No tiene nada de extraño esto cuando vemos hombres doctorados, que pasan por sabios y se colocan con orgullo y simpleza de niños un cintajo cualquiera en el ojal de la chaqueta y una o más medallas sobre el pecho, ufanos de poder lucir tales insignias como un indio que llevara unas plumas de avestruz en la cabeza y unos brazaletes de cobre en los brazos.

A pesar de este detalle, los héroes son sencillos, poco inclinados a hablar de sus heroicas hazañas; los que más hablan de hazañas que nunca han realizado son los guerreros de la retaguardia o de las comandancias que oyen los tiros desde lejos y gritan mucho, mandando a los demás al parapeto. Otros se quedan más lejos aún, allá en la ciudad, diciendo que su labor es allí tan necesaria como útil, ya que sin ellos no se podría resistir al enemigo. Resistir era la palabra mágica de nuestra guerra, cantada por unos hombres jóvenes que desde la retaguardia nos animaban a seguir luchando, mientras que ellos seguían «sacrificándose» en los ministerios y otras dependencias oficiales.

Durante muchos días los fascistas suspendieron sus rabiosos ataques, casi siempre acompañados de gritos desaforados y amenazas.

Los que más gritaban en estas ocasiones, con un grito particular, que se parecía al graznido de un cuervo herido, eran los moros, que avanzaban ciegos y fanáticos envueltos en sus

sucias chilabas, hasta llegar a las mismas alambradas, donde caían, segados por nuestras ametralladoras.

Me recuerdo del espectáculo horroroso y repugnante que presentaba el cadáver de uno de estos desgraciados, que, terciado sobre las alambradas, sirvió de pasto a los cuervos durante muchos días, y luego, con su chilaba sucia, sus brazos esqueléticos colgantes, las negras cuencas de los ojos vacías y sus dientes blanqueados, en medio de aquel conjunto de carroña putrefacta, daba todo ello la impresión desagradable de un cuadro macabro y alucinante.

CAPÍTULO VII

La falta de actividades guerreras durante aquellos días nos hacía suponer que preparaban un ataque decisivo en aquel sector.

Así aconteció. Un amanecer, serían las cuatro cuando aparecieron, en perfecto orden de batalla unos cincuenta aparatos de bombardeo. Avanzaban de tres en tres, formando como un ala enorme, atronando el espacio con su ruido ensordecedor, lentos y terribles, como midiendo el terreno, donde pensaban lanzar su carga mortífera.

Venían escoltados por una cuadrilla de aparatos de caza. Algunos de estos aviones volaban a gran altura, mientras que los otros, pasando más bajos, les indicaban el camino que tenían que seguir, hasta donde estábamos nosotros, para retroceder luego sirviéndoles de guías.

De pronto comenzaron a dejar caer tan gran cantidad de bombas y de tal poder, que estremecían el suelo y los sentidos.

Nada hay comparable al horror de uno de estos bombardeos, donde el hombre se da cuenta de su insignificancia y de su impotencia para defenderse de semejante agresión.

Con un corcho entre los dientes u otro objeto, a fin de prevenirnos contra las fuertes explosiones de las bombas, permanecíamos pegados contra el suelo en el fondo de las zanjias que nos servían de parapetos, deseando confundirnos con la tierra y desaparecer en la nada. La impresión que causan estos bombardeos es algo terrible, superior a los daños materiales que suelen ocasionar.

El continuo trepidar de los motores, el silbido que producen las bombas al caer, y, por fin sus horribles explosiones que, en columnas de humo y metralla, levantan toneladas de tierra y piedra, semejante a un volcán en erupción, causan una sensación depresiva de terror y de espanto cerval, que en algunos individuos llega hasta la locura.

Cuando hubieron descargado la metralla, comenzaron a funcionar los cañones de tiro rápido con tal furia que ya no sabíamos dónde meternos, ante aquella lluvia de fuego que lanzaban contra nosotros. Por estos medios esperaban desalojarnos de las trincheras o aniquilarnos totalmente, para dar la orden de avance a los tanques, detrás de los cuales se resguardaba la infantería.

En la guerra moderna el factor hombre vale poco.

Intentaban avanzar, pero aún no habíamos caído todos, y nuestras ametralladoras causaban grandes estragos en sus filas, diezmándolos antes de que logran asaltar los parapetos.

No recuerdo la cantidad de bombardeos que soportamos, pegados al suelo, llegando hasta el empleo de las bombas de mano contra los asaltantes que gritaban en diferentes lenguas, siendo aquello una especie de babel infernal.

Serían las cinco de la tarde cuando la presión fue tan grande y reducido el número de defensores, que nos vimos obligados a evacuar las primeras líneas en completo desorden, y gracias a la resistencia de los anarquistas y otra brigada que cubrían nuestros flancos, los fascistas no avanzaron en nuestra persecución, temiendo un contraataque.

Yo, seguido de Jack, huía, ya saltando, ya echándome al suelo, mientras que oía los obuses silbando sobre mi cabeza o explotar por todas partes, y los silbidos de las balas de fusil en mi entorno.

De pronto miré hacia atrás y vi que Jack se arrastraba con trabajo. Acudí en su auxilio y comprobé con pena que estaba malherido.

Cargué con él a cuestas y me escondí en un gran hoyo, hecho por una bomba de la aviación, y allí permanecí largo rato, sin saber qué partido tomar.

Ahora que me encontraba resguardado de la metralla, comprendí el peligro que había corrido, al oír pasar sobre mi cabeza, como una legión de espíritus malignos, los proyectiles de todos los calibres que silbaban terroríficos y explotaban por doquier.

Me incliné hacia mi amigo moribundo, y desatando mi cantimplora de la cintura, se la acerqué a los labios, resecos.

Me miró con sus ojos tristes, llenos de ansiedad y de dolor; y reclinando su cabeza ensangrentada sobre mi brazo izquierdo, le di otro sorbo de agua, lo que le reanimó un momento; y con voz entrecortada, me dijo:

– ¡William, voy a morir!... ¡Escribe a mi familia y también a Bertha... dile que mi postrer pensamiento fue para ella!

Quiso hablar más aún, pero apenas pudo articular algunas frases ininteligibles, entre las que pude comprender, como un susurro entrecortado por los estertores de la agonía:

– «¡Bertha, I love you!»... (¡Bertha, te amo!)

Su cuello se dobló suavemente como el de un cisne herido de muerte; inclinó su cabeza ensangrentada sobre el pecho y resbaló de mi pierna hasta el suelo.

– ¡Jack! ¡Jack! –le grité; pero a mi llamada solamente respondían las explosiones de los obuses que ahora se oían más lejos y el tableteo de las ametralladoras, oyéndose de vez en vez algún tiro aislado, como si fuera el tiro de gracia, dado a algún moribundo, con la piadosa idea de que no sufriera más.

– ¡Pobre Jack! –pensaba–. Enamorado y cantor de las epopeyas de esta guerra, sobre la que había escrito admirables poemas, yacía allí tendido sobre la tierra caliente y removida por una bomba de la aviación.

Miré su mochila, y en el interior encontré algunas notas y una poesía:

¡ESCONDE ESA PASIÓN!

De mi doliente vida, en el camino,
encuentro a cada paso algún espino
que hiere mi sangrante corazón.
Ocultando mi amor como un pecado,
como un pobre vencido y desgraciado
que ocultara una abyecta y vil pasión.

¿Por qué del sufrimiento, este nudo
que solamente su desvío pudo
poner sobre mi cuello, la presión
soporto, en apariencia satisfecho,
mientras arde voraz dentro de mi pecho,
el fuego oculto de una gran pasión?

¡Calla y oculta el mal, ser desgraciado;
esconde tu sentir como un pecado;
que no lata tu herido corazón;
sufre y ríe tranquilo mientras tanto
que sientas ganas de romper en llanto,
y esconde con cuidado tu pasión!

¡Sufre y calla! ¡no tienes ni el derecho
a decir que en el fondo de tu pecho
arde, como un volcán, una pasión!...
Una pasión indigna y malhadada;
una pasión, acaso desgraciada
que oprime y que doblega el corazón.

El dolor material he soportado
con calma y estoicismo: del malvado
no esperaba piedad ni compasión;
pero hoy, solo en el mundo, sin amigos
que puedan ser de mi dolor testigos,
me entrego, a mi pensar, a esta pasión.

Cual las rocas graníticas, cubiertas
de eternas nieves, al amor desiertas,
así es para mí tu corazón.
Y sufro así mi mal, avergonzado
de amar con frenesí y de ser odiado,
en mi pecho abrigando esta pasión.

Envuelta entre estos versos, que estaban fechados en Salt-Lake, unos días antes de partir para no volver más, estaba la fotografía de Bertha, que ya conocía yo, por habérmela enseñado muchas veces. ¡Al lado de los versos, arrancados de su *estro* dolorido y desesperado había puesto cuidadosamente el retrato de la ingrata!

En aquel momento trágico de mi vida, miré aquellos ojos fríos y acerados de la mujer veleidosa que sin piedad había herido al poeta enamorado, lanzándole a la muerte.

En el horizonte se oía el zumbido de los motores, seguido de grandes explosiones, apareciendo de vez en vez a mi vista algunos aparatos que volaban rasantes, a poca altura y ametrallaban nuestras posiciones, y otra vez se oía el tronar de los cañones de tiro rápido, con su siniestro y horroroso martilleo.

Cuando el fragor de la batalla se fue alejando, perdiéndose lentamente en la lejanía de los campos, hasta desaparecer por completo al llegar la noche, casi confundidos con las sombras crepusculares, sobre mi cabeza volaron bandadas de cuervos que croaban con gritos siniestros y agoreros, impacientes por saborear el exquisito manjar, para sus paladares, que los hombres, con su brutalidad y su ceguera de odios y ambiciones, les ofrecían.

¡Sería curioso poder comprender las reflexiones que estas aves carniceras se hacen con respecto a nuestra civilización, mientras devoran los cadáveres abandonados en los campos de batalla!

Su corta experiencia de la guerra, les había enseñado a apreciar el valor de los aviones y de la artillería, y por eso rondaban aquellos parajes, buscando con sus penetrantes miradas los cadáveres para saciar en ellos su voraz apetito.

Seguían los movimientos de los ejércitos y el vuelo de los aviones, con la persistencia y el entusiasmo que hubieran seguido una manada de lobos en la estepa rusa, esperando saciarse en los despojos de las víctimas sacrificadas en sus correrías, o como los caranchos en la Patagonia siguen a los pumas, porque saben que hallarán en los despojos de los animales sacrificados por estos felinos, abundante alimento.

Con la ayuda de mi machete abrí en el fondo de aquel hoyo un pequeño hueco, donde acosté el cuerpo de mi amigo, colocando sobre su pecho la fotografía de Bertha. Guardé los versos y algunas de sus notas; le cubrí de tierra lo mejor que pude, y traté

de salir de allí, echando unja postrera mirada sobre el lugar que servía de fosa al pobre Jack.

Salí a la superficie del terreno, arrastrándome como un reptil que apareciera al borde de un agujero.

Miré en todas las direcciones, tratando de orientarme.

Empezaba a oscurecer, y ante mí se extendía, como un manto gris la llanura, apenas surcada por alguna leve ondulación del terreno, salpicado acá y allá de tierra arcillosa y rojiza que a la luz escasa del crepúsculo iba adquiriendo pardos matices, como manchas de barro que salpicaran un cuadro gris. Era la tierra arcillosa, arrancada del suelo por las explosiones de las bombas de la aviación y de la artillería de grueso calibre.

Agachado entre unos arbustos enanos que crecían al borde del hoyo, de donde acababa de salir, miré la planicie en todas sus direcciones, y a corta distancia de donde estaba oí que hablaban en su idioma desconocido para mí. Debían hablar en vascuence.

Me estuve quedo y agazapado entre la hierba largo rato, observando. Eran los fascistas, posiblemente requetés, que habían ocupado nuestras posiciones.

Por fin llegó la noche, turbada por el canto lejano de un búho que ponía una nota agorera sobre el paisaje, donde rondaba la muerte y el dolor, mezclado con la charla y las risas de los fascistas, medio borrachos de alcohol y olor a sangre.

Al Oeste vi grandes hogueras, a cuya luz se distinguían, como figuras de sombras chinescas, las siluetas de los hombres que se

movían en su torno. Posiblemente quemaban los cadáveres; rociándoles con gasolina, a juzgar por las largas lenguas de fuego, mezcladas con humo que se elevaban a gran altura.

Avancé en dirección contraria, andando más de una hora, siempre con el oído atento y el ojo avizor, escrutando en la oscuridad.

Encontré una depresión del terreno, bajando por una garganta bastante espaciosa a un pequeño valle, por el que caminé con dificultad, subiendo por una especie de desfiladero que había al lado opuesto, lleno de aspereces, por donde arrastré mi pobre cuerpo magullado, cayendo acá y allá, desgarrando mi uniforme, ya hecho jirones, en los espinos que hallaba a mi paso, que se clavaban en mis laceradas carnes.

– ¡Alto ahí! ¡Cuerpo a tierra! –oí gritar de pronto.

Obedecí en el acto, y tumbándome en el suelo, permanecí quedo y silencioso como un cuerpo inanimado, hasta que llegó la ronda a reconocerme.

Di mi nombre, unidad, compañía, sección y escuadra, a la que pertenecía, así como los nombres de mis jefes, por ignorar la consigna.

Después de reconocerme, me desarmaron, llevándome con ellos; iban silenciosos y trágicos como emisarios de la muerte.

Pasé por un lugar, cerca del cual, en una aldea, tenían instalada la Comandancia. Al lado del camino, tumbados en el suelo, sobre la hierba escasa se veían confusamente muchos

seres humanos que dormían, envueltos en sus mantas pardas, con sueño pesado e ininterrumpido. Eran mis compañeros de armas.

Me llevaron al cuarto del oficial, quien se había instalado tranquilamente en la casa de un labrador, como dueño y señor de ella.

Era una choza con los honores de casa, con el piso de tierra y el techo de paja, sin más muebles a la vista que un rústico banco, dos tajuelas y algunos utensilios de cocina, casi todos ellos de cobre, relucientes, colgados de sendos clavos fijados en la pared de adobes y algunas herramientas de labranza.

En un lar de ladrillo, un poco levantado del suelo, humeaban los residuos de un fuego de rastrojos.

Delante de aquella vivienda había otros muchos desgraciados como yo que, por haberse extraviado, llegaron tarde al campamento, sin control de nadie.

Nunca me pude explicar las causas fundamentales de ese sentimiento de esclavitud y adaptación al medio ambiente que dominaba a los hombres, aun en la situación más deplorable.

Obrando con prudencia y buen sentido, ante la realidad de los hechos que ya conocía, lo acertado, a juicio de quien hubiera pensado con el cerebro, habría sido huir de allí o entregarme al enemigo. En este último caso, si me respetaban la vida, cosa no muy segura, sería un prisionero de guerra, que siempre, por mal que me fuera no me iría peor que entre mis verdugos. Estas

reflexiones me las hacía ahora, cuando me encontraba de nuevo en la ratonera.

Es un estado o condición de inconsciencia, a lo que llamamos instinto de conservación, y que, en el fondo no es otra cosa que la atracción por lo que conocemos, muchas veces bastante peor que lo desconocido.

Tal era nuestro caso.

Antes de ingresar al ejército y de haber sufrido las vejaciones de que habíamos sido objeto, muchos de nosotros, llegando en algunos las cosas demasiado lejos, podía amar al ideal mucho más que a mi propia vida, pero ahora ya no era posible pensar en ideales de justicia, si no era para revelarnos contra aquellos que nos oprimían.

Los jefes holgaban sus ocios en compañía de buenas mujeres; comían bien y se acomodaban en las casas de los ricos, mientras que nosotros dormíamos en el suelo, y comíamos un rancho detestable, e íbamos medio desnudos.

Skobine vino hacia mí; se paró en seco, y atusándose el bigote me dijo, con ayuda de un intérprete, mirándome con altanería.

– ¿Dónde has estado? ¿por qué te separaste de la fuerza? ¡Te debiera fusilar en el acto, por cobarde!

Nada le contesté. Ante aquella serie de insultos, nada le podía decir. La disciplina militar no admite excusas ni razonamientos: se impone brutal y agresiva de un lado, y del otro sumisa y obediente.

Permanecí cuadrado ante aquel tiranuelo con galones, quien a su vez se cuadraba ante sus superiores: yo debía de estar ridículo con el puño en alto, rígido como una estatua, teniendo conciencia de lo humillante que era aquello.

Dio orden de que me retirara. Me sacaron a la puerta, donde me junté con mis compañeros de infortunio, y una vez allí, me senté en el suelo, sobre el polvo del camino.

Fueron llegando otros más que recibieron igual trato. Se iban sentando en el suelo, en silencio, como cohibidos y faltos de voluntad. Se diría, viéndonos allí de aquella guisa, preocupados y silenciosos, que sobre nuestras cabezas flotaba la amenaza de algo siniestro y terrible, quizás peor que la misma muerte que tantas veces habíamos desafiado serenos y entusiastas.

Nadie osaba quejarse y menos censurar a los que, habiendo presenciado la batalla que había durado diez horas, a varios kilómetros de distancia, con la ayuda de unos anteojos, procedían así contra nosotros.

Ya tarde de la noche nos albergaron en un secadero que estaba dentro de un patio, poniendo guardias a la vista.

Nos tumbamos en el suelo y allí dormimos, sin preocuparnos de lo que nos pudiera ocurrir, como resultado de nuestra falta.

La guerra embota los sentidos y convierte al hombre en un ser abúlico que solamente piensa en satisfacer sus necesidades fisiológicas y en obedecer, viviendo sometido al imperativo de la disciplina.

De mañana, según íbamos despertando, nos restregábamos los ojos con el dorso de nuestras manos sucias de sangre, humo y polvo. ¿Quién pensaba en lavarse la cara cuando en muchas ocasiones faltaba el agua para beber?

Con nuestros uniformes sucios y desgarrados, nuestros rostros barbudos, los cabellos en desorden, teníamos el aspecto poco agradable de una cuadrilla de bandoleros calabreses, aunque inferiores en mentalidad, ya que los bandoleros luchan por conservar su independencia individual o por vengar ofensas cometidas contra sus personas.

Ellos no podrían sufrir, resignados y obedientes, los insultos de estos nuevos amos que nos humillaban, amenazándonos a cada paso con fusilarnos por la falta más leve.

Cuando se habla de la esclavitud de Grecia y de Roma, con frecuencia se pinta la vida de los pobres esclavos como algo sublevante y honroso, empleando para ello los colores más subidos, por estos mismos defensores de las instituciones armadas y de los fueros militares. Se olvidan estos señores que en la vida moderna el soldado es un esclavo de la peor calidad, que no tiene ni siquiera la esperanza de encontrar un amo razonable. En este aspecto de la vida moderna y militar, y hasta civil, cada país es una cárcel grande, donde es casi imposible escapar al control de los llamados mantenedores del orden, y que en realidad son causantes de todas nuestras desventuras.

Lo más terrible de la guerra no es la disciplina, ni los bombardeos, ni el número más o menos elevado de víctimas que, como hecho inmediato en ocasiones, son los resultados del

hecho en sí mismo, ya que en los campos de batalla mueren los hombres más intrépidos, más vigorosos e inteligentes, quienes impulsados por un sentimiento de dignidad o por la fuerza de las circunstancias, exponen sus vidas, mientras que los débiles, los pusilánimes y los cobardes quedan para continuar la especie.

Esto es más terriblemente trágico que la guerra misma; porque aquí ya no se trata del que muere hoy, se trata del que nacerá mañana.

Mi sufrimiento moral era indescriptible: no sufría con el hambre, la fatiga y la sed, sufría cuando me obligaban a cuadrarme ante alguno de aquellos mequetrefes; cuando me reprendían despóticamente; cuando me hacían marcar el paso, o bien estar horas enteras formado, esperando que un don cualquiera nos pasara revista; y lo más humillante de todo era la reserva que teníamos que guardar allí, donde por todas partes los confidentes tenían muy abiertas las orejas, para escuchar cuanto se decía.

Nos hicieron formar después de medio día, y convenientemente escoltados nos llevaron a la Comandancia, donde fuimos interrogados y seleccionados, devolviendo a sus respectivas unidades a los que pertenecían al Partido, y a nosotros se nos condenaba a formar equipos especiales, los que, además del servicio, éramos destinados a los trabajos de fortificación, sin quedar por esto revelarnos de montar las guardias, como castigo por nuestra falta.

CAPÍTULO VIII

A los así castigados, durante la noche se nos llevaba a fortificar, vigilados como reos de alta traición.

Aquello era simplemente odioso y deprimente; pero ¿qué hacer en semejantes circunstancias? No nos era muy fácil el huir de allí a los que estábamos fichados y catalogados como anarquistas. Lo más agradable que podíamos esperar de la gentileza de nuestros verdugos era un balazo en la sien, para luego ser llevados al otro lado de las alambradas con el sambenito de traidores, que habíamos sido sorprendidos en el mismo momento de querer pasarnos al enemigo.

Me recuerdo ahora de los hombres de algunos de aquellos malaventurados, condenados conmigo a trabajos forzados, que aparecieron al otro lado de las alambradas, asesinados, o desaparecieron para siempre.

Había dos italianos, cuyos nombres creo que eran Banchieri y Macini, ambos de unos treinta y ocho o cuarenta años de edad, naturales de Milán, y que, en el año 1921 habían tomado parte

en la toma de las fábricas, viéndose luego obligados a abandonar su país. Antifascistas auténticos, y anarquistas fueron acusados por uno de los tantos judas de la Brigada como enemigos de los bolcheviques y desaparecieron, sin dejar rastro de su paradero.

Se dijo que habían sido trasladados a otra Unidad; pero lo cierto es que nada se volvió a saber de ellos.

Otra de las víctimas fue Leclerc, un muchacho canadiense, lleno de entusiasmo y de nobles intenciones, que, como yo y otros muchos idealistas, había llegado a España entre aquel conglomerado de gentes de toda laya, animado del entusiasmo que la causa del pueblo español había despertado entre los elementos de izquierda en el mundo entero. Su significación libertaria y antiestalinista le valió el ser asesinado una noche para decir luego que le habían sorprendido cuando intentaba pasarse al enemigo.

Estos crímenes se comentaban en voz baja entre los voluntarios, pero la guerra endurece la sensibilidad humana hasta el extremo de no darle mayor importancia a un asesinato más o menos. «¿No mueren diariamente miles de hombres en los encuentros con el enemigo? ¡Y si después de todo fuera verdad, el castigo no sería lo suficientemente ejemplar!» se dice. Y con esta reflexión un poco filosófica, al día siguiente nadie se acuerda de la víctima.

Me acuerdo sobre todo de Henry Stony, por ser, como ya he dicho, un viejo amigo.

Le vi yo mismo al otro lado de la alambrada, un día que, ya fuera casualmente, ya de propio intento, montaba la guardia en

aquel lugar. Aquel cuadro me sobrecogió de tal forma, que sentí como nunca, germinar en mi pecho deseos de venganza.

Cuando nos ultraja, nos persigue y nos oprime el enemigo, lo creemos lógico y natural; pero, cuando en el nombre de una causa común a todos, se emplean contra nosotros esos mismos métodos, la infamia es mucho mayor y no tenemos palabras para adjetivar a los miserables que sirven de instrumentos para cometer tan odiosos crímenes, así como para aquellos que los ordenan.

Había conocido a Henry Stony en Chicago. Era un joven inteligente y activo, que militaba en la organización conocida por I. W. W., aunque sus ideas iban bastante más allá de los fines que proclama la misma en su preámbulo.

Después de asesinarle le expusieron allí, como un justificante acusatorio de las intenciones de la víctima.

Era este uno de los muchos medios empleados por los estalinianos para llegar al fin que se proponían. Los medios eran asuntos secundarios para ellos: lo que les interesaba eran los fines.

Desde aquel día ya no pensé en otra cosa que, en escaparme de allí, donde mi vida peligraba en cualquier momento.

Aquel cuadro terriblemente macabro que presencié, a pesar mío, durante las dos horas que estuve de centinela, me seguía como una visión alucinante por todas partes. Su cara verdosa, donde las moscas se posaban, tenía un aspecto repugnante.

Cuando ya iba a finalizar mi turno, llegaron dos individuos, portadores de una piqueta y una pala, dispuestos a enterrarle. Uno de ellos, dándole con el pie, dijo con desprecio de verdugo:

– ¿Qué te parece, camarada?... ¡Cómo para fiarse de estos individuos que se dicen antifascistas!...

– ¡No es bueno fiarse de nadie! –respondió el otro con acento sombrío, como un verdadero sepulturero.

Cuando me relevaron maduré mi plan de fuga.

Aquella noche iríamos a fortificar y aprovecharía la oportunidad para escaparme.

Íbamos acompañados por algunos elementos armados, pretextando que podíamos ser víctimas de un ataque por parte de los fascistas, aunque en realidad, la misión que tenían era la de vigilarnos.

A mi lado trabaja un individuo polaco, de filiación bolchevique, cuya misión no era otra que espiarme, procurando obtener mi confianza.

Había trabajado en los Estados Unidos, en una fábrica de metales, y hablaba medianamente el inglés; mas, yo, adivinando sus bajos propósitos, solamente hablaba con él lo indispensable.

Un centinela se paseaba a lo largo de la línea trazada para la excavación; pero yo, pretextando una necesidad, me alejé hasta el lado de unos pequeños arbustos, donde había unos jarales, y el terreno ofrecía algunas depresiones.

Tan pronto como llegué a aquel lugar corrí hacia un ribazo que había allí cerca, con objeto de ocultarme en las deprecaciones del suelo, a fin de no ofrecer blanco a mis supuestos perseguidores, teniendo el terreno alguna maleza que me podría servir para ocultarme.

En efecto, mi compañero de trabajo fue el primero en dar la voz de alarma, y oí, mientras corría, agachándome en lo posible, como me echaban el alto, disparando luego sobre mí, ya que gracias a la luna que hacía, me podían ver a cierta distancia.

Me interné lo más pronto posible entre la maleza que había cerca de allí, y ya me creía fuera de todo peligro, cuando oí nuevas descargas y me sentí herido en un muslo. Me adentré entre la maleza, arrastrándome, a fin de no ser visto; crucé un sendero, me senté en medio de un matorral, conteniendo la respiración cuanto pude.

Tenía un balazo en una pierna, que juzgué de suerte.

Después de vendar la herida con el pañuelo, permanecí silencioso, esperando pasar desapercibido.

Ya estaba dispuesto a marchar de allí cuando oí que hablaban en mal español, y pude comprender lo siguiente:

– Estoy seguro de que ha caído y no puede estar lejos, y si no ya lo veremos mañana.

– ¡Qué sabes tú! –decía el otro.

- Le pude ver bien cuando le tiraba, a través de un rayo de luna, y debes de saber que yo nunca fallo...

- Puede ser cierto esto que dices, pero también cabe en lo posible que haya huido -dijo el otro asesino.

Tanto las palabras como las pisadas de mis perseguidores se iban oyendo a distancia, hasta que al fin quedó todo en silencio.

Con la ayuda de un cortaplumas que llevaba conmigo, corté una rama, para apoyarme en ella, a guisa de bastón, y empecé a andar con cierta cautela, sintiendo agudos dolores en la pierna herida.

A lo lejos, bajo los rayos plateados de la luna brillaban, a cortos intervalos los campos, quedando en la sombra cuando se ocultaba detrás de una nube.

Seguí hacia el Este, esperando encontrar una brigada confederal o alguna aldea donde poder curarme y reponerme de mi herida.

Había el peligro de ser denunciado, pero diría que pertenecía a la Brigada C..., y que, desconocedor del terreno, me habían herido en un combate, extraviándome luego.

Tenía ante mí dos perspectivas o hipótesis: Si me encontraba con una unidad comunista sería fusilado por traidor, pero en cambio si lograba, librarme de estos fanáticos, podía llegar a alguna población donde sería atendido por compañeros.

Caminé toda la noche. Cuanto más me alejaba del teatro de los sucesos, tanto mayor era la tranquilidad de mi espíritu.

Cuando ya amanecía me oculté en un bosquecillo de arbustos enanos.

Ahora a lo lejos se veía una carretera blanca que cruzaba la estepa castellana, por donde venían algunos camiones. Estuve quieto e inmóvil hasta que pasaron a poca distancia de donde yo estaba; luego, cruzando unos terrenos de olivos, cargados de fruto, mustio y agotado por el sol canicular, por no haber sido recogido a su tiempo, anduve agachado entre unos brezos, hasta el borde de un camino que se hundía en el suelo, donde me paré, examinando el paisaje.

Ante mi vista aparecía un valle de fértil terreno que se extendía a lo lejos, bordeando a ambos lados de ribazos de suaves declives.

Con gran sorpresa observé de pronto que, a poca distancia de mí, surgían del suelo algunas chimeneas, varias de las cuales ya humeaban. Comprendí con el natural asombro, que me encontraba ante una población troglodita.

Vi aparecer una mujer alta, vestida de luto, como si realmente emergiera del suelo en un cuento de hadas, desapareciendo luego de mi vista. Bien es cierto que desde mi posición no podía ver las entradas de aquellas extrañas viviendas.

Me dirigí resuelto hacia aquel lugar y me encontré frente a una puerta muy alta, de una sola pieza, medio abierta, delante de la cual había una pequeña plataforma, parecida a las que se

encuentran en las montañas de las zonas mineras, donde se han hecho calicatas, catando los filones de mineral.

Llamé a aquella, para mi misteriosa puerta, y apareció en el umbral una graciosa y hermosa niña de unos diez a once años de edad, que me dijo en buen español, con un acento breve y cantarín, al cual mis oídos no estaban acostumbrados:

- ¿Qué desea el señor?
- Deseaba ver a tu papá si está en este momento en la casa –dije con alguna dificultad, por no dominar aun bien el español.
- Mi padre está en la guerra; pero está aquí mi abuelo. Espere un poco, le voy a llamar.

Y sin esperar mi contestación, corrió al interior de la cueva, como una comadreja, dando pequeños saltos y gritando con su voz argentina:

- ¡Abuelo, abuelo, salga!... ¡Está aquí un hombre, un miliciano, que pregunta por papá!
- Allá voy, ¡carape! –se oyó decir en el interior, y un momento después, en el umbral de la puerta, apareció un anciano de cabello blanco y bondadoso aspecto, aunque de carácter recio y acentuado, común a la mayoría de los habitantes de la meseta ibérica.
- Buenos días, abuelo –le dije.

– Buenos los tengamos todos, –me respondió con esa cortesía española, poco conocida por la mayoría de los extranjeros que hablan de España.

Mirándome con sus ojos bondadosos, agregó, con tono cariñoso:

– Entre y desayunará con nosotros.

Acepté el ofrecimiento, y penetré en el interior de aquella vivienda original. Su interior estaba aseado, con las paredes, talladas en la misma arcilla del terreno, blanqueadas de cal.

Cuando me fui acostumbrando a la escasa luz que allí había, ya que, a guisa de ventanas solamente tenía, cerca de la puerta un tragaluz, por donde penetraba en el interior una débil claridad, pude observar que se trataba de una vivienda de campesinos sobrios, cuyo mobiliario se limita a lo puramente indispensable.

Cerca del lar una mujer, en la que reconocí la misma que había visto salir de la choza, preparaba el almuerzo, compuesto de sopas de ajo, que me pareció admirable.

Después del almuerzo les dije que estaba herido.

– ¿Por qué no nos lo ha dicho antes? –dijo el abuelo–, ¡María! ¡a ver! ¡prepara agua caliente!

– Es poco –les dije para confortarlos.

La mujer echó unos rastrojos en el fuego, soplando con un tubo de caña; luego colocó encima unas trébedes, sobre las cuales puso un cazo de largo mango, con agua.

La niña se acercó a mí con una confianza instintiva de los niños. Le acaricié los cabellos de un castaño oscuro, y sentí deseos de besarla.

Mi corazón huérfano de cariño, sentía una necesidad imperiosa de amar a alguien, aunque fueran niños de corta edad.

Entablé conversación con ella. Me decía, con el entusiasmo propio de los niños por los héroes, que su padre también estaba en el frente, por la libertad de España.

– Es una charlatana –dijo la madre–. ¡A ver Celia! ¿qué confianzas son esas?

– ¡Déjela! –supliqué– me gustan mucho los niños.

La niña me miró como agradecida con sus ojos pardos, dulces y suaves como el terciopelo, quizá viendo en mí algún héroe parecido a aquellos, con los que había soñado.

– ¡Estaba herido y no decía nada! –exclamó la mujer solícita, mientras echaba agua en una aljofaina.

– No es de gravedad –le dije.

– ¡Pobres! ¿Dónde estará a estas horas mi Celesto?

– Celesto es su marido, que está en el frente; pero dice que está contento –dijo el abuelo.

– ¡Qué quiere que diga! –suspiró la mujer–, aunque no me gustaría verle por aquí emboscado.

– Naturalmente –dije.

– Mi papá fue de los primeros que salieron –dijo la niña con el entusiasmo propio de la edad.

– Cumplió con su deber –le dije. Eso es lo que hacen los hombres dignos, de cuyos padres deberán estar orgullosos sus hijos.

– ¡Así se habla, carape! –exclamó el abuelo.

Ordenó a las mujeres que salieran un momento mientras me curaba, pero la mujer se dedicó a prepararme una cama, donde después de curado me acosté a descansar de las largas fatigas que había padecido.

Desperté tarde y vinieron a visitarme las muchachas de la aldea. Habían lavado mi ropa y me trajeron algunas prendas pertenecientes a sus familiares que estaban en los frentes.

Tenían la gracia natural e ingenua de las campesinas, llenas de amor y de entusiasmo por las causas que logran abrazar.

Se disputaban a porfía por servirme, ya trayéndome golosinas preparadas por ellas mismas, ya lavándome y cosiéndome la ropa.

He pasado feliz unos días entre aquellas gentes sencillas, a las cuales el microbio de la civilización aún no había contaminado con su virus venenoso y nocivo.

Ora me traían almendras, ora leche de cabra y quesos, huevos y miel, con unos bollos de pan especial que ellas hacían y que resultaban un manjar riquísimo.

Cuando me mejoré hasta el extremo de poder andar con cierta soltura, me iba al campo con ellas; y pude ver como las mujeres, los hombres que ya no estaban en edad de empuñar las armas y hasta los niños, trabajaban con verdadera alegría y entusiasmo, a pesar de la guerra que ensombrecía los corazones y ensangrentaba el país.

Allí pude, como nunca lo había hecho, comprender la gran diferencia que existe entre la guerra y la paz, hasta el extremo de creer una locura la guerra.

Entre el hombre feroz, sanguinario e inhumano que viste un uniforme y empuña un arma, siempre presto a la agresión, dispuesto a matar, y el hombre que trabaja, existe un abismo. El uno representa la vida apacible y atrayente: el hogar, la familia, la alegría de vivir y de amar, como un fin de confirmación de la especie, superada por medio de la cultura física e intelectual, mientras que el otro, el soldado, representa la ruina, la barbarie, el crimen, el dolor, la desolación y el embrutecimiento de los pueblos que luchan por aniquilarse mutuamente.

Quien haya vivido la guerra y sea una persona normal y como tal, razonable, reconocerá esta verdad y odiará la guerra, como

se odian todas las calamidades y todas las aberraciones humanas.

Cuando hoy, al trazar estas líneas pienso en la gran obra que pudo haber llevado a cabo el pueblo español, pleno de entusiasmo y de vigor, siendo como si gravitara sobre mí todo el peso de la derrota, y mi espíritu se siente invadido de una gran tristeza, ante una realidad dolorosa y terrible, viendo cómo se han traicionado los más nobles propósitos de un pueblo, de indiscutible capacidad creadora.

Los recursos de un pueblo son enormes, inconmensurables; su tesoro de vitalidad y energía no tiene precio; pero, ¡ay de los vencidos! porque la maldad de ciertos hombres supera a todos los esfuerzos y nobles iniciativas que se intenten con toda la buena voluntad, por los trabajadores, cuando pretendan superarse.

Pensaba marcharme a Barcelona; pues en mí ya había muerto el entusiasmo, convencido del desastre final, y sobre todo de que para nosotros estaba la guerra perdida ya; porque si ganaban los fascistas, como era de esperar, nos eliminarían legal o extralegalmente, y sí, por el contrario, ganaran los llamados republicanos, seríamos eliminados por procedimientos idénticos.

Estas cosas no se las podía decir a los campesinos, quienes, a pesar de pertenecer a la CNT, sentían un entusiasmo casi religioso por la República.

La colaboración de nuestros organismos con un Gobierno entregado a los comunistas daba estos tristes resultados.

Les hablé de irme a Valencia o Barcelona, donde tenía una misión que cumplir, y me manifestaron que lo podía hacer en un camión que llegaba hasta allí, procedente de Valencia, en busca de provisiones.

Así lo hice, y tres días después, el buen anciano, acompañado de un gran número de vecinos, entre los que no faltaban las compañeras y sobre todo la niña Celia, que se arrojó a mi cuello y me besó repetidas veces, salieron a despedirme hasta el lado del camión, haciéndome señales de amistad con sus gorras y los pañuelos, mientras que corríamos por la carretera que va a Valencia.

El grato recuerdo de los deliciosos días pasados en aquella aldea, cuyo nombre reservo, perdurará en mí toda la vida.

Nunca me olvidaré de las virtudes hospitalarias de este gran pueblo, así como de su alegría franca y sana, superior a todas las riquezas del mundo; porque este tesoro natural que existe en el alma sencilla de los campesinos españoles vale más que toda nuestra riqueza industrial y todo el oro del mundo que vuelve a los hombres calculistas, huraños, egoístas y crueles.

CAPÍTULO IX

Aun renqueaba algo, como resultado de la herida que los sicarios internacionales me habían producido, cuando llegué a Barcelona en un camión de la Intendencia militar, procedente de Valencia.

Como era esta la primera vez que pisaba la capital catalana, necesitaba orientarme, sobre todo en lo que al alojamiento se refería. No podía ir a un hotel por dos razones fáciles de explicar: mis fondos no me permitirían vivir mucho tiempo pagando una pensión elevada y la más grave era mi condición de desertor. ¿A dónde ir en estas condiciones?

Pensé en la casa CNT-FAI, que conocía de nombre, y a allá me fui, exhibiendo mi documentación sindical, que por lo menos me facilitó un sofá donde dormir aquella noche, y al día siguiente un compañero me consiguió una tarjeta en el Sindicato Gastronómico, válida para comer en los restaurantes abiertos por los mencionados sindicatos, donde se comía un plato de cocido a un precio módico.

Lo que más me urgía ahora era resolver el asunto de la posada, pues, bajo ningún concepto podía seguir durmiendo en mi improvisado alojamiento.

Este problema que yo estimaba de gran interés fue solucionado al día siguiente de una manera inesperada.

Fui a tomar café en un local que había en la parte baja del edificio, creyéndome allí más seguro que en parte alguna; y ese día me sorprendió oír hablar en inglés a dos compañeros que tomaban café en una mesa próxima a la mía.

Presté toda mi atención, a fin de saber de qué hablaban. Aunque esto sea una falta de educación, mi situación bien lo podía justificar.

Hablaban del movimiento internacional, donde un proletariado castrado y conservador, se desatendía por completo del asunto de España, y un político francés de filiación socialista había sido el mentor, por no decir el autor, del Comité de la No-Intervención.

Comentaban la situación interna de España, donde se había estrangulado la Revolución Social con la complacencia de los elementos colaboracionistas, engañados y equivocados unos y procediendo con conocimiento de causa otros, asustados ante la perspectiva de un hecho hondamente revolucionario, que había atemorizado al gobierno y a todos los poderes existentes.

Intervine en la conversación, y les relaté mi caso, sin omitir ningún detalle; y después de invitarme a que me sentara junto a ellos, me ofrecieron su apoyo solidario, del que acepté

solamente el alojamiento, ya que tenía yo algún dinero, producto de los meses cobrados en la Brigada.

Ya seguro de tener donde cobijarme, me fui a comprar una maleta y una muda de ropa interior de la que estaba bastante necesitado, tomando luego, en compañía de estos buenos amigos un tranvía en la Plaza de Cataluña, que nos llevó hasta la Plaza la Bonanova, cerca de la cual habitaban ellos.

Uno era alemán, se llamaba Henrich Henkell, y el otro, de nacionalidad inglesa, se llamaba Joe Hope.

Cuando llegamos a la casa, Henkell se dirigió a dos muchachas y un compañero que había en la cocina y les dijo en español:

– ¡Eh, Lidia, Adela! Aquí les traigo un nuevo miembro, que desde hoy, con la aprobación de todos, formará parte de la colectividad. ¿Qué dicen ustedes? ¡A ver, Pons! ¿qué opinas?

– ¡Bienvenido sea! –dijeron las muchachas, corriendo hacia mí y estrechando mi mano, al par que me miraban, como buscando en mí alguna nueva impresión de los acontecimientos que se vivían.

– Tengo sumo gusto en que forme parte de nuestra reducida colonia, ya que la mejor presentación para nosotros es verle llegar en su compañía –agregó Pons.

Acto seguido me estrechó la mano con cordial afecto.

– ¿Qué es lo que dices, Henkell? –preguntó una voz femenina desde una habitación interior.

– ¡Ah! ¿estás ahí, Fany? –dijo éste, mirando hacia aquel lugar.

– Aquí traemos un compañero que quedará entre nosotros, si tú quieres –dijo Hope– espero que se lleven como buenos amigos.

Por mi parte estaba encantado del recibimiento; dada mi situación, y después de los sufrimientos que había padecido ya, me encontraba allí en mi propio elemento.

Fany vino hacia mí y me besó, y aun no sé por qué razón aquel beso me emocionó de una forma extraña.

– Ya verás que bien te has de encontrar entre nosotras –decía, mientras que, cogiéndome de la mano me enseñaba la casa.

De pronto, parándose en una habitación, donde había un ancho sofá de esos que utilizan para dormir y es conocido con el nombre de cama turca, me dijo:

– Este será tu cuarto y dormirás en este sofá. Ya le arreglaremos para que puedas dormir bien. Trae las maletas y demás cosas que tengas y las iremos acomodando.

Hice lo que me mandaba, y ella trajo las sábanas y los cobertores, preparándome la cama.

Luego hablamos largamente de nuestro movimiento, que Fany conocía muy bien, identificándonos mutuamente en nuestras opiniones.

Fany conocía bastante el movimiento en inglés, conociendo de nombre algunos compañeros que yo le iba citando, y hasta cuando supo mi nombre se acordó de haber oído hablar de mis pasadas actividades revolucionarias y de las persecuciones que había sufrido, como resultado de las mismas.

En aquella primera entrevista me pareció una mujer dotada de cierto talento, no exenta de esa intuición femenina, que hace a la mujer previsora y hasta prudente en muchos casos.

En la noche nos invitaron al cine, pero Fany les dijo que me dejaran descansar aquel primer día; que se quedaría ella conmigo, a fin de hacerme compañía.

Me dijo que Henkell, Hope y algunos compañeros, habían llegado llenos de ardor a trabajar por la Revolución, ofreciéndose como técnicos, pero que les habían creado toda clase de dificultades, a fin de aburrirlos. La retaguardia estaba más podrida que los frentes; existía un sabotaje descarado en las fábricas de armas, llegando al extremo de haber volado una de ellas en Hospitalet.

La escuchaba sin asombrarme de nada de lo que me decía. Mi estancia en los frentes había sido tan aleccionadora que ya nada de cuanto oía me parecía exagerado.

Como una madre cariñosa para su hijo, me preparó el agua para que me lavara los pies, prodigándome toda clase de atenciones. Aquello era demasiada felicidad para mí, que a través de mis andanzas y luchas solamente había libado la hiel de los desengaños y del dolor.

Hablábamos con la cordial familiaridad de dos viejos amigos. Ella admiraba en mí el tesón desplegado en las luchas contra los tiranos; conocía, aunque no fuera más que por referencias algunos de los sucesos más interesantes de mis actividades sociales de América y, por cuya razón había sufrido, como consecuencia de ello, algunos años de cárcel y destierro de diferentes países.

Yo admiraba en ella el sano entusiasmo por las ideas, sin falsas ni ficticias afectaciones; a la compañera que se presentaba tal cual era, sin disimulos ni coqueterías.

La belleza real no está en la mayor o menor perfección del cuerpo humano, está en la elevación de los sentimientos. Del mismo modo que un instrumento de música tosco produce bellas melodías, una mujer sin ser hermosa puede despertar grandes afectos; porque, la bondad es cosa bella, mientras que el egoísmo, la avaricia o cualquier otra expresión del mal, son signos de fealdad, que despiertan en nosotros sentimientos de hostilidad hacia la persona que los posee.

Fany no era ni joven ni hermosa; pero, a mi juicio era buena e inteligente. Tenía una gracia natural alegre y comunicativa y una simpatía que emanaba de su persona y que irradiaba a los demás como rayos del sol cuando alegran un paisaje en el invierno.

Sus ojos pardos, provocadores y profundos, a veces me parecían fascinadores; sus facciones árabes, con lejanas reminiscencias negroides, se animaban bajo el brillo de sus ojos tentadores, y su cabello enmarañado, como un símbolo de

rebeldía, le daba el raro aspecto de una belleza exótica y salvaje, importada de alguna tribu lejana.

Mi corazón huérfano de cariño encontraba allí, en aquella mujer, el afecto del cual estaba tan necesitado.

¡Qué momentos tan agradables he pasado a su lado! ¿Por qué las horas corren lentas y torturantes en el suplicio, en la aflicción del destierro y en la soledad de nuestro espíritu y veloces cuando estamos en compañía de las personas amadas, si creemos ser correspondidos?

Después de mis largos años de vida, mejor dicho, de sufrimientos, donde solamente había conocido la soledad de los calabozos, el destierro y la maledicencia de los hombres del orden, y algunas veces de los que se decían ser compañeros, aquello más bien que una realidad me parecía un sueño.

Hablábamos de las luchas pasadas y del presente doloroso, sin que se vislumbrara por ninguna parte otro porvenir que la tragedia total de un pueblo heroico que todo lo había dado por la causa.

Cuanto más la trataba mayor era mi simpatía por Fany. La inteligencia es el don de atracción que une los seres si va unida de la alegría de vivir y existe entre ellos una comunión de ideas que los identifique en sus propias aspiraciones; y en cambio resulta un bagaje pesado e incómodo cuando el conocimiento de las cosas despierta en nosotros hondos dolores que nos deprimen y aniquilan moralmente.

Así conversando y haciendo la vida lo más agradable posible, pasamos aquella primera velada, inolvidable para mí.

¡Bien lejos estaba yo entonces de pensar en los días de luto que me aguardaban, ni de los sinsabores que me estaban reservados!

Al día siguiente era domingo; Hope, Henkell, Pons y Adela me invitaron a ir a visitar a unos compañeros suramericanos que se alegrarían de conocerme. Lidia se quedó preparando la comida; pues aquel día, para celebrar mi llegada comeríamos todos juntos un arroz con setas que habían ido a buscar de mañana.

Estos compañeros vivían en la calle Diputación, y allá nos fuimos, deseosos de charlar un rato con ellos: Adela iba alegre y optimista, con ese optimismo sano que siente el pueblo español aun en sus mayores desgracias, corriendo y saltando como un pajarillo en la primavera; Henkell iba a su lado con el aspecto del filósofo que medita en los distintos y complicados problemas de la vida; Hope caminaba junto a mí alegre de poder charlar conmigo en su lengua vernácula y Pons andaba con su paso lento, un poco reservado.

Yo había navegado por las costas de Suramérica, remontando algunas veces los grandes ríos que riegan aquella parte del continente. En 1915 había remontado el Río de la Plata hasta Rosario; había conocido las luchas sociales en Argentina a través de la prensa, siendo yo mismo un asiduo colaborador de «La Protesta», gracias a un antiguo amigo que traducía al español mis trabajos.

Nos recibieron con sincera cordialidad, saturada de frases cantarinas y dulces, y con esas formas amaneradas, propias de los hispanoamericanos.

Tomamos mate amargo y charlamos sobre el movimiento argentino, rememorando tiempos pasados.

Yo hablaba con alguna dificultad el español, cosa que les extrañó a todos, porque recordaban mis artículos, y por apellido, me habían supuesto español, y ahora mi forma de pronunciar un poco dura e incorrecta, les sorprendía.

– ¡Lo que son las cosas, che! –dijo uno de ellos– ¡yo que siempre te había creído español, y ahora resulta que eres gringo!

– ¡Macanudo, che! –dijo un segundo.

– No soy inglés –manifesté interviniendo– soy boer, y mi padre era español.

– ¡Ah, vamos! ¡ahora se explica lo del apellido!

– Lo extraño es que no hables correctamente el español.

– Ya verán como lo hablará bien pronto –dijo Adela–; yo seré su profesora.

– ¿De veras? –le dije.

– Naturalmente.

– Por mi parte encantado de poder ser discípulo de tan hermosa institutriz.

- Aprendan ustedes –dijo Adela con orgullo–; ¡luego dicen que los ingleses no saben echar piropos!
- Este es un español injerto en inglés –dijo Pons con flema.
- Protesto –afirmó Hope– yo soy inglés de pura cepa y me gustan las muchachas españolas.
- Y también las inglesas –dijo Adela.
- Ahora, más que las inglesas me gustan las españolas, y entre ellas, la que más me agrada eres tú.
- ¿Y te atreves a decírmelo aquí delante de todos?
- ¿Por qué no? Así podrán ser testigos de mi amor hacia ti.
- Por lo que veo los hombres son todos los mismos cuando de conquistar se trata –afirmó Adela satisfecha de haber sido objeto de algunos requiebros.
- Así es en efecto –dije yo–. Es natural la atracción que siente el hombre por la mujer, y el enamorarse de las mujeres, es de hombres cuando son tales: lo que no es de hombres es lo contrario...

Nos despedimos de nuestros amigos y regresamos a la Bonanova. Fany aún no había llegado, y la fui a esperar, solícito, lo que me valió una burla de Adela y una mirada de Lidia, las que con ese instinto fino de la mujer me suponían enamorado, o por lo menos en vísperas de estarlo.

A la Plaza de la Bonanova acudía la gente en espera de los tranvías que se llenaban según iban llegando.

En un kiosco que había a un extremo, unos milicianos bebían un licor turbio, con todos los honores de ron. Una multitud de hombres y mujeres asaltaban los tranvías que iban llegando abarrotados de público, al extremo de viajar muchos colgados de las partes laterales de los coches, con grave riesgo de morir aplastados al paso de otros vehículos. Pero, ¿quién apreciaba la vida, expuesta diariamente a los bombardeos de los fascistas?

Fany descendió de un tranvía que llegó por el paseo de San Gervasio y ágil como una mariposa, corrió hacia donde estaba yo, estrechándome la mano.

– ¿Qué tal pasaste la mañana? –dijo, mirándome con sus ojos reidores.

– Muy lejos. Hemos ido a visitar a unos compañeros suramericanos que creo viven en la calle Diputación.

– ¡Ah, bien! ¡Ya sé quiénes son!

Traía un paquete que me entregó, y marchamos calle arriba, cogidos de la mano.

Cuando hubimos llegado a la casa, desenvolvió el paquete, y vi que contenía una muda de ropa interior; dos pares de calcetines y unos pantalones.

- Toma -dijo-; dúchate antes de comer y ponte estos pantalones; si te estuvieran holgados te los arreglaremos, así te podré lavar esos que traes que están demasiado sucios.

- Bien; eres muy atenta; y, además de darte las gracias, vas a decirme cuánto te ha costado todo esto.

- De momento no te preocupes. Vete a cambiar los pantalones, que lo demás ya se arreglará -dijo, dándome un suave empujón, como queriendo acompañar la acción a las palabras.

Después de comer salimos todos a dar un paseo, siguiendo la carretera de Sarriá.

Henkell y Hope se enfrascaron en una discusión sobre el determinismo histórico, mientras que Pons departía con Lidia y Adela, acerca del maravilloso arte de la música, que a su juicio, tenía tonalidades y matices diferentes, causando distintos efectos y emociones.

Fany marchaba a mi lado, contándome algunos pasajes de su vida. Habíamos hablado de todos menos de nosotros mismos, y este deseo de identificarnos, nos indujo a recordar nuestro pasado.

Era argelina; y recordaba que, siendo aún niña, su padre liquidó el comercio de ropas que tenía y se trasladó a Gibraltar, donde puso una modesta tienda de géneros de punto y quincalla.

Allí, sobre aquel peñón pelado, que se introduce como una cuña entre dos mares, teniendo al frente el suelo árido y rocoso de África y a su espalda las montañas ibéricas, había pasado su niñez, aprendiendo, al par que hablar inglés, a comprender el español, un poco ceceado de Andalucía.

En aquel ambiente puramente militar, tomó tal odio al militarismo, que apenas muerto su padre, liquidó la pequeña tienda y se trasladó a un pueblo de Jerez de la Frontera, donde se estableció con un modesto taller de costura.

Desde entonces se vio obligada a atender las necesidades de la casa y a cuidar de un hermanito, para el que fue una madre hasta el día en que, emancipado de su tutela, voló en busca de pareja, como un pajarillo.

Los negocios no iban muy bien, y se vino a Cataluña en busca de trabajo; y fue entonces cuando conoció las ideas que ya sentía antes de conocerlas.

Conservando siempre su independencia, viviendo en un ambiente hostil a la mujer, había logrado salir a flote, en las diversas batallas libradas contra el medio que la rodeaba, todo lo cual era para mí motivo de admiración, agigantando en mi entusiasta y optimista imaginación las dotes de aquella mujer, a mi juicio extraordinaria.

Nuestros compañeros se habían alejado de nosotros, que, distraídos y sin percatarnos de ello, seguimos por un sendero de la derecha antes de llegar a Sarriá, el cual desemboca en unos terrenos baldíos, y algunas huertas que contenían legumbres agostadas por el sol.

Nos sentamos debajo de una acacia enana que se alzaba a un lado de la senda, cerca de un soto, cuyos arbustos medio mustios se retorcían bajo los rayos del sol canicular del verano.

El paisaje mostraba un aspecto lamentable de desolación y aridez en torno nuestro; mientras que a nuestros pies la ciudad blanca e inmensa, se extendía hasta el Puerto, donde se veían algunos barcos amarrados al muelle, inmóviles, como si esperaran la mano del hombre para que los lanzara por las rutas marítimas ya conocidas por ellos.

Los terrenos que se descubrían a uno y otro lado eran rojos y arcillosos y aparecían calcinados por el sol, cubiertos a trechos de pequeños arbustos y yuyos raquíuticos que se aplastaban contra el suelo, como buscando protección contra los rayos solares que abrasaban la tierra y secaban las plantas.

Fany subió hasta un pequeño promontorio, ágil y ligera, cimbreando su talle esbelto como una palmera, mientras yo permanecía tumbado de bruces en el suelo. Se sentó en lo más alto del pequeño promontorio y cantó una granadina con su voz de contralto, gorjeando como un pájaro, y después bajó corriendo hasta donde yo estaba. Allí, acostado, evocaba pasados y dolorosos recuerdos, que, ante mi presente felicidad, se esfumaban en lontananza, en la noche confusa del olvido, como si se tratara de cosas irreales que nunca hubiera sentido.

¡Hoy recuerdo dolorido aquellas horas felices de mi vida! ¡El recuerdo de aquella felicidad esfumada en la noche del pasado me despierta ante la realidad, escuela de la vida!

Aquella dicha era demasiado grande para no ser perdida pronto y para siempre, dejando en mi corazón un sedimento de dolor que ya nada ni nadie podrían borrar.

Se sentó a mi lado y me contempló con una mirada cariñosa de sus ojos acariciadores. Instintivamente coloqué mi cabeza en su regazo, y permanecí quieto, como un niño que buscara el cariño maternal.

Ella posó su mano sobre mi cabeza de león rendido, y aliso mis cabellos, con el cariño de una madre que acariciara a un hijo, mientras yo disfrutaba momentos de intensa felicidad.

– ¡Qué chiquillo eres! –me dijo al cabo de un rato, apartando con suavidad mi brazo derecho que le enlazaba el talle.

– Teniendo una madre como tú, cualquiera se siente niño –le respondí.

Nos reímos con ingenuidad de aquella inocente ocurrencia, hasta que Fany, levantándose, dijo:

– ¡Ya estuvo bueno! ¡Nos vamos!

CAPÍTULO X

De regreso al chalet encontramos a algunos de nuestros amigos que nos saludaron con alegría.

Adela vino hacia nosotros y nos dijo:

- ¡Ola, perillanes! ¡cómo se hicieron los perdidos, y nosotros esperándolos!
- Pues no fuimos tan lejos –respondió Fany.
- Es de suponer –intervino Lidia, haciendo un mohín con su cara de muñeca.

Pero Adela no estaba del todo conforme con la explicación, y le dijo a Fany:

- Si no te enfadas le tiro de los pelos.
- ¿Enfadarme? ¿por qué me voy a enfadar? Si hay alguno que se pueda enojar, ese es William, que sentirá el dolor.

– Entonces corrió hacia mí, y con sus manos ágiles de mecanógrafa, me dio unas cachetadas y unos estirones de orejas, como castigo por nuestra tardanza.

– Ahora te toca a ti, Lidia –decía a ésta, a fin de que, a su vez me diera otra tanda de pequeñas guantadas.

Adela era madrileña, y en todos sus actos ponía el fuego, la pasión y la gracia de aquella ciudad.

– ¿Dónde están Hope y Henkell? –pregunté yo.

– Aun no llegaron; –me respondió Pons.

– ¡Ola! ¿y me tiras a mí de las orejas, alegando que llegué tarde?

– Si, porque esos otros no me hacen caso; cuando les reprendo por su tardanza o por otra causa; se limitan a reírse, y después hablan en ese idioma endemoniado que nadie comprende. ¡Ya verás, ya verás como te enseño a hablar correctamente el español!

Nadie mejor que tú para enseñarme a hablar en español; pero que no salga tan locuaz como cierta personilla que estimo mucho –dijo Pons con su calma habitual.

– ¿Quién es esa personita? ¡Quiero saberlo! ¡vaya una forma fina de llamarme charlatana!

– No te enfadarás por eso, ¿verdad?

- Al contrario, me agrada tu franqueza, aunque hubieras hecho mejor diciéndome sin rodeos.

En este momento entró Henkell seguido de Hope en el comedor, acompañado de un hombre, a quien saludaron todos con muestras de afecto.

Me lo presentó con estas palabras:

- Fajardo Henríquez, uno de los pocos sobrevivientes de la tragedia de las provincias del Norte, abandonadas a su suerte, primero por el Gobierno Central, para que a su vez, los representantes de los distintos partidos abandonaran a muchos miles de combatientes y hombres comprometidos al odio vesánico de los fascistas.

Le estreché la mano con verdadero entusiasmo, mientras que Pons agregaba sentencioso.

- El compañero Fajardo tuvo la valentía de decir la verdad donde todos callaban, y por eso le odian los políticos, especialmente sus paisanos que hubieran deseado dejarle allí, corriendo la suerte que corren otros muchos.

- ¿Es verdad eso? -le pregunté sin que el hecho me causara el menor asombro, aleccionado por las cosas que yo mismo había visto.

- Si, por desgracia, es verdad -contestó Fajardo, con profunda tristeza-, y es preferible que no nos ocupemos de mi caso. Es posible que las amenazas, los insultos y las calumnias pasen al terreno de los hechos; sin embargo, ante la gran

tragedia de este pueblo incomparable, un caso aislado carece de importancia.

- No opino como tú –argumentó Pons–; los casos aislados, casi siempre son el reflejo de un sistema que tiende a tantear el terreno, tomando como experiencia de sus tanteos estos hechos a realizar.

- Es verdad; pero, a pesar de tus razonamientos, creo que debemos olvidar el daño que nos pudieran causar los malvados, tratando de evitar su compañía. Apartémonos de ellos, pero sin rencor, olvidando el mal si no tratara de resurgir de nuevo.

- Pero si persisten en hacer daño ¿qué debemos hacer para evitar mayores males?

- Combatirles.

- Eso es: la bondad tiene un límite: según el hombre bueno siente un placer íntimo practicando el bien, debemos de sentir una gran satisfacción combatiendo el mal.

Adela que deseaba tener detalles concretos de la campaña del Norte, dijo:

- Hablemos de otra cosa. ¿Qué fue de los valientes asturianos?

- ¡De los valientes! ¡Esos quedaron allí, en los montes! ¡Aun luchan! ¡Todavía mantienen en las montañas el fuego de la rebeldía!... Los que hemos venido somos los más malos, –dijo con tristeza.

Me fijé en el presunto héroe mientras hablaba con Adela. Era un tipo bastante bien formado; de estatura más bien alta que baja, de rasgos firmes y acentuados que denotaban en él una voluntad férrea, de maneras sencillas y expresión austera. Su cabello entrecano, era de un castaño claro con matices de un rubio subido, y sus ojos azules, a pesar de reflejar cierta dulce tristeza, algunas veces tenían la dureza del acero, acusando, al par que pretéritos sufrimientos, una energía poco común. Por sus labios vagaba una sonrisa enigmática, y en su elevada frente se dibujaba de vez en vez una arruga perpendicular que parecía un interrogante.

Hope observando mi curiosidad, dijo:

– Espero que te sea grata nuestra compañía, especialmente la del compañero William que es como tú una especie de trotamundos.

– Me siento muy satisfecho de estar entre ustedes. No en todas partes tengo la misma acogida. Algunos, de esos timoratos y oportunistas, dicen que en realidad es verdad cuanto yo he dicho, pero que no es esta la ocasión precisa para decirlo. Es difícil que llegue el momento oportuno para decir las verdades cuando éstas entrañan intereses creados y sostenidos por los nuevos privilegiados. Siempre habrá una razón para ellos fundamental, ya sea de organización o de circunstancias, que nos impida decir la verdad, o que, esgrimiendo la falsedad y la mentira, sirvan éstas para perseguir con odio mortal a quienes tengan el valor de decir las cosas tal cual como son.

No pude por menos que sentirme, atraído hacia aquel hombre, expuesto en la picota pública, porque se había atrevido a decir la verdad, cuando todos callaban y mentían ente los nuevos amos.

Hope que era aficionado a la Historia, intervino, diciendo:

– Dión, el filósofo romano, se encontraba en el destierro, satisfecho de ganarse la vida sacando agua de los pozos y plantando manzanos, porque, según él, su mayor satisfacción consistía en haber dicho la verdad en Roma, donde todos callaban y adulaban a los tiranos.

Mi interés por Fajardo estaba en parte reconcentrada en Asturias. En él recordaba a mi tío Gonzalo, las epopeyas de aquel pueblo y me parecía tener ante mí una viva representación de la raza astur, cuya sangre corría por mis venas. En esta simpatía o curiosidad había algo de atávico, como si por una reacción de mi subconsciente, ligado a desconocidos avatares, en aquel hombre hablara la voz de mis lejanos y oscuros ascendientes. Le examinaba, encontrando un gran parecido físico entre mi padre y él, aunque éste tenía un carácter más acentuado que denotaba una voluntad acerada.

«Así debieron ser mis antepasados», pensaba.

Quien, como él, en un medio corrompido de cobardía y claudicación, se atrevía a levantar la voz acusadora, por fuerza debía de tener algo de héroe o de mártir.

Mi interés por Asturias crecía. ¿Serían así todos los asturianos? No, no lo eran. Ya sabía yo que los arribistas que le perseguían,

esa otra especie despreciable de parásitos trepadores, pegados al presupuesto como garrapatas, también eran asturianos, cosa que me desilusionaba y me llenaba de indignación.

El hecho era natural: al lado del diamante está siempre, pronto a empañar su brillo, el lodo despreciable y asqueroso.

Le rogamos que nos contara algo de la defensa heroica de aquel pueblo que había defendido casi sin armas, palmo a palmo, sus montañas.

Lidia se había acercado y esperaba oír las palabras de Fajardo con la devoción de un creyente de la antigüedad que esperaba oír la voz del oráculo, entre los paganos.

Había leído el martirologio de los asturianos en la Revolución de Octubre, su heroísmo y decisión ejemplar, quizás única en la Historia, y debido a esto, tanto ella como Adela sentían gran devoción por ellos, cuya fama explotaban unos cuantos hombres inmorales e ineptos, que en nombre de los caídos y de los que todavía peleaban en los montes de Asturias, escalaban los puestos más elevados del Poder y vivían del presupuesto.

Iba a hablar Fajardo cuando observé que faltaba Fany.

– ¿Dónde está Fany? –pregunté.

– Está haciendo la limpieza en tu habitación –dijo Adela.

¡Llámalas que baje! ¡Mañana lo haré yo!

– Y harás muy bien en hacerla. ¡Es tu obligación!

– ¡Fany! –le gritó Lidia– ¡baja!

Apareció en la escalera, a mi juicio maravillosamente hermosa, con aquellos ojos que todo lo iluminaban.

– Me dan tentaciones de besarte –le dije en inglés.

– Y ¿por qué no? –me respondió con naturalidad.

– La besé, poniendo en aquel beso el cariño fraternal de un hermano, y ¡ay! ¿por qué no declararlo? el fuego y la pasión de un novio que besara a su novia por primera vez.

Hoy no sabría decir cuál de estos dos sentimientos despertó en mí aquel beso, en el que había agradecimiento, afecto, y lo que es peor, amor.

Fany saludó a Fajardo con la cordialidad de dos buenos amigos que desde hace largo tiempo se conocen.

– Tú que has luchado en el Norte y conoces aquellos desgraciados acontecimientos, ¿qué opinas de nuestra situación? Preguntó Henkell.

– Casi no me atrevo a opinar.

– Estás entre amigos –dijo Pons– y debes decir lo que pienses ya que tu experiencia es en este asunto mayor que la nuestra.

– Soy pesimista, y esto para la mayoría de los compañeros es sinónimo de derrotista. Mi pesimismo no es una vana opinión; está basado en hechos que todos conocen. Hemos perdido

Toledo, Málaga y otros muchos pueblos y por último se perdió el Norte donde están enclavadas las minas de carbón, los yacimientos más valiosos de mineral de hierro y las industrias pesadas más importantes de España; una riqueza enorme pesquera y ganadera, y se sigue diciendo que hoy estamos más cerca que nunca de la victoria total, hasta el extremo de dar el nombre de «El Gobierno de la victoria», a quien hasta ahora no tuvo en su haber otra cosa que desaciertos y desastres.

Con este señuelo de la victoria y esta política desastrosa, amenizada con gritos y charangas, nadie es responsable de lo que ocurre: el gobierno nos dice todos los días que estamos en vísperas de dar a los fascistas una sorpresa con el triunfo de nuestras armas; y yo, francamente, no me puedo explicar este optimismo ciego y criminal, que solamente la incapacidad o mala fe pueden justificar.

Es esta la primera vez, que yo sepa, en la historia de los pueblos donde un Gobierno jaleado por un partido que se dice obrero, comete toda clase de desaciertos y lejos de exigir responsabilidades a sus autores, que no rinden cuenta a nadie de su actuación, se les ensalza, colocándolos a la altura de ciudadanos beneméritos. Bien es cierto que tienen como órganos de defensa, el Gabinete de Censura y la checa, que como una vergüenza más, al margen de los organismos que representan al pueblo y del mismo Gobierno, tiene un poder omnímodo y absoluto, dependiente de los comunistas, convertidos en agentes de Rusia, quienes se imponen por el terror.

Se calló un instante, como reconcentrado en una idea fija, ante la gravedad del momento, donde unos saltimbanquis sin responsabilidad ni conciencia de los hechos, jugaban con la vida y el porvenir de millones de hombres, como si realmente fuéramos títeres de cartón.

– Pocas veces o ninguna los hombres nos resignamos a reconocer nuestros errores. Las intrigas, las mezquindades, las bajezas, la envidia y otras miserias humanas, llenan nuestro limitado mundo y nos acompañan hasta el sepulcro. Lo más terrible para el malvado que se esconde detrás del antifaz de la bondad y de la honradez oficial, es ver un día expuesta en público su obra, desnuda, tal cual es, en su horrible fealdad. Tal ha pasado y sigue pasando con los jesuitas, quienes detrás de una falsa humildad esconde su soberbia y su poder, y tal acontece hoy con los comunistas, quienes bajo una apariencia revolucionaria, obedecen órdenes de un gobierno dictatorial y se convierten en ciegos instrumentos de sus agentes –dijo Fajardo, como hablando consigo mismo.

Estas reflexiones me las había hecho yo mientras soportaba las vejaciones de aquéllos que nos perseguían en las brigadas comunistas y nos llamaban contrarrevolucionarios, y ahora, al oírlas de labios de este hombre, era como si sus palabras cayeran lentamente sobre mi espíritu, recordándome muy a lo vivo algo doloroso que había sentido como un desgarrón en mi propia carne.

– Yo he sentido estos efectos de una realidad desconcertante –dije.

- Lo creo, lo creo –me respondió Fajardo, como hablando de cosas bien conocidas de nosotros.
- Sin embargo, mi mayor interés está en escuchar su relato, –agregué.
- En Asturias –prosiguió– trataron de mantener a todo trance este optimismo criminal hasta última hora. Los gobernantes incipientes, metidos a resolver problemas económicos y guerreros que desconocían por completo, ante la gravedad de los momentos, no vieron otra solución más práctica que la de «resistir», diciendo que: «Antes que entraran los fascistas en Gijón pasarían por sobre sus cadáveres, y que harían de Asturias una nueva Numancia».

En el puerto de Musel tenían preparado un *destroyer* que andaba 38 millas por hora, y según se pudo deducir, por hechos posteriores, pensaban huir en dicha embarcación cuando el peligro fuera inminente. En efecto, cuando la aviación fascista hundió el mencionado barco, los heroicos numantinos corrieron hacia el muelle, dejando a los hombres de responsabilidad civil y militar abandonados, sin preocuparles la suerte que pudieran correr.

Esta es la tónica de nuestra guerra: resistir, y cuando esta resistencia llega al máximum de tensión, un ¡sálvese quien pueda! porque el poder está siempre en manos de los que están en posesión de los medios necesarios para ponerse fuera del alcance del enemigo.

Aquí sucederá algo parecido o peor aún: se resistirá a base de sacrificar vidas humanas, y si éstas son anarquistas tanto mejor,

y cuando las cosas lleguen a su estado de algidez más acentuado, se repetirán los hechos.

Fajardo se calló un momento como si la aprensión de un porvenir trágico le dominara. En efecto, ante su vista aparecía, como un campo de desolación y muerte, el panorama español, con todos los horrores imaginables de una visión dantesca.

– Lo más raro de todo esto, si realmente a estas alturas hay alguna cosa rara, es la actitud del pueblo que sufre con estoica resignación todas estas desgracias calamitosas, sin ocurrírsele alzar la voz en demanda de justicia. Bien es cierto que para calmar las voces de protesta del pueblo está la checa pronta a ejecutar a quien tal haga y los guardias de asalto que pululan por todas partes, armados de fusiles–ametralladores, mientras en los frentes se hace la guerra con fusiles que parecen cañas.

– A mi juicio –dijo Henkell– es este un caso particular de España. No conozco nada parecido.

– Se trata de la unión de fuerzas de izquierda que acabó por hacer una ligazón, que yo llamaría, «un pacto entre malhechores», –afirmó Fajardo y después de un instante de silencio prosiguió:

– Se dijo, como argumento supremo, cuando el pueblo entendió que había llegado el momento de sus reivindicaciones: «Primero ganar la guerra; después hacer la revolución». A estas alturas si se ganara la guerra, la revolución estaría perdida; pero perderemos la guerra y con ello todo el gran edificio social, elaborado por un pueblo admirable en su resistencia y su sacrificio.

- ¿Cómo lograron realizar tan vasto plan de negros designios?

- Muy sencillamente: las fuerzas obreras están encuadradas en los organismos sindicales y partidos políticos, y éstos a su vez están en el Gobierno, cuyos representantes, de una capacidad completamente nula, no piensan ni ven más allá de los disparates que dice Negrín, en su monomanía de gritar por el micrófono, diciendo invariablemente cada día: «Resistan, que hoy estamos más cerca que nunca de la victoria». ¿Cuál será el secreto de este hombre, extraordinario?, se preguntan los más crédulos, mientras que los otros, con una visión de la realidad, encogiéndose de hombros, se sonríen escépticos, sin oponerse a sus designios.

Como es natural, la responsabilidad de estos hechos alcanza a todos, aunque también hay, quieran o no, graduaciones de responsabilidad, así como hay graduaciones de mando.

Todos permanecemos en silencio, preocupados ante lo que se avecinaba, como si una sombra de dolor, de horror y de derrota vagara en el ambiente. Sobre la pequeña asamblea flotaba algo desconocido y tenebroso, como una amenaza latente que se respiraba por todas partes. No eran infundados los temores: se contaban por miles los compañeros asesinados por aquellos malhechores, quienes, cubiertos con el antifaz del antifascismo, se valían de la impunidad que les ofrecía una situación anormal para cometer sus fechorías, inspiradas casi siempre en el odio que sentían hacia ciertos sectores políticos y sindicales.

Los nombres de algunas de las víctimas, entre las cuales descollaba la personalidad de Camilo Bernieri, parecían flotar en el ambiente, pidiendo venganza.

– La realidad de los hechos sobrepasa a todos nuestros cálculos, –dijo Pons sentencioso.

– Y lo más terrible de todo –dijo Fajardo. Disponiéndose a marchar–, es que el mal es irremediable.

Pons movió la cabeza como aprobando las últimas palabras de Fajardo, que estaba de pie.

Poco a poco la pequeña reunión se fue disolviendo, despidiéndose de nosotros el compañero Fajardo, quien prometió volver a visitarnos.

Me quedé solo con Fany, la que me dijo:

– ¿Qué te ha parecido el compañero Fajardo?

– Un excelente compañero.

– Sí, es un buen compañero –dijo– pero no debía de hablar así. ¡Estas cosas son de mal efecto dichas por los mismos compañeros!

– Lo comprendo; pero, no se debe de jugar con la vida de millares de hombres, engañándoles y traicionándoles. ¡Esto es simplemente criminal!

– ¡La crítica en estos momentos es obra de derrotistas!

- ¿También tú piensas así? -le dije apenado, estrechándole una mano que ella retiró con viveza.

Nos miramos un momento silenciosos. Ella con sus ojos pardos parecía fascinarme, mientras que, por mi mente, como corceles desbocados, galopaban las ideas en loca carrera.

Cuando creemos la felicidad próxima, casi al alcance de nuestra mano, como una fruta sazónada e incitante que pendiera sobre nuestras cabezas, con frecuencia entre nosotros y ella, se levanta, como una barrera elevadísima, la vieja moral inflexible e inexorable.

Entonces, heridos en nuestro amor propio, disgustados con cuanto nos sirve de obstáculo para el logro de nuestros fines, somos doblemente desgraciados.

La vi subir los primeros peldaños de la escalera, sin volver la cabeza; y sin que pudiera explicarme la causa, esto me causó gran pesar.

¿Por qué sentía aquella vaga impresión de temor, aquel malestar que conturbaba mi espíritu?, ¿acaso estaba enamorado de Fany? «Tal vez lo esté, sin saberlo yo mismo», pensaba, mientras me dirigía a mi dormitorio.

Me acosté, pero no pude conciliar el sueño. Hice examen de mi estado de ánimo y de las diferentes impresiones recibidas en los últimos días. No me era posible hallar una explicación a mi desasosiego, de no ser que estuviera enamorado como un estúpido colegial. Y entonces me pregunté, qué razones tenía para amar a aquella mujer. Pero el amor no entra en el imperio

de la razón humana, y por más reflexiones y silogismos que nos hagamos sobre este particular, no sabremos otra cosa más acertada que el hecho en sí de estar enamorados.

Durante los días sucesivos nos paseamos por las tardes en distintos lugares, ¡Con cuánto afán y entusiasmo esperaba aquel momento de poder pasearme a su lado! Pero, no obstante, mi entusiasmo y mi amor que cada instante crecía más por Fany, notaba en ella cierto desvío que se acentuaba de día en día.

Una tarde la esperé en vano en el lugar donde solíamos reunirnos, porque no llegó a la hora de costumbre.

Fue entonces cuando comprendí que realmente estaba enamorado. Solamente entonces me sentí desgraciado.

La había empezado a amar en las ideas como se ama lo que más se quiere y por lo cual, sin titubeos hemos sufrido todas las penalidades imaginables.

Un desasosiego no acostumbrado en mí me conturbaba: a mi pesar comenzaba a sentir los efectos de una pasión, quizás morbosa por ser tardía y ser demasiado intensa.

Hoy, en medio de mis desgracias evoco aquellos días felices y deliciosos para mí, cuyas horas pasaron fugaces para no volver jamás.

CAPÍTULO XI

Habían transcurrido algunas semanas desde el día de mi conocimiento con Fajardo Henríquez, y de aquella tarde tan deliciosa para mí, pasada en compañía de Fany, cerca de Sarriá.

Pero aquella corta felicidad solamente había traído a mi espíritu dolor y desasosiego.

En vano la fui a esperar a la vuelta del trabajo, con la esperanza de hablarle y reconquistar su afecto. Todo fue tiempo perdido. ¡La felicidad que se pierde no vuelve!

Los pocos días que la encontré, en la Plaza de la Bonanova me trató con cierta frialdad irritante que me llenó de dolor, hiriendo mi estúpido orgullo humillado.

Este comportamiento de Fany para conmigo, me irritaba como si yo tuviera algún derecho sobre ella que la obligara a ser complaciente conmigo. Sin embargo, comprendí que la mejor manera de olvidarla sería apartándome de ella definitivamente.

Sin darme exacta cuenta del cambio que esta situación ejercía sobre mí, sin percatarme de ello, gradualmente me volvía taciturno y huraño.

Pasaba el tiempo encerrado en la habitación, o simulaba leer lo que no entendía, porque era incapaz de ordenar mis ideas. Solamente la presencia de Fany me alegraba; pero su ceño y su aspecto de reserva para conmigo, cuando no sus respuestas glaciales y forzadas a mis preguntas, me llenaban de zozobra.

Aquel día de la primera mitad de septiembre, de regreso del Sindicato de la Metalurgia, a donde había ido en busca de ocupación en esa industria, me senté en la Plaza de Cataluña, en una silla averiada.

Contemplaba yo las palomas que se acercaban a mí, pidiéndome, con sus miradas suplicantes, que les echara algunos granos de maíz o migas de pan, como en los buenos tiempos, cuando la gente se distraía dándoles de comer.

Una multitud de seres humanos de ambos sexos y de diferentes edades, tomaban el sol, ya sentados en las gradas que dan acceso a la Plaza; ya en las escaleras del Subterráneo, atentos a la primera señal de alarma para meterse lo más adentro posible, como un grupo de insectos que, a la vista del peligro, corrieran hacia el interior de sus guaridas.

Permanecía yo como absorto, discurriendo sobre nuestra desesperada situación, contemplando, a pesar mío, aquel cuadro deplorable de miserias y dolores que el pueblo sufría con estoicismo, cuando alguien me tocó en el hombro con familiaridad.

Volví la cabeza y me encontré con Fajardo.

– ¿Qué hay, William? –me dijo.

– ¡Oh! ¿eres tú? ¡qué alegría! –le respondí, estrechándole la mano. Me alegró el encuentro. Deseaba volver a verle, y nunca como ahora mi corazón hubiera necesitado de la compañía del amigo.

– Si no esperas a nadie, te invito a tomar café. Charlaremos un rato.

– Vamos –le contesté, levantándome.

– Iremos al Café de Los Metalúrgicos, y es posible que encontremos allí a nuestros amigos.

– De acuerdo –dije.

– No te puedes imaginar lo bien que me encuentro entre ellos. Son interesantes: en Pons encuentro al hombre de sentimientos, todo corazón y amor por las ideas; en Henkell está el hombre alegre, con esa alegría un poco infantil de su raza; en Hope tenemos al filósofo razonador, en Adela la alegría y en Lidia la misma bondad... ¡Ah! ¡me olvidaba de lo más importante! Fany es atractiva e inteligente: se sale de lo común. A mi juicio es una mujer original, apasionada, aunque un poco dada al oficialismo.

– Es posible, –dije, casi sin saber lo que decía.

- Entre Adela y Lidia hay un abismo. Adela es bulliciosa y juguetona y Lidia apacible. Cuestión de temperamento; la una quiere con risas y ruidos y la otra es afectuosa, y también quiere, pero en silencio, con ese cariño suave y silencioso como el terciopelo.

Me cogió del brazo y bajamos por la Rambla de las Flores, mezclados con una multitud de gente que se movía como hormigas a la entrada de un gran hormiguero.

Entre aquel gentío multicolor y ataviado con prendas multiformes, se destacaban los guardias de asalto, armados de fusiles–ametralladores y los oficiales del Ejército, emboscados en la retaguardia, disfrutando de todos los honores inherentes a su profesión y empleo.

Paseaban muy ufanos y rígidos, con aires de hombres superiores, llevando del brazo mujeres jóvenes y bonitas.

- ¡He aquí uno de los aspectos de nuestra guerra! –dijo Fajardo– ¡los hombres jóvenes y fuertes en la retaguardia se dan una vida de príncipes, mientras que a los frentes van, como siempre, los desgraciados que no tienen influencias para entrar en Intendencia Militar u otro departamento oficial!

El café estaba lleno de gente de ambos sexos y de diferentes razas. Se veía una gran cantidad de tipos multicolores, pasando desde el escandinavo rubicundo, al árabe de Argel, y desde el escocés pelirrojo, al negro del Senegal, usando algunos de ellos extraños atavíos.

Nos detuvimos un momento, buscando donde podernos sentar, y oímos que nos llamaban.

– ¡Aquí, Fajardo!... ¡Te estábamos esperando!... nos gritaron desde una mesa, ocupada por nuestros amigos.

– ¡Ah, ya!...

Nos ofrecieron sillas, y me sentaron entre Adela y Lidia que me riñeron, porque no sabían dónde me metía siempre que querían dar un paseo.

– ¡No nos quiere acompañar! –dijo Lidia con cierto sentimiento.

– ¡No digas eso, Lidia! ¡Mi gusto sería estar siempre entre ustedes!

– Si esto es verdad ¿por qué marchas, desde hace algún tiempo, como si temieras nuestra compañía? –objetó Adela.

– No sé, no sé... soy un estúpido... es mi carácter... ¡pero no lo tomen a mal!...

Contemplé a Fany como humillado, viendo que no había reparado en mi presencia. Charlaba con un individuo que estaba a su lado, parecía muy interesada en su conversación.

De pronto nos miró, y dijo a Fajardo, en tono despectivo:

– ¿Dónde encontraste a ese? ¡Vaya una pareja!...

Me pareció encantadora en su aspecto olímpico y desdeñoso para conmigo. Sus ojos brillaban como dos ascuas, debajo de la mata de su cabello negro, ligeramente rizado.

– Le encontré en la Plaza de Cataluña muy ensimismado; o está enamorado o algo grave le pasa –dijo Fajardo, pasando sobre mi rodilla una mano, como una prueba de amistad.

– La guerra, –dije por salir del paso.

En efecto, la guerra era el gran recurso para esconder todas nuestras miserias y desgracias.

– No hagas caso –dijo Fany–; posiblemente está enamorado; y si no que lo digan Adela o Lidia; entre las dos está la clave de sus amoríos.

Gozaba con mi dolor, impulsada por un sentimiento natural, muy femenino que induce a la mujer amada, cuando no corresponde a ese afecto, a jugar con el corazón dolorido del desgraciado que la adora.

– ¿Tú no entras en la cuenta? –le preguntó Fajardo, quien con su fino tacto de hombre de mundo había adivinado mis atribuciones.

– Yo no: ¡a mi no me quiere! –dijo, mirándome con sus ojos picarescos–, y, en caso que así fuera prefiero mi libertad al noviazgo.

– Como esta hay pocas –dijo Hope, sentencioso–, ¡aunque todavía no sabemos a dónde llegará! ¡Muchas veces en estas mujeres el final puede ser desastroso!

– ¡A juicio tuyo! –le contestó Fany un poco amoscada.

– Y de la experiencia que es la base de la filosofía. Podrás afirmar lo que quieras, pero no podrás decir lo que harás mañana. No he conocido yo todavía ninguna mujer con suficiente carácter para imponerse a las circunstancias. ¡Safo fue el ejemplo más elocuente de lo que acabo de decir!

– ¿Por qué carecemos de carácter? ¡Explícate!

– Porque según se muestran altaneras y desdeñosas cuando saben de alguien que las ama, a cuyo afecto no corresponden, se muestran sumisas y obedientes a sus caprichos con aquel a quien aman, que no siempre es el más digno de los que las pretenden.

– ¡Esas son palabras, señor filósofo!

– Sí, en efecto, son palabras, pero con palabras, se expresan las ideas. Tú misma, a pesar de tu independencia, de tu inteligencia y de tus conocimientos de los problemas sociales, con frecuencia escuchas con más complacencia al primer chocarrero que encuentras en tu camino que al hombre de una vasta experiencia acompañada de cierta cultura, cuya conversación y trato puede enseñarnos muchas cosas.

– Para rebajar a la mujer todos los argumentos son buenos –dijo Fany con enojo–, ¿qué dices tú, Segisberto?

El individuo que estaba al lado de ella, habló con cierta gravedad, dando a sus palabras una entonación solemne y empleando los gestos que suelen usar los políticos cuando se dirigen a los pobres mortales que tienen la suerte de escuchar tales portentos de sabiduría, y dijo:

- Opino que la mujer es inferior al hombre.
- ¿Qué razones aduces para ello? -le dijo Adela, interviniendo.
- Un sin fin de ellas. Su misma debilidad física es la prueba concluyente.

Fany se mordió los labios, pero nada dijo. Ahora era Adela la que defendía el sexo, buscando el apoyo de alguno que fuera persona autorizada.

- ¿Qué opinas tú, Henkell? -preguntó, dirigiéndose a éste.

Henkell se encogió de hombros, bebiendo un poco del brebaje que nos servían con el nombre de café.

- ¿Y tú Fajardo? ¿qué opinas?
- Yo no opino sobre este particular; el asunto es delicado.
- ¡Vaya hombres! ¿Qué te parece de esto, William?
- Yo no creo que haya superioridad y sí diferencia entre el hombre y la mujer. La mujer es diferente al hombre, y a mi juicio eso es todo.

– No puedo aceptar esa tesis –dijo Segisberto–, porque decir que son diferentes, equivale a no haber dicho nada, ¿hay superioridad o no la hay?

– ¿Por qué esta función que hace una mujer en su trabajo diario, es inferior a aquella otra realizada por un hombre? –le respondí algo picado, debido, en parte a su tono sentencioso, y en parte movido por los celos que, a pesar mío, y en parte implacables– ¿qué es la superioridad? ¿qué es la inferioridad? Cada época de la Historia establece sus normas de superioridad o de inferioridad; unas veces es la fuerza, otras es la inteligencia, el valor personal o la audacia ante el peligro: todo ello nos induce al examen de otro valor distinto que se llama trabajo, en su justo precio del esfuerzo humano, determinando así lo más y lo menos útil en el orden social y económico.

Así planteada la cuestión nos vemos obligados a preguntar: ¿Es más útil el trabajo del hombre que el de la mujer? A mi juicio uno completa al otro, pero sin que éste sea superior a aquél. Si aceptamos la superioridad de esta o aquella función, entonces el valor no dependerá de la persona que la realice y sí de la función realizada, con lo que su opinión de la pretendida superioridad del hombre, queda destruida.

– ¡Bien, bien! ¡Así es como se habla! –exclamó Adela con entusiasmo.

– Es natural que se hable así delante de las compañeras para atraer sus simpatías –dijo Segisberto con tono zumbón y displicente.

– No creo que sea ese un argumento –respondí con indiferencia.

Nunca pude conocer la razón que existe en mi subconsciente para expresar la simpatía o la antipatía por una persona antes de haberla tratado.

Segisberto ya me resultaba antipático, y todavía no sabía quién era ni conocía completamente sus ideas.

Intervino Fajardo, diciendo:

– Estoy de acuerdo con William. No creo en la superioridad de un ser sobre otro en estado normal. Este es más fuerte, aquél más inteligente, el otro más activo, y en resumen, unos se completan a los otros. Son distintos en sus actividades y eso es todo. Si admitimos la superioridad de sexo, tendremos necesariamente que admitir las clases; pues si el hombre por su papel histórico está en condiciones de superioridad sobre la mujer, en ese caso la teoría burguesa que se apoya en la capacidad económica del individuo sería justa, ya que, debido a su instrucción y a sus actividades intelectuales, la burguesía ocupa un plano superior al proletariado en el campo intelectual, cosa que, como es lógico, no queremos admitir.

– Eso es ya otra cosa –arguyó Segisberto.

– En efecto, eso ya es otra cosa para aquel que aun no se considera burgués; si lo fuera ya pensaría de otro modo.

– No sé cómo pensarán los burgueses.

– En ellos, como en otros muchos que aspiran a tales, el pensamiento es asunto secundario.

– No puedes hablar una docena de palabras sin emplear la ironía: se ve en ti el deseo de zaherir y de molestar a todo el mundo –dijo Fany con impaciencia.

– El mundo se molesta mal; a lo sumo los molestados son algunos individuos que tienen la cola de paja... –le contestó Fajardo imperturbable.

– Y tú, William ¿qué opinas sobre esta cuestión?

– No he entendido bien lo que dijo Fany –respondí.

– Me es igual –dijo ésta con olímpico desdén–; ¡cuando hablo no lo hago para ti!

Acto seguido dirigió a Segisberto una mirada, como preguntándole si estaba conforme con la respuesta.

Me callé, recibiendo en silencio la afrenta y el desprecio de aquella mujer, quien, sin que yo conociera las causas, procedía en forma tan desconsiderada contra mí.

– ¡Sin acalorarse, sin acalorarse! –dijo Fajardo, como poniendo paz, viéndome molesto–; el caso va conmigo y no con William, y es poco correcto lo que acabas de decir.

– ¡No sé proceder de otra manera! –contestó Fany, haciendo un gesto de fastidio.

– Y menos cuando se aplica la crítica mordaz y destructora –agregó Segisberto, sintiéndose molesto.

– Bien; generalmente los hombres que proceden mal, achacan sus actos a su propia naturaleza, creyendo con eso desembarazarse de la responsabilidad, o fulminan contra las críticas, aunque éstas sean bien intencionadas. Para ser realmente inmune, a la gran responsabilidad que tenemos ante la Historia, lo mejor es no hacer cosas malas, y tener el valor de denunciar las que otros hacen. ¿Acaso el hombre puede hacer cosas malas y luego querer pasar por bueno? ¡Quién no quiera que se le critique debe acomodar sus actos al criterio de quienes, de acuerdo con los intereses colectivos, le hayan encomendado una determinada misión!

– Lo que yo veo es que todos hablan, pero cuando se trata de hacer algo práctico, tienen que ser esos que ustedes critican los que lo hacen.

– Sobre todo en estos momentos cuando la función lleva consigo aparejado cierto bienestar. Hay muchos que lo han hecho, cuando el resultado de una actuación era la cárcel... ¡Hoy, aneja a la actuación está la situación de privilegio, que siempre agrada a las mujeres!

– ¡Eso que acabas de decir es indigno para un compañero! –gritó Fany fuera de sí, golpeando la mesa.

– ¡Esa forma de hablar es impropia! –exclamó Segisberto de malhumor– ¡Es muy fácil acusar, lo que ya no es tan fácil es probar la acusación!

– Me parece que bromeas, aunque las cosas tratadas son bastante serias. Pedir pruebas a estas alturas, para demostrar hechos que ya no solamente conocemos nosotros, sino que son del dominio público, supone tanto como tomar en broma las cosas más serias que llevan al pueblo de tumbo en tumbo al desastre final. Para mí supone esto que está pasando, una especie de humorismo trágico y criminal, sin precedente en la historia de los pueblos. En cuanto a lo que hablas de pruebas, con el aplomo de quien estuviera seguro de su inocencia, lo estimo simplemente ridículo ante los hechos que a diario presenciamos. Los fascistas en libertad, siguen tranquilamente al frente de negocios y otros cargos en el mismo seno del Ejército y del Estado, mientras que las cárceles están llenas de militantes revolucionarios, y ustedes siguen desde las columnas de la Prensa reclamando más puestos en el Gobierno. Pero para ocultar estas y otras vergüenzas apelan a la censura, seguros de que el pueblo nada sabrá de cuanto ocurre en las altas esferas del Poder y sus dependencias, –dijo Fajardo con energía.

Le creía un hombre imperturbable y razonador, y ahora me encontraba con otro individuo distinto que sabía ser impulsivo cuando defendía las ideas.

Su razonamiento irrefutable iba cayendo lentamente, palabra tras palabra, confundiendo al funcionario.

No había dicho nada que no estuviera en la mente del pueblo, que en vano se planteaba el siguiente problema: ¿Por qué no se pedían responsabilidades? Porque hacía falta un gran valor, para acusar públicamente a los malhechores, erigiéndose en juez y abogado del pueblo sometido.

Fajardo había tenido ese valor, y ahora, cuando se le perseguía implacablemente, afrontaba las consecuencias con estoica impasibilidad ante los insultos de aquella camarilla abyecta y despreciable que le había clavado en la picota como a un «vulgar calumniador».

Por mi parte, como una visión caleidoscópica, terriblemente animada, pasaron las escenas vividas en la Brigada Internacional: atropellos, persecuciones, asesinatos, miles de vidas segadas en flor, pueblos arrasados; la España heroica, víctima de las desmedidas ambiciones del Kremlin por una parte y por otra de la invasión italo-germana; y ¿todo esto para qué? Para elevar al sumo poder a un partido político minúsculo, y para que Segisberto y otros segisbertos tuvieran coche y fueran obsequiados con toda clase de atenciones por las compañeras, que admiraban en ellos la posición elevada y los cargos que desempeñaban, olvidando que su labor desde el Poder era liberticida, y el objeto que los había movido hasta entonces no era otro que el de ayudar, con su colaboracionismo, a estrangular la Revolución que, como una magnífica floración había surgido en la conciencia del pueblo español.

Desde arriba se defendía aquel caos que con tono enfático y petulante llamaban orden.

Se trataba de una serie de incongruencias elevadas al cubo, y proclamadas a los cuatro vientos por los apóstoles de la mentira, con locuaz y fácil desparpajo.

Hombres no solamente anónimos, sino que anodinos e insignificantes, habían pasado como en un cuento de hadas, a

ser personajes de primera fila, y como tales se pavoneaban, con aires de sabios, a quienes, con esa agudeza de ingenio, propia del pueblo español, llamaban «mandamás».

Examinados estos casos en detalle, se llega a las conclusiones más desfavorables respecto al valor del ser humano, que disciplinado y obediente, como un animal de circo, se somete ante los mayores absurdos e inconsecuencias sociales.

El desprestigio de los hombres, de las ideas y aun de la causa de la República, con semejantes individuos al frente de los negocios públicos, era notorio. Lo peor de todo era que esta incapacidad y adaptación a un medio acomodado servía de tapadera a los mayores desmanes y asesinatos, cometidos contra verdaderos antifascistas, y se prestaba a los manejos de ciertos elementos que al socaire de la guerra pretendían implantar una dictadura tan detestable como la misma que combatíamos con las armas en mano.

Sobre el suelo español habían caído estos hombres de uno y otro bando, como bandadas de voraces cuervos; ¿cuáles eran los peores, los fascistas que asesinaban a sus enemigos o estos chequistas que asesinaban a sus propios compañeros en la lucha contra el fascismo?

– ¡Fascismo! –exclamó Fajardo colérico– mucho se ha hablado y se sigue hablando de estos; pero, ¿cuáles son peores, los fascistas que están con Franco o los que están emboscados entre nosotros? ¡Ambos bandos son malvados y sus acciones execrables!

Las últimas palabras de Fajardo habían vuelto a la realidad a todos los circunstantes, allí reunidos, excepción hecha del burócrata que las había provocado.

Sobre sus cabezas presentían, como un hálito frío de muerte y desolación, la amenaza de un poder oculto e invisible que les acechaba en todas partes para entregar la víctima al pelotón de ejecución.

Uno a uno desfilaban por sus mentes los nombres conocidos de muchas de las víctimas sacrificadas en el altar de aquel dios terriblemente sanguinario, conocido con el nombre, un tanto paradójico de «dictadura del proletariado», y que era la dictadura de unos pocos, que gracias a la complacencia de los demás, a la falta de visión de las cosas, se habían apoderado de las riendas del Poder, para oprimir a unos y suprimir a los otros.

En el poco tiempo que llevaba en España conocía algunos hechos que acusaban en sus ejecutores un sadismo repugnante y execrable.

Henkell conocía muy bien la situación creada; y, quien más, quien menos, sabíamos con quiénes nos las teníamos que haber. El duelo era a muerte y los sacrificados éramos nosotros.

– Perdimos la Revolución, perdimos la única ocasión que tuvimos en mayo, cuando provocados por ellos mismos, nos lanzamos a la calle. Entonces aún era tiempo de salvar las ideas del naufragio total, pero se lanzó la consigna: «todo por la guerra», y ahora perdemos la guerra también, –dijo Henkell con verdadero pesar.

- ¿Qué esperaban de la Revolución de Mayo? ¡aquello fue provocado por los mismos interesados en ellos! -dijo Segisberto-. Además, ignoran lo ocurrido, por lo que observo. ¿Acaso no había fuerzas de la marina inglesa y francesas dispuestas a desembarcar en caso de que la cosa siguiera adelante?

- ¡Qué ingenuos son, o por el contrario creen que lo somos los demás! Todos sabemos cómo se provocó aquello, pero también sabemos lo cara que les iba a costar aquella provocación -dijo Hope, que se había batido en las calles de Barcelona con la canalla- de no haber sido por ustedes, que, con escasa visión de las cosas, dieron la voz de ¡alto al fuego! ¡Entonces aun hubiéramos salvado las ideas; pero hoy ya todo ha naufragado! ¡En cuanto al rumor esparcido del desembarco de fuerzas inglesas y francesas es una ingenuidad más por parte de quien en tales mentiras cree! En las circunstancias que nos encontramos sería una salida más digna que la que nos espera, en una palabra, la única que nos podía salvar de esta catástrofe total que se avecina.

Sentimos todos la pesadumbre que causaban en nosotros los recuerdos dolorosos del pasado; las realizaciones que, en el momento de ser plasmadas en hechos efectivos, habían sido desbaratadas por los enemigos de la libertad, con su labor de zapa, paciente y sistemática, que seguían todavía emboscados en los puestos de mayor responsabilidad.

Por todas partes se presentía la tragedia del pueblo que pronto llegaría al punto más álgido de su dolorosa realidad. ¡Qué

tesoro de energías, de buenos propósitos y de audaces realizaciones se estaban perdiendo en los campos de batalla!

Pensé irme. Por un lado, la realidad de los momentos que vivíamos y por otro mi tragedia interior, me llenaban de pesar, y prefería la soledad; pero, no obstante mi deseo de alejarme de allí, había algo que me retenía al lado de aquella mesa.

La presencia de Fany que ahora hablaba con el burócrata confidencialmente, atenta a sus palabras, sin saber por qué, me causaban un vago malestar.

Segisberto recostó sobre el respaldo de la silla su fuerte humanidad de incipiente burgués, y dijo con ese optimismo, tan característico en los irresponsables:

– ¡Por desgracia para las ideas son pesimistas, lo que, en estos momentos de prueba equivale a ser derrotistas! En parte se explica, porque no están al corriente de los acontecimientos políticos; si hubieran oído el discurso del doctor Negrín de esta noche, seguramente que no hablarían así.

– En realidad lo que diga el doctor Negrín me tiene sin cuidado. De lo que sí estoy seguro es de que las cosas pasarán de diferente forma a la vaticinada por él, y de que, tanto el doctor Negrín como la cuadrilla de ineptos que le rodean, tendrán a su disposición los medios de tracción necesarios para huir en el último instante.

– Son implacables e injustos. Ni ustedes ni nadie tendrá que argumentar ninguna cosa contra sus trece puntos.

– Si no fuera por la tragedia que se avecina, me reiría de tu ingenuidad. Hasta ahora, el doctor Negrín no dijo otra cosa que palabras engañosas que no responden a la realidad de los momentos que vivimos. Sus afirmaciones rotundas y concretas frente a los sucesos que todos conocemos, no pueden tener otra garantía que la irresponsabilidad de quien las dice, –dijo Fajardo.

– ¡Los hombres pesimistas no serán capaces de hacer nada bueno! –observó Segisberto con énfasis.

– Es posible –le replicó Fajardo, algo molesto–; pero mi experiencia no es de hoy; he visto a los optimistas tener preparado el camino para la huida, mientras que, con un optimismo que estaban lejos de sentir, hablaban de una próxima contraofensiva que nos daría la victoria total.

– ¡Aquello ya pasó! ¡Esto es otra cosa...! –arguyó Segisberto, defendiéndose.

– En efecto es otra cosa, es Cataluña desangrada, a quien se le negaron las armas cuando sus hombres podían haber tomado Huesca y puesto sitio a Zaragoza, y que gracias a ustedes, sigue dando sus hijos al dios de la guerra.

– ¿Por qué dices que «gracias a nosotros»? –interrogó Segisberto un poco amoscado.

– Porque son ustedes los que llaman al pueblo a última hora para que se aliste bajo las banderas de nuestros enemigos, a quienes la guerra les importa muy poco, si con el triunfo no logran sojuzgar al pueblo.

- ¡Eso no es cierto! –gritó Segisberto exasperado.

- ¡No grites tan fuerte! Para probar lo que acabo de decir no hace falta ir muy lejos. Los cartelones puestos por el Gobierno y los partidos políticos, pidiendo cincuenta mil voluntarios, están por todas partes; pero, a esta llamada no acudieron ni cincuenta incautos; y es entonces cuando aparecen ustedes, pidiendo voluntarios; y en efecto, a esta llamada acuden millares de compañeros, prestos al sacrificio, como el reo que marcha sereno al patíbulo. ¿Podrán negar este crimen? ¿Pueden negar su colaboración con el infausto Negrín, entregado al Partido Comunista que nos odia a muerte? ¡No, no lo pueden negar, porque esto ya no es un secreto para nadie!

- ¿A qué viene todo esto? –interrogó Fany, visiblemente enojada.

Fajardo se encogió de hombros y nada le contestó.

- ¡Eres rencoroso! –continuó Fany ofendida-. ¡El odio ofusca y corroe tu corazón!

- No es exacto lo que dices –contestó Fajardo, sin inmutarse– ¡no odio, pero tampoco perdono!

- Siempre hallé en ti una actitud de orgullo y vanidad. Aprecias las cosas por las apariencias, y de ahí tu gran equivocación.

- Lo que hay en mi es una convicción de las ideas.

- Te lo supones.

– No, no me lo supongo, es real, como es real mi decepción respecto a ti, a quien creía otra cosa...

– ¡Otra cosa! ¿qué cosa es esa? ¿qué te habías creído que era yo? ¡Habla!

– ¡Pchs!

– Lo que yo creo –agregó Fany, como para justificarse– es que se sirve mejor las ideas con el silencio que con críticas despiadadas, como tú lo haces.

– Y yo opino lo contrario, porque estoy convencido, ahora más que nunca, de que el silencio es una cobarde complicidad. Reflexiona sobre lo que te voy a decir: ¿Deberán silenciarme los hechos que ciertas personas desaprensivas cometen diariamente y que van en camino de conducirnos a una catástrofe total? Ignoraba yo que el mejor modo de servir a las ideas era silenciando las defecciones de los hombres que dicen representarlas para deshonra de nuestro movimiento.

– Es más fácil hablar que obrar en el terreno de los hechos –arguyó Segisberto, molesto por las últimas palabras de Fajardo–. Los que así hablan se olvidan de las circunstancias que median entre las teorías y la práctica.

– Siempre habrá disculpas para ciertas actitudes por indignas que éstas sean: Las circunstancias son la antesala de todas las claudicaciones, de todas las cobardías y de las transgresiones imaginables. Si mandan las circunstancias, ¿dónde está lo fundamental de nuestros principios? –interrogó Fajaro con dignidad.

- ¡Esto ya es demasiado! –exclamó Segisberto, fuera de sí.

CAPÍTULO XII

En aquel momento entraron en el café cuatro mujeres, jóvenes aun, tocadas con sombreros de paño y ataviadas, de medio cuerpo arriba, con indumentaria de hombre. Se sentaron en una mesa cercana a la nuestra, y, una de ellas, sacando una artística petaca, invitó a fumar a las demás.

Por lo visto eran conocidas de Segisberto, porque las saludó, entablado una animada conversación con ellas.

Sentadas a horcajadas, con sus cigarrillos entre los labios pintados, que contrastaban con su aspecto masculinoide, y de las uñas pintadas de rojo, terminadas en punta, semejantes a las garras de un felino, en ellas se mezclaba lo grotesco y lo ridículo con lo elegante.

– ¡Mujeres, mujeres! –exclamó Hope, quien ya hacía cuatro días que no fumaba.

– ¿Qué te hicieron las mujeres, guapo? –inquirió una morena de ojos rasgados, mientras que contemplaba el humo de su cigarrillo con aire de sultana.

– ¡Nada, nada! –se apresuró a exclamar Hope, como rehuendo una posible discusión.

– ¡Vaya hombre! ¿Tienes miedo de hablar?

Hope se creyó forzado a continuar la conversación, y agregó con tono conciliador.

– Es que quieren imitarnos, y copian nuestros vicios y nuestras peores cosas. Si en algo nos quieren imitar ¿por qué no lo hacen imitando lo que pueda haber de mejor en nosotros?

– Hablas como si en ustedes hubiera algo bueno, digno de ser imitado –dijo una de ellas, provocando en las otras una risa histérica que llamó la atención de los parroquianos más próximos a nosotros.

– Tanto peor para ustedes que imitan lo malo que podamos tener –respondió Hope imperturbable, dando vueltas entre los dedos a su pipa vacía.

– ¿Por qué fuman? –les preguntó Henkell.

– Vaya una pregunta –musitó una rubia de pelo oxigenado–, ¿Y si yo te preguntara que por qué fuman los hombres?

– ¡Ptchs!... Desde luego que en nosotros es también un vicio que podríamos suprimir; pero eso no les justifica a ustedes, que

deberían superarnos y no seguirnos en nuestras malas inclinaciones. Si para ser enérgicas y emancipadas es indispensable oler a tabaco, mal asunto es el suyo.

Segisberto se arrellanó en su sillón con aire de burócrata recién llegado a tal, y consultó su reloj de pulsera con un ademán estudiado, retirando la manga y alargando el brazo con un gesto ampuloso, para mostrar aquella joya de pesada cadena, que constituía uno de los orgullos de su vida.

Era un pobre hombre semianalfabeto, a quien la organización había llevado a la Generalidad como representante, en aquellos momentos de confusión, cuando los auténticos compañeros daban el pecho en los frentes y los arribistas trepaban a los puestos. El conocimiento y disfrute de esta vida regalada le había hecho olvidar su procedencia y ahora estaba entregado por completo al cargo de colaboración política, olvidando sus deberes para con aquéllos que le habían elevado al cargo que tan mal desempeñaba.

– De verdad que les acertaron con el nombre llamándolos «los descontentos». Son los eternos descontentos de todo, –dijo con gravedad.

– Si, es verdad; de todo lo existente –dije.

– Viven en las nubes.

– Vaya por quienes viven en las cloacas y no pueden escuchar jamás nuestra palabra –dijo Fajardo con visible malhumor.

– ¡Qué agresivos son! –objetó Fany, como protegiendo a Segisberto, y volvió hacia mí sus ojos pardos y fríos, penetrantes como la hoja de un puñal, donde me pareció ver un profundo enojo.

– Nada tiene de extraño: nuestra agresividad es lógica –manifestó Fajardo.

– ¿Por qué dices que es lógica?

– Porque a estos hombres que hoy, sin escrúpulos ni remordimiento de conciencia, disponen de las energías del pueblo, con fines particulares, nada les puede importar el sacrificio de los miles que luchan en los frentes. Lo que les importa es la propia felicidad, aunque ésta sea conseguida a cambio de ríos de sangre. Cuando llegue el momento crítico, que ya está cerca, huirán al extranjero en compañía de los suyos, a disfrutar de un bienestar conseguido a costa de las montañas de cadáveres que con su sangre fecundarán el suelo de Iberia.

– ¡Con eso nada me has dicho! ¿quiénes son ellos?

– ¿No lo sabes? ¡Son los políticos y sus colaboradores, quienes desde el primer instante se negaron a comprar armas, y cuando sus colegas, ingleses y franceses inventaron el pacto de No-intervención, se echaron en los brazos de Rusia, quien pretende sacar el mayor provecho de nuestras desventuras!

– ¡Están envenados! –exclamó Fany con dureza.

– Esta es la realidad, amiga Fany –dijo Pons–. En todas partes vemos el mismo cuadro desolador de traiciones, sin que nadie

lo trate de remediar. Se señala a los fascistas los objetivos, para que descarguen su carga mortífera sobre los muelles; se sabotea la producción en las fábricas, y a quien se atreva a denunciar estos casos o quiera remediarlos, se le traslada a otro servicio, y se le retira la confianza; mientras tanto nuestros guardias, en su mayoría servidores del viejo régimen, se paseaban tranquilamente, quizás al servicio de los burgueses que están escondidos, esperando el momento oportuno para salir, y denunciar a unos y salvar a otros.

Por un momento reinó el silencio más profundo. Las palabras de Pons habían tenido la virtud de presentarnos el panorama de nuestra situación, tal cual era, en su deplorable realidad.

Se levantó Adela para dirigirse a su oficina y ya nos disponíamos a salir cuando oímos el temido toque de las sirenas, terrible y prolongado como un aullido de desesperación, dado por algún monstruo apocalíptico. Inmediatamente se oyeron los cañonazos de las baterías antiaéreas.

La gente salió atropelladamente del café, en busca de la próxima estación del Metro, donde nos creíamos libres del efecto terrible de las bombas. El invicto Segisberto, con su pesada humanidad de burócrata bien cebado, se abrió paso a codazos, llegando de los primeros, sin preocuparse para nada de los demás. Henkel, Hope, Fajardo y yo quedamos sentados, sin saber qué partido tomar; y no había pasado dos minutos cuando una horrible explosión estremeció el edificio e hizo vacilar los estantes y los armarios. La gente que estaba cercana a la puerta se arremolinó, corriendo unos hacia el interior, con el instintivo sentimiento de conservación que nos hace huir del peligro,

mientras caían otros al suelo, lanzados por la fuerza expansiva del gas de la bomba. Algunos corrían hacia la calle, locos de espanto, como animales bravíos que fueran sorprendidos por la presencia de enemigos mortales.

Fany había caído de bruces, lanzada por aquella expansión de gases. La cogí entre mis brazos y la levanté; mas, apenas se dio cuenta de la situación, se desprendió violentamente de mí y corrió hacia la calle enloquecida. Salí en pos de ella y la alcancé, cogiéndola del brazo, pero con un movimiento brusco se soltó de mí, diciéndome: «¡Déjame!». Me llegó a lo más hondo el dolor de esta expresión despectiva y lacerante, y, sin responder una palabra, seguí mi camino.

La Rambla de las Flores estaba casi desierta, y solo el ruido de las bocinas de las ambulancias que acudían al lugar del siniestro turbaban aquella trágica tranquilidad, por donde rondaba la muerte.

Me acerqué a una casa resquebrajada por todas partes que humeaba por las ventanas y balcones, cuyas puertas habían sido arrancadas de cuajo, mientras que las rejas de los mismos, con sus pasamanos, colgaban retorcidas, como miembros dislocados, sobre la calle. Acá y allá, en las paredes de los edificios, entre miles de impactos de la metralla, semejantes a escupitajos sanguinolentos, pendían jirones de carne humana, como una afrenta sangrienta y horrorosa a la causa que a sangre y fuego se le imponía a un pueblo, digno de mejor destino.

Del interior de las casas adyacentes iban extrayendo los cadáveres que colocaban en las ambulancias, entre la casi

indiferencia de un público avezado a estos horripilantes espectáculos.

Quise prestar alguna ayuda a los equipos de salvamento, y apenas traspasé el umbral de una de aquellas casas en ruinas, presencié un cuadro horriblemente macabro: una mujer, completamente destrozada, con el vientre deshecho, por donde salían, mezclados con tierra, cal y sangre, los intestinos, perforados por la acción criminal de la metralla, yacía en el suelo, formando un confuso y horrible revoltijo con los escombros que casi la cubrían. Como una ola de coraje y de dolor, por mi mente pasaron como relámpagos mil ideas en tropel. De un lado lo más sublime y bello, como cuna del género humano, se me presentaba el vientre de aquella mujer que quizás habría sido madre, y por otro lado la impotencia de no poder vengarme de aquellos viles asesinos, que, en forma metódica, pero impune, realizaban el asesinato en masa. La civilización moderna se me figuró representada en aquel cuadro de horror y espanto que tenía ante mis ojos. Mezclados con los cuerpos sangrantes y mutilados, se veían por todas partes restos de muebles, cubiertos por los escombros, mezclados con despojos humanos, oyéndose acá y allá los lamentos de las víctimas agonizantes que pedían socorro. Trabajábamos con febril ansiedad, desenterrando los heridos, mientras que el público miraba en silencio, como si tuviera la sensibilidad embotada, aquel cuadro siniestro. Sólo las madres y familiares de las víctimas que iban saliendo, lloraban en silencio, con ese llanto de las grandes catástrofes que suele ser causa de vergüenza para aquéllos que son incapaces de anteponer al dolor particular, el sufrimiento colectivo.

Una madre que encontró el cuerpo de su tierno hijo mezclado con los escombros y restos de muebles, se mesaba los cabellos y alzaba al cielo sus esqueléticos brazos, como poniendo por testigo de aquel crimen horrendo a un dios sordo e indiferente a los dolores humanos.

– ¡Criminales! ¡bandidos! –gritaba la pobre mujer en el colmo de la desesperación– ¡los que obran así no pueden ser españoles!

Y en efecto, los aviadores que arrojaban las bombas sobre las ciudades, sembrando la muerte y el terror en la retaguardia, a muchos kilómetros de los frentes de batalla, no eran españoles ni merecían el calificativo de personas; eran seres degenerados, detritos sociales, que habían llegado allí y se ganaban la vida asesinando gentes indefensas, como podrían ganársela haciendo cualquier otra indignidad. Sin embargo, por desdicha, y para eterna vergüenza, españoles eran los que les pagaban para que cometieran aquellos horrendos crímenes.

¡Los niños despanzurrados por la metralla fascista no son rojos ni de otro color, son niños españoles, asesinados alevosamente por extranjeros, traídos por los representantes de la España tradicional que evocan, para realizar estos actos reprochables un pasado de grandezas de merecida fama. Se olvida de un detalle que es el más importante: mientras que aquellos conquistadores llevaban el nombre de España por todas partes, defendiéndose con inimitable heroísmo, ellos la sumen en la miseria, y acabarán por convertirla en un montón informe de ruinas.

Todas estas ideas acudían a mi mente, mientras, me dedicaba a la triste faena de recoger despojos humanos.

Ya terminada la dolorosa tarea, me alejé de allí, agobiado por un malestar interno, sin acertar a comprender la naturaleza real de mi abatimiento.

Las Ramblas se volvían a ver animadas de gente: poco a poco iban saliendo de sus escondrijos, como animalejos asustados, los transeúntes, para recobrar la tranquilidad trágica del momento.

Cerca de la Plaza de Cataluña encontré a mis amigos Joe Hope, Fajardo y Henkell. Cruzamos la plaza en dirección al Paseo de Gracia, y nos paramos en su centro a contemplar unos cartelones recién puestos allí. Estaban colocados en forma de un libro entreabierto, representando cada uno de ellos una hoja con una figura alegórica. En la primera aparecía Maciá, gigantesco, vestido de coronel. En la diestra sostenía en alto un sable descomunal, mirando a los pacíficos transeúntes con una feroz mirada de guerrero, en cuya cara se destacaba el desmesurado bigote. Parecía una lámina arrancada de un libro de gigantes y encantamientos, dedicado a los niños.

En la otra cara aparecía un soldado con un casco y un fusil en ristre, armado de bayoneta; y luego venía Companys, con su nariz hebrea y su mirada de político astuto; y, por fin, en una de las hojas aparecía un conglomerado de gentes del pueblo, donde en primer plano se veía la bandera del martillo, y la hoz, y luego, en segundo lugar, la bandera de la CNT-FAI, ondeando sobre un camión blindado.

Aquel cartelón de propaganda guerrera me recordó las palabras que los jefes comunistas repetían desde la emisora de Madrid: «Con los obreros que componen las dos centrales sindicales, CNT y UGT que, como soldados son valientes, y la dirección de los comunistas, ganaremos la guerra».

Por mi mente pasaron en tropel mil recuerdos que me abismaron en tristes reflexiones, sacándome de esta abstracción la voz de Hope, que dijo:

– ¡Hasta en estas pinturas se hace política! ¡Lo que está pasando en este país es una vergüenza!

– La vergüenza –objetó Henkell– no es para ellos, es para quienes se lo toleran.

– La realidad es esta –dijo Fajardo–. Se trata de hombres que se creen predestinados por alguna deidad tutelar a dirigir y someter a los demás. No conozco las razones o causas que producen estos efectos sorprendentes, pero, la verdad es, que se da el caso de que algunos individuos abúlicos, tímidos e irresolutos ingresan en el mencionado partido, y a los pocos días los vemos discutir con pretensiones de sabios y aspiraciones a jefes.

– Es verdad cuanto acabas de decir; pero ten en cuenta que estos hombres no tienen otra base sólida que su propia ignorancia: son audaces, atrevidos, porfiados y tercos, con esa terquedad tan característica en los hombres fanáticos, que en su fuero interior, se creen en posesión de la verdad y de la razón, ya que según ellos, los jefes no se equivocan. El fenómeno no tiene nada de nuevo, porque fue puesto en práctica por todos

los dictadores y sus satélites en todas las épocas. Lo que hay de cierto es que éstos, valiéndose de los órganos de propaganda, elevan a sus hombres al rango de héroes o sabios con una facilidad asombrosa, como si la sabiduría fuera quincalla de bazar –manifestó Hope que sentía un gran odio contra todos los dictadores.

– La ignorancia es tan atrevida –dijo Fajardo– que sin conocerse ellos mismos, pretenden ser guías y jefes de los demás. Para ello se figuran poseer méritos que no tienen; se atribuyen éxitos imaginarios: si hablan desde la tribuna se les ensalza, calificándoles de oradores elocuentes; si escriben se pondera su estilo como pulido y sobrio: en ellos la necedad es agudeza, la vulgaridad ingenio, y los plagios más descarados pasan por piezas originales.

– Este hecho es nuevo –aseguró Henkell–. La manía de adornar jumentos con ornamentos y atributos de sabios, nunca estuvo tan generalizada como ahora.

– Vivimos una época decadente, de una crisis de hombres total, –musitó Hope apenado, mirando hacia las entradas del Metro que estaban materialmente repletas de gentes de todas las edades, que agrupadas en aquellas cercanías, tomaban el sol como lagartos que se solazaran cerca de sus cuevas, dispuestos a meterse en ellas a la menor señal de peligro.

En las sillas de la Plaza, colocadas al azar, descansaban hombres y mujeres con caras de vigilia y de sufrimientos. Un grupo de guardias de asalto piropeaba a unas muchachas que, a pesar del dolor del momento, conservaban esa gracia tan

particular en las mujeres españolas. Iban lucidísimos, con sus uniformes nuevos, con el aspecto de perros de gentes ricas.

Hope, con su pipa vacía en la boca, maldecía entre dientes contra los Guardias de Asalto, la burocracia y la Quinta Columna, que encontraba apoyo en estos mismos elementos, que resultaban ser en vez de guardadores, perturbadores del orden y la tranquilidad pública.

Mi desilusión era completa. Gracias, quizá, a mi visible aspecto de extranjero, no había sido molestado aún; de lo contrario, si hubieran descubierto mi identidad habría sido fusilado como desertor, por aquellos guardias que se paseaban tranquilamente por las ramblas, armados de fusiles automáticos.

La guerra nada tenía que ver con aquellos hombres bien racionados que, en el apogeo de su juventud, permanecían en la retaguardia, ni con otros valientes jóvenes y esforzados campeones de la victoria, los que, valiéndose de influencias, se habían hecho tenientes y capitanes de Intendencia Militar o funcionarios ministeriales.

Para éstos no era la guerra. Las trincheras, el dar el pecho al enemigo y las mil peripecias de la lucha, esas estaban reservadas para los otros; para aquellos que sentían los ideales como ascuas de fuego en sus pechos generosos; para los hijos del pueblo, valientes y abnegados que todo lo daban por la causa de la redención humana; para aquellas madres que enviaban sus hijos a la guerra con heroísmo espartano; para aquellas mujeres que acompañaban a sus compañeros, ya enrolados, heroicas y sublimes como nuevas valquirias del ideal. Para éstas y para

aquéllos era la guerra hoy, como más tarde sería el duelo de haber perdido sus hogares y los seres amados, y el abandono, la miseria y el dolor en el exilio, después de la derrota...

Pensando en el heroísmo de este pueblo admirable, me vino a la memoria el relato de un suceso, digno de ser conocido, que me había contado Fajardo.

Cuando él peleaba en los frentes de Asturias conoció una campesina, quien de cinco hijos que tenía había perdido cuatro en la guerra. El superviviente que contaba diez y siete años, fue enviado al batallón, en el cual Fajardo ocupaba un puesto, y un día que encontró a su madre, como le preguntara por él, le respondió:

– Está bien. haré lo que pueda por él, ya que solamente le queda ése.

A lo que respondió la heroica madre, sin verter una lágrima: «Si le matan, ¡qué le vamos a hacer! ¡Lo que más importa es que se gane la guerra!»

Un pueblo que da semejantes mujeres es digno de mejor suerte. Por mi parte hoy he aprendido a amar a la gente sencilla y admirable de esa raza sobria, alegre y heroica, que en medio del dolor y la desgracia, le queda todavía el humor suficiente para hacer agudezas ingeniosas de su propia desgracia.

España, cuna de una raza de hombres fuertes e idealistas, defensores porfiados de sus libertades, era una promesa para el porvenir de la humanidad.

Por desgracia también era cuna de otra clase de individuos, los cuales, unos habían llevado a su suelo los ejércitos extranjeros, después de haber encendido la guerra, para asolar el país, y los otros, obedeciendo consignas, también extranjeras, se decían leales al pueblo, aunque en el fondo, su lealtad consistía en aniquilar aquella bella floración de promesas libertarias, implantando una férrea dictadura para someter a la esclavitud a sus indómitos habitantes.

Subiendo por el Paseo de Gracia oímos toques marciales de tambores y cornetas. Nos paramos para ver de qué se trataba y vimos aparecer por la calle de Diputación un camión que llevaba grandes letreros alusivos a la guerra, y en cuyo interior iban algunas mujeres jóvenes y bonitas, tocadas las cabezas con gorros de milicianos. Una de ellas, con ayuda de una larga bocina, daba grandes y desaforados gritos, incitando a los hombres para que se alistaran en las nuevas columnas que se estaban formando, para luchar contra el fascismo criminal:

– «¡La República y el Partido Comunista les llaman a defender la libertad y la independencia de España, amenazadas! ¡Todos a enrolarse! ¡La República necesita cien mil voluntarios!»

Con las muchachas iban seis o siete hombres jóvenes. La gente los miraba con indiferencia, como cansada de tantas charangas y monsergas, y seguía su camino.

– ¡Esos no irán! –dijo un viejo, haciendo alusión a los hombres jóvenes del camión.

Henkell no pudo reprimir su ira:

– ¡Ah, miserables! –dijo–. ¿Aún les parecen pocas las víctimas inmoladas en nombre de la República?

Apenas llegados a la altura de la calle Aragón vimos descender, en descuidada formación, una columna de hombres sin armar. Llegados a su encuentro pudimos apreciar que se trataba de un cuerpo de voluntarios pertenecientes a las Juventudes Libertarias, a juzgar por un gran cartelón que encabezaba el desfile. Algunos de ellos iban acompañados de mujeres: madres o compañeras, que caminaban a su lado sin verter una lágrima, serenas y estoicas como espartanas, con esa resignación trágica de quien ya lo dio todo por la causa de un ideal querido.

Aquel cuadro me conmovió hondamente y me quedé mirando como se perdían a lo lejos, en dirección de la Vía Durruti.

Como una vergüenza más, cuando ya nadie escuchaba los gritos desaforados que daban los agentes de Companys, pidiendo cincuenta mil voluntarios, exhibiendo cartelones alusivos a una victoria que no existía en otro lado que en las mentes calenturientas de aquellos que se habían pasado tres años de buen vivir, lejos de las líneas de fuego, cuando ya nadie tenía fe en el Gobierno y la gente se mofaba de los discursos de Negrín, llenos de promesas de futuros triunfos imaginarios, los comités responsables del Movimiento Libertario, se habían hecho eco de este llamamiento, y enviaban al matadero las reservas de hombres que nos quedaban, obedeciendo ciegamente las órdenes de este hombre, cuyos designios criminales, propios de un enajenado, eran fáciles de adivinar.

Nos habíamos sentado en un banco, cerca de la Diagonal. A lo lejos, en dirección de la Vía Durruti, se oían aún los redobles de tambores y los acordes de una música de clarines. La gente circulaba sombría, como si presintiera la tragedia. Yo hacía esfuerzos por olvidar el cuadro que había visto, sin poder conseguirlo. Lo que más me había impresionado no eran los hombres austeros y decididos que iban en busca de la muerte, a un sacrificio seguro, aunque completamente inútil, era la actitud serena y abnegada de las compañeras que los acompañaban y la maldad de los infames que se apoyaban en la bondad de unas ideas para llevar al exterminio, de acuerdo con los agentes de Moscú, lo más florido de nuestro movimiento; y sin embargo, aun tenían, y seguramente siguen teniendo defensores.

– ¿Por qué estás pensativo? –dijo Henkell.

– No sé, pero esta leva de hombres que hacen los elementos responsables de nuestra organización, me parece algo monstruosa.

– ¡Lo es! –dijo Fajardo sentencioso.

Hope se quitó la pipa de la boca y dijo con flema:

– ¡Esto va mal, muy mal!

– El «Gobierno de la Victoria» es un barco que va a la deriva, hacia unos bajos llenos de escollos –dijo Fajardo con un deje de tristeza.

– ¡Y el naufragio es seguro! –aseguró Hope.

Tanto Hope como los demás compañeros, sentían una vaga inquietud respecto a lo que me pudiera ocurrir, por estar indocumentado y ser desertor. Si me detenían sería irremisiblemente fusilado.

Los policías pedían los papeles a los transeúntes que circulaban por las calles o distraían el tiempo en los cafés. Hasta entonces nadie había tomado en serio la guerra. Mientras que los milicianos luchaban desesperadamente, carentes de lo necesario y de las fortificaciones, el cemento se empleaba para hacer refugios en la retaguardia, que, según la expresión de cierto diario obrerista, «vivía alegre y confiada». Los hombres que luchaban en los frentes, agotados por una lucha desigual que se prolongaba, yendo de desastre en desastre, ya no querían batirse: el entusiasmo revolucionario de los primeros tiempos había desaparecido junto con la creación del Ejército Popular que adolecía de todos los defectos de los antiguos sistemas militares. A las desigualdades, creadas con la organización militar, se unían los abusos de los incipientes jefes que se estiraban mucho e impartían órdenes, disfrutando de privilegios cada día mayores.

Mientras que estas cosas sucedían en los frentes, en la retaguardia funcionaba la checa que, para vergüenza de todos, había modernizado y aumentado en crueldad los procedimientos inhumanos de inquisición. El máximo rigor no se empleaba ahora contra los fascistas, quienes habían tenido buen cuidado de introducirse en los ministerios y partidos políticos, y sí contra aquéllos que osaban mostrarse antiestalinianos.

La guerra no solamente embrutece, sino que produce una creciente manía colectiva de persecuciones y de odios concentrados que explotan y se manifiestan en forma de venganzas sangrientas, inmolando para ello inocentes víctimas.

Los sentimientos de misericordia, altruismo y solidaridad humana, en estos casos desaparecen, dando paso al odio que convierte al hombre en un animal feroz y vengativo.

Unido a la violencia va siempre el fanatismo, que convierte al ser humano en un poseído que goza y siente un placer voluptuoso haciendo sufrir a los demás y prolongando la agonía de sus víctimas tanto como les sea posible.

Y todo esto se justificaba en nombre de las circunstancias, de la guerra y de una colaboración que debiera hacer enrojecer de remordimiento y vergüenza a quienes la animaban y la mantenían.

CAPÍTULO XIII

Para librarme del riesgo de ser detenido por el SIM, algunos amigos se propusieron enviarme a una colonia escolar, y para ello pensaron en el Ministerio de Instrucción Pública que nos podría dar un aval, que me permitiera residir donde se me designara, con un cargo cualquiera.

En efecto, teníamos un ministro del que nadie se ocupaba, de no ser la Prensa, tan rastrera como siempre, que publicaba diariamente sus fotografías, en compañía del Subsecretario, hombre de pose, cuya máxima pasión fue siempre la de ver su efigie en los grandes rotativos.

El compañero Fajardo Henríquez, que había hecho la campaña del Norte, era un viejo militante y se había aficionado tanto a nuestra comunidad que, no obstante, la gran distancia que había desde su domicilio al nuestro, venía con cierta frecuencia a pasar las veladas con nosotros. Era asturiano y aunque había viajado mucho y poseía cierta cultura, en el fondo conservaba el sello del carácter algo socarrón y humorista de su pueblo.

Cuando hablamos de nuestro Ministro, se dibujó en sus labios esa sonrisa tan particular del campesino astur, un poco astuto y receloso,

- ¿No conoces a tu paisano? –le pregunté.
- Si que le conozco.
- ¿Y qué opinas de él?
- ¿Opinar? Poco se puede decir de este hombre sin otro mérito que la cualidad del éxito fácil.
- ¿A qué te refieres? –le pregunté.
- A sus triunfos. ¡Ese nunca pierde!
- ¿Cuál es el secreto? Para acertar siempre, se necesita por lo menos el talento del psicólogo y cierta intuición natural.
- Nada de eso hace falta cuando no se tienen otras ideas que las del propio bienestar –dijo Fajardo–. En la Revolución francesa existe un personaje siniestro que sirve con el mismo interés y entusiasmo a la Revolución, a la República y al Imperio: este personaje siniestro y escurridizo es José Fouché. La diferencia entre estos dos hombres estriba en que nuestro Ministro de Instrucción Pública, está muy por debajo de José Fouché, porque carece de talento y de la instrucción más elemental para el desempeño de un cargo público.
- Piensa que le nombró la Organización.

- O el propio Negrín.
- ¿Cómo puede decir eso? ¿Acaso Negrín y los suyos podrían tener interés en nombrar a una nulidad, en caso de que tuvieran potestad para hacerlo?
- ¿Naturalmente que tenían interés?
- ¿Cuál?
- ¿No lo adivinas?
- No.
- Pues muy sencillamente. Negrín es menos que una vulgar medianía, y para poder servir a los dictadores moscovitas, necesitaba rodearse de hombres anodinos. Así se explica la forma de nombrar al flamante ministro. En tal circunstancia se dirigió a la organización y manifestó que «quería nombres y no hombres». Creo que el asunto está claro.
- Por escépticos que seamos en política –argüí– tenemos que conceder cierta aptitud o astucia a los políticos, aunque es cierto que nuestros hombres, en calidad de aprendices a tales oficios, lo hacen peor que los viejos zorros parlamentarios, y que sus mismos compinches, avezados a estas marrullerías desde tiempo ha.
- En cuanto a la segunda parte de tu discurso, estoy de acuerdo; pero la primera carece de reflexión y de sentido común. La prueba es concluyente: cuando un hombre fracasa en cualquier actividad humana, se hace político y triunfa, porque

en esta carrera no se cursa ningún estudio, ni se exige competencia alguna, ni tampoco honradez. Se puede dar el caso peregrino y paradójico, como acontece con «nuestro ministro», quien sin saber ortografía ocupa la cartera de Instrucción Pública.

– La verdad –dijo Henkell que había permanecido callado– es que el caso de encontrar un hombre culto, con responsabilidad de sus actos en los medios políticos, no es cosa muy fácil.

Comprendí que tenían razón y no pensé ni por asomo calentarme la cabeza, buscando un argumento, para demostrar lo indemostrable, respecto al talento y honorabilidad de los políticos.

El fuerte de estos audaces demagogos son las multitudes, sobre las que cifran sus ruidosos éxitos. Cuando se tiene responsabilidad de los hechos no se adula a las multitudes, ni se tiene ese afán de elevarse sobre los demás, tan característico en los políticos de toda laya.

– ¿Pero tú fuiste o no fuiste al fin al Ministerio? –preguntó Adela con curiosidad.

– Claro que fui. Necesitaba el célebre aval.

– ¿Y qué...? No está mal; un anarquista con una carta de recomendación para un ministro.

– Sí, pero, para un ministro que se dice anarquista y que anda vigilado por policías anarquistas.

– ¡Da grima! –dijo Adela– ver lo que se ve en nombre de las ideas.

– Estábamos acostumbrados a ver ministros de Marina que nunca se habían embarcado; ministros de Agricultura que eran abogados; ministros de Instrucción Pública que no sabían gramática... y a todo eso podemos añadir ahora los ministros que, además de esas condiciones, tienen la de ser anarquistas. ¡La vida es así! –sentenció Henkell.

– Bueno; pero, al fin, ¿cómo te fue en la visita? –preguntó Lidia.

– Pues verán. Con quien primero topé fue con unos carabineros que, con fusil y bayoneta calada me detuvieron en la puerta y me interrogaron. Gracias a mi carta de presentación pude pasar adelante. Subí las escaleras, viendo a uno y otro lado departamentos, donde pude ver, por tener las puertas abiertas, a un enjambre de burócratas sentados tras sus respectivas mesas, y al lado las mecanógrafas, con aspecto de seriedad. Unos y otros departían amigablemente o bostezaban aburridos de tanto holgar. Llegué al fin, a la antesala del Ministro y allí me recibió su Secretario, que me ha causado la impresión de ser un pobre muchacho, vacuo y jactancioso, totalmente falto de talento. Yo diría que ese muchacho es un pobre narciso que estaría perfectamente bien en las filas franquistas o comunistas; aunque realmente, está ya en un lugar adecuado para su mentalidad. Una vez llegado ante él me preguntó enfáticamente lo que deseaba:

– Hablar con el compañero X, le contesté–. «Con el Sr. Ministro dirá», –me dijo entonces, con un tono de reproche ministerial–. «Como usted quiera» –le contesté de mal humor–. «Traigo una carta para él». «¿Para el Sr. Ministro? ¡Démela!», –arguyó aquel lacayo, como deseando terminar ya la entrevista–. «No; se la entregaré a él mismo», –respondí–. «Pues no podrá ser, porque su Excelencia aún no ha llegado». «Esperaré, pues», –terminé diciendo a la vez que me marchaba a la antesala, donde me senté con un estoicismo forzado, propio de esos lugares. Pero pronto me cansé de estar allí y me fui, sintiendo una especie de rubor interior por hallarme en aquel lugar tan execrable para mí como todo el tinglado gubernamental. Bajé la escalera otra vez, pasando por entre los centinelas de aspecto feroz, y me senté en un banco de piedra de la plaza.

Al poco rato de estar allí, llegó a la puerta del Ministro un lujoso coche Hispano–Suiza, escoltado por otro de la misma marca, pero de aspecto inferior. Este último iba ocupado por cuatro individuos armados de fusiles–ametralladores.

Supuse que se trataba del Sr. Ministro, tanto por la escolta como por el personajillo que salió del coche lujoso, una especie de hazmerreír por su aspecto avieso e insignificante.

Me dirigí a él para darle la carta y así me evitaría la molestia de volver a subir la escalera y ver al otro narciso de la antesala. Los guardias de la escolta que observaron mi ademán, me rodearon feroces con los fusiles, al brazo, y me ordenaron marchar de allí, mientras que Su Excelencia se metía en su Ministerio como el reptil que entra en su madriguera.

Aquello me llenó de indignación, abominando del Ministro y de los miserables lacayos que se presentan a tan bajos menesteres. Y me alejé de allí maldiciendo nuestro malhadado colaboracionismo y los individuos que lo propagan y sostienen, valiéndose de la situación especial creada por el hecho de que nuestra mejor militancia esté dando su sangre en los frentes.

– ¿Por qué no critican a los otros? –dijo Fany con enfado–. ¿Acaso los socialistas o los comunistas son mejores que éstos?

– ¡Ah, no! De acuerdo con que los socialistas y los comunistas son iguales o peores, pero antes nuestro abstencionismo nos daba fuerzas para arremeter contra todos los matices del gubernamentalismo; y ahora, cuando en nuestro nombre se hacen las mismas cosas que siempre han hecho todos los partidos políticos, toda nuestra autoridad moral ante el pueblo desaparece y éste nos considera, con razón quizá, unos redomados pillos, sin dignidad ni vergüenza –dijo Fajardo sonriéndose socarronamente.

– ¿Y no viste al Secretario? –preguntó Adela.

– Si; ya les he dicho que me recibió en la antesala.

– No a ese, del que me hablaste; al tío de las barbas...

– No, no lleva barbas; es casi una criatura.

– ¡Anda! si ese no es. Bueno, yo quise decir el Subsecretario. Ese tipo sí que es interesante. Se parece a Jesús Nazareno y está vacío e hinchado como los globos.

- Es curioso –dije.
- Y tanto. El Ministerio es una especie de museo de antigüedades, adonde han ido a parar todas las momias de nuestro movimiento.
- Eres mordaz y exagerado –dijo Fany que no podía soportar con calma las chanzas e ironías un tanto rudas de Fajardo.
- Nada de eso. Aquí nadie exagera. La única que parece interesada en querer ocultar la verdad eres tú.
- ¿Yo?...
- ¡Si, tú! Si nuestro amigo William hubiera visto la fauna ministerial que paca por los prados del presupuesto, se hubiera reído con gana. Si pudiéramos raspar la débil capa resquebrajada de pintura anarquista que cubre a esos elementos gubernamentales, les descubriríamos un fondo autoritario, bolchevique, por no decir fascista, ya que no hay una diferencia fundamental entre unas y otras concepciones, y unas y otras actuaciones.
- No seas exagerado. Olvidas que en estos momentos no se puede obrar de otra manera –dijo Fany, conciliadora ante las acometidas de Fajardo.
- Siempre habrá una razón que justifique las acciones ruines de los perversos y los miserables. Ayer era la Alianza Obrera, hoy son los momentos presentes y mañana, cuando ya todo esté perdido, será la ligazón criminal que una a estos malhechores entre sí, para seguir sacrificando, engañando y robando al

pueblo de una o de otra forma, comiendo a costa del dolor y la miseria de los restos de este naufragio.

– A lo que no hay derecho es a criticar de una manera soez a los compañeros que desempeñan cargos encomendados por la Organización.

– Quizás tengas razón, –agregó Fajardo–; pero hay menos derecho aún a sacrificar un movimiento y unas ideas en aras a un snobismo colaboracionista que es la más rotunda negación de cuanto ha sido siempre la base fundamental de nuestras concepciones.

– ¿Qué quieres, amigo? ¡es la guerra! –dije yo con ironía–. En su nombre se justificaron siempre los mayores crímenes y en su nombre se pretenden justificar las mayores traiciones a las ideas.

– Cuando menos, ellos creen que lo hacen bien, –afirmó Fany.

– Eso dicen los fascistas y los bolcheviques. Todos dicen que lo hacen en nombre de ideales y creencias más o menos sagrados para ellos –añadí.

– Eso no es igual –dijo ella malhumorada.

– ¿Recuerdas cuando el otro día, leyendo el trabajo de Panait Istrati «Testamento político de un testigo de nuestro tiempo», donde declara que entre «dos terrores», prefiere el fascista al rojo? Tú estabas de acuerdo con Istrati: entonces reconocía que los fascistas están frente a todas las libertades en una forma

clara, mientras estos otros fanáticos, son tan autoritarios y tiranos como aquéllos, y pretenden pasar por revolucionarios y amigos del pueblo, explotando hoy un tópico y mañana otro. Y ahora tratas de justificar las actitudes de aquéllos que, emboscados en nuestros medios, colaboran con los terroristas moscovitas. Esto es incomprensible. ¡Todas dicen igual!: «¡Ah! será verdad lo que se dice; pero trabaja y no es orgulloso. ¡A mí me gusta!». De acuerdo que les gusten. Por desgracia o suerte para los de abajo, a las mujeres les gustan siempre los de arriba, los que están en el pináculo del poder, porque a esta clase de mercancía se la aprecia más por el envase que por el contenido.

– ¿Y qué me quieres decir con todo eso? –dijo Fany con desdén, haciendo un mohín de fastidio.

Me callé, sin saber que contestarle. Ya sabía yo que aquellos gestos de desdén, aquella actitud olímpica de reina, adoptada por Fany, cuando se dirigía a mí, no tenían otro objeto que el de humillarme. En sus desdenes y su forma despectiva de dirigirme la palabra, se adivinaba que adrede y deliberadamente se había propuesto mortificarme; y sin embargo, yo trataba por todos los medios de restar valor a los hechos.

Mi desdichada pasión por Fany me recordaba la tragedia del malaventurado caballero Des Grieux, locamente enamorado de Manón, a pesar de sus muchas perfidias. Ahora creía más que nunca en la posibilidad de aquella historia que en otro tiempo me había parecido ridícula e inverosímil.

– Quería decir –le contestó Fajardo–, que los falsos valores pretenden pasar por buenos con etiquetas doradas.

- Tanto tú como ése (y me señaló con el dedo) son unos despechados: en ustedes habla el fracaso, la envidia y la maledicencia; vilipendian a nuestros hombres representativos con el rencor propio de los vencidos...

Yo aguanté impertérrito el insulto, pero Fajardo que no estaba dispuesto a darle la razón que no tenía, le respondió con calma, como si los insultos que vertiera Fany, no tuvieran otro valor que las palabras de un niño, a quien se le reprende con ademán paternal.

- Estás equivocada, amiguita Fany; y sí realmente cuanto dices me duele algo, no es por el valor de tus palabras más o menos injuriosas, sino por lo que, en sí, aparentemente tiene de íntima esta convicción. En ti no habla el juicio analítico y objetivo de la razón; habla la pasión ciega y morbosa de un momento determinado. En lo que al valor del individuo se refiere, no tenemos por qué envidiar sus bajezas ni sus claudicaciones; pues sabemos que el valor individual casi siempre es relativo en todos aquellos hombres que, a fuerza de cortejar a las multitudes, alcanzan fama y renombre; porque, no son los hombres de un valor probado y de una honradez acrisolada los que llegan a ocupar puestos elevados en la dirección de los negocios públicos; empero, tú, que sabes todas estas cosas tan bien como nosotros, en un estado pasional, defiendes lo que siempre detestaste. Por mi parte no tengo la menor intención de disputar contigo, ni con otro compañero: he expuesto mi criterio, y esto es todo.

Estas escenas, por cualquier motivo, se repetían con frecuencia. Cada vez que Fajardo Henríquez nos visitaba, la disputa era segura.

También alguna que otra vez nos visitaba Segisberto, que venía en busca de Fany. Realmente no se si por las cualidades insulsas de Segisberto o porque este me robaba el cariño de Fany, cada vez que aquel señor empaquetado aparecía por allí, para mí era un verdadero suplicio el rato que permanecía entre nosotros.

En aquel momento acertó a venir y la conversación quedó interrumpida. Ahora todas las atenciones y miradas afectuosas de Fany eran para el recién llegado.

Comprendí con harto dolor las causas que la inducían a defender la posición de aquellos políticos, y conjuntamente con mi odio y desdén, resultantes de mis convicciones ideológicas, le odié más aun, porque me hería en lo más íntimo de mis sentimientos, arrebatándome el objeto de mi amor.

Ahora, Segisberto hablaba con las mujeres enseñándoles una fotografía donde aparecía en traje militar, con sus botas altas, corraje, una gran pistola al cinto y entre sus manos un fusil, como en actitud de hacer fuego. Tenía todo el aspecto de un cazador de patos que vigila cerca de una laguna.

Fajardo, con su característica ironía, narró las hazañas de Casares Quiroga cuando en la Sierra del Guadarrama se hizo retratar, vistiendo un mono, detrás de una pila de sacos terrenos y apuntando con un fusil, a más de treinta kilómetros del enemigo.

Fany recriminó a Fajardo con palabras duras y éste se limitó a sonreírse con algo de amargura.

– Haces mal en tratar así a Fajardo –dije a Fany en inglés–; es un viejo militante y ha expuesto muchas veces la vida por defender las ideas.

– ¡No pretenderá pasarnos ahora la factura! –respondió soez y displicente.

Pero Fajardo, que comprendía algo este idioma, no estaba dispuesto a callar y dijo, mientras vagaba por sus labios una sonrisa desdeñosa:

– Detesto demasiado el comercio para pasar facturas. Por eso me creo con derecho a tratar por igual a los políticos de toda laya, y eso no me impide pensar y decir que el Pueblo no vierte su sangre para que éste o aquél sea ministro, ni que nosotros no podemos decirnos anarquistas y apoyar al Estado. Claro que decir todo esto es inoportuno: para los tiranos siempre fue inoportuna la crítica.

Me dirigió una mirada llena de rencor, como si fuera yo responsable de los ataques que Fajardo había dirigido a todos los pontífices del colaboracionismo y sus sátiras dirigidas a los pequeños parásitos pegados al cuerpo jugoso del Estado.

Fajardo se despidió de nosotros y se dirigía a la escalera tatareando, no muy bien, un aire asturiano; pero en aquel momento se oyeron los cañones antiaéreos y regresó otra vez a comedor, donde permanecimos a oscuras. A lo lejos se oía la

sorda explosión de las bombas, mientras que los cañones disparaban al azar, sin tocar nunca en el blanco.

– Es preferible ver desde aquí esos horrores, que sentirlos sobre la cabeza donde yo vivo, –dijo Fajardo.

Yo me senté junto a Fany que se había retirado a un extremo de la galería, donde había dos mecedoras. Intenté cogerle una mano que ella retiró con presteza.

– Fany –le dije dolorido– ¿por qué me tratas así? ¿Acaso merezco ser tratado con tanto rigor?

– Ha terminado todo entre nosotros –dijo con sequedad.

– Pero ¿qué te hice? ¿Por qué ese despego?

– Soy dueña de mis actos y no estoy obligada a darte ninguna explicación.

– ¿Lo dices de verás? –dije como buscando un resquicio por donde penetrar en su alma.

– ¡Si lo digo de verás! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Salí de la casa, sin preocuparme de la aviación que seguía bombardeando y vagué por las calles de la ciudad, desiertas y oscuras, como un insensato. Llegué hasta Sarriá; recorrí los mismos caminos que habíamos recorrido juntos, cogidos de la mano; pero aquello era cultivar una pasión que hubiera querido olvidar, perdiéndola de vista para siempre.

En días sucesivos vi a Fany siempre esquiva y reservada para conmigo.

Este estado de incertidumbre me ponía frenético y apasionado como el niño empeñado en tener un juguete que no puede conseguir.

Lo que en ella era franqueza natural yo lo había supuesto coquetería femenina.

¡Hay tan pocas mujeres del temple de Fany que cuando encontramos una en nuestro camino no acertamos a comprenderla!

Lo que más me exacerbaba a mí eran los celos. ¿Y qué razones podía tener yo para sentirlos? ¡No es posible explicar esa pasión que se acrecienta en el hombre cuando está inseguro de la correspondencia del amor!

Tal era mi situación. Amaba a Fany, pero ella no me amaba a mí.

Había dicho estimarme como compañero; pero de seguir yo, allí, conviviendo bajo el mismo techo, acabaríamos por odiarnos mutuamente.

Tenía necesidad de recuperar la tranquilidad de mi espíritu, perdida desde el momento en que Fany, con sus desdenes, había labrado mi desventura, y como un remedio radical a mis muchos males, opté por separarme de la pequeña colonia, buscando donde alojarme, aunque fuera a trueque de sacrificar la compañía de mis amigos, a quienes tantas atenciones debía.

CAPÍTULO XIV

Hacía ya tres semanas que me había separado de nuestra pequeña comunidad. Me había buscado una habitación en la calle de Mercaderes, en una barriada cercana al Puerto, y a ella me había marchado sin despedirme de nadie, obcecado por mi dolor y rehuyendo explicaciones enojosas, y sin preocuparme la idea del peligro que representaba vivir en aquella zona. Durante estas tres semanas vagué como un insensato, de un lado para otro, ajeno a los bombardeos y a cuanto me rodeaba.

Fany, a mi juicio, me había despreciado; me había dicho palabras hirientes y desdeñosas que yo calificaba como el resultado de una bien meditada resolución, forjándome a este respecto las más absurdas ideas, sin meditar sobre las razones que pudiera tener para obrar así.

Nada tan terriblemente dramático y deprimente para el hombre como ver que se le cierra la puerta cuando ya tiene los pies puestos en el propio umbral.

Bajando por la calle de Muntaner, uno de aquellos días en que ni yo mismo sabía por dónde andaba, me encontré con Henkell que corrió hacia mí, con los brazos abiertos.

– ¡Hola William! ¿Qué te ha sucedido? ¡Te creíamos víctima de algo grave! ¿Por qué marchaste de casa de esa manera? ¡Has obrado mal!

No supe qué responder y, embarazosamente, balbuceé unas palabras queriendo justificarme, sin que acertara a conseguirlo.

No puedes imaginarte como lo hemos sentido todos. Sobre todo, Lidia, siempre está preguntando por ti.

– Pues le dices a ella y a todos, que estoy bien y con los mismos deseos de saludarles.

– ¡Ven a comer hoy con nosotros! Todos se alegrarán mucho de verte.

No sabiendo como evadir la invitación le dije:

– Tan escasa como está la comida, la poca que tengan deben guardarla para ustedes.

– ¡Oh, no hagas caso! En donde comen dos comen tres, y la alegría de tenerte entre nosotros suplirá la falta.

– Si, está bien lo que dices; pero no debo de ir...

– ¿Qué no debes venir? ¿Por qué? ¿Acaso te ha sucedido algo grave con alguno de nosotros? –dijo Henkell extrañado.

– ¡Oh no! al contrario; todos tuvieron las mayores deferencias y atenciones para conmigo.

Me encontraba en una situación embarazosa, sin saber qué partido tomar ante las indicaciones de mi amigo. No quería volver a encontrar en mi camino a Fany, porque sabía por propia experiencia que eso sería como remover las heces de mi propio dolor, arañando de nuevo la herida, no cicatrizada aún; pero, por otra parte, un sentimiento instintivo y extraño me incitaba a ir, a pesar de mi propia voluntad.

– ¿Pero realmente tienen comida? –insistí con una débil resistencia.

– ¡Si hombre, si! arroz, y carne en conserva. ¡Anda vamos...! –me arrastró, cogiéndome del brazo, con su paso largo y acompasado hasta la plaza de Cataluña, ya que por allí era materialmente imposible tomar el tranvía, que venía atestado hasta el extremo de que la gente se apiñaba en los estribos y partes exteriores, con gran riesgo de caer.

Ya en la Plaza de Cataluña, una multitud de hombres y mujeres asaltaban los tranvías por ambos lados, antes que pararan, empujándose unos a otros, frenéticos y maldicientes, y dirigiéndose palabras soeces e insultos, ya en catalán, ya en castellano.

De la mejor forma que pudimos nos acomodamos en uno de los estribos y así, apretujados, recibiendo toda clase de empellones, llegamos a la Plaza de Bonanova, dirigiéndonos a la casita que tan gratos recuerdos guardaba para mí.

Al par que nos acercábamos, mi corazón latía con fuerza. No me había atrevido a preguntar por Fany, por un resto de pudor, y ahora tenía miedo delatarme al saludarla.

No hay nada más ridículo que el hombre enamorado ante el objeto de su amor. Por eso, a la mayoría de las mujeres les gustan más los hombres incapaces de sentir una pasión profunda, que van tras de la hembra, en la que no ven otra cosa que un objeto de placeres sexuales.

– ¡Aquí les traigo al desertor! ¡No quería venir! ¿Qué les parece? Alguna picardía le habéis hecho –gritó Henkell con su vozarrón de barítono, mientras entraba en el comedor.

Se alegraron mucho de verme. Pons, que leía, se levantó y, solemne, me tendió la mano con franqueza, saludándome con esa sobriedad de palabras que caracteriza al pueblo catalán.

– ¡Hombre! ¿ya estás otra vez entre nosotros? Lo celebro mucho –dijo.

Adela vino corriendo hacia mí, batiendo las palmas. Me tiró suavemente del cabello y me dio dos cariñosas bofetadas, al tiempo que decía:

– Toma, toma; por ingrato. ¿Qué mal te hicimos para que marcharas?

Lidia se quedó un tanto rezagada y me tendió la mano, diciendo simplemente:

– ¡Tanto como nos alegra tu compañía y tú ni te recuerdas de nosotros! ¡No te creía tan ingrato! Fany que estaba en la cocina con Adela, me dio la mano con frialdad, diciéndome.

– ¿Lo pasaste bien?

- Ya sabes que ahora nadie lo pasa bien –le contesté.
- Es verdad –dijo–; entre los bombardeos y la falta de comida.

Nos sentamos a la mesa. A mí me tocó un lugar entre Fany y Adela; pero mi interés por atraer hacia mí la atención de Fany fracasó completamente: me respondía con monosílabos y algunas veces ni se dignaba contestarme y hablaba con los demás, ya en catalán con Pons, que era un gran enamorado de su lengua, ya en español con Henkell o el mismo Hope.

Yo comencé a hablar en mi español estrafalario, y lo íntimamente embarazoso de mi situación y mis dificultades naturales, redujeron mi lengua a un estado tan torpe, que las imágenes apenas acudían a mi mente, y confundía con lamentable frecuencia los géneros, cambiando los tiempos de los verbos; y a mi pesar me hacía un verdadero ciempiés, hasta que al fin, dolorido, para ocultar mi pesar, me enfrasqué en una discusión con Hope sobre si Sócrates estaba en lo cierto cuando afirmaba que el individuo, cuando se le da el Poder y hace mal uso de su autoridad, la responsabilidad no radica en el sujeto ni en el objeto y sí en la causa generadora que es la atribución. Partiendo de ese principio, todos teníamos una enorme responsabilidad por ser inductores directos e indirectos de los hechos acaecidos, de donde se deducía nuestra participación en los desgraciados sucesos que padecíamos.

Hope me respondía entre bocado y bocado.

Henkell, que admiraba a Kant y a Hegel, intervino, diciendo:

- Este concepto de la filosofía es completamente erróneo; y quizá sea el que dio pie a esa serie de sofismas mediante los cuales hay quien cree haber creado un sistema filosófico determinista, que no es otra cosa que un fatalismo adornado de galas retóricas con algunos silogismos y pocas demostraciones claras y concretas. Antes que aceptar este principio de irresponsabilidad individual es preferible renunciar a toda lucha, ya que una sociedad de irresponsables sería el caos. Como anarquistas que exaltamos la colectividad, nuestra labor tiende a crear hombres capaces a pensar por propia cuenta. Ese principio de filosofía es absurdo, en cambio, pensando como bolcheviques, fascistas u otros istas que andan por ahí; les es aceptable, porque antes que en el bien común se piensan en el bien particular, tanto en el propio como en el de aquéllos que le pueden ayudar a exaltar el error y la irresponsabilidad.

- Realmente discurre bien. Estoy de acuerdo contigo en lo que dices acerca del concepto de la irresponsabilidad, cuyo resultado es una situación caótica. Este y otros errores amasados y defendidos por ese conjunto de partidos y organizaciones, sometidos a un poder central, y este a su vez a los mandatos extranjeros de un Gobierno, nos han conducido de tumbo en tumbo al caos, a la inseguridad del porvenir y nos llevarán a la más vergonzosa de las derrotas –dijo Hope, mientras como si no le importara el porvenir, se servía una nueva porción de aquel arroz con carne, que encontrábamos riquísimo. Y añadió–: En fin, ya veremos al final donde paramos, porque yo creo, a pesar de los discursos de Negrín, que habremos de salir pronto de Barcelona, si es que nos dan tiempo para hacerlo.

Iba a replicarles cuando Adela, en tono de voz elevado dijo:

- Está prohibido hablar en inglés, ¡ya lo saben!
- ¡Muy bien! –dijo Pons; hablen en castellano.
- Sin embargo, a ti bien te gusta hablar en catalán –dijo Fany, que hasta entonces había callado.
- Es verdad –respondió Pons, como arrepentido de su pasión catalanista.
- Es que –añadí yo– la lengua de nuestros mayores siempre nos es querida. La fonética más o menos homófona, la sintaxis complicada y, en fin, las irregularidades o pobreza de una lengua en nada alteran su valor para el hombre que en ese idioma escuchó las primeras palabras de ternura de la madre que le mecía en su regazo o de la novia que le finge amores con palabras cariñosas.
- Se los finge o se los tiene –se apresuró a decir Adela.
- Generalmente se finge –dije con cierta amargura.
- Para el enamorado los desvíos, la inconstancia y las veleidades de su amada, son comunes a todas las mujeres –agregó Adela–, cuando deja de quererle.
- Lo que sucede –observó Lidia, poniéndose roja como una amapola– es que siempre amamos a quien no nos quiere.

- En efecto, Lidia -dije yo apenado ante el nuevo descubrimiento-, la naturaleza es caprichosa y arbitraria.

- Es muy posible -contesté maquinalmente, conmovido, pensando que Lidia tenía razón, aunque tarde para poder torcer el cauce de mi vida y ahogar un sentimiento que aunque latente, aun me dominaba, a pesar mío.

Departiendo amigablemente terminamos de comer. Henkell, como un gran acontecimiento para los fumadores, trajo un paquete de tabaco, con lo que la cara de los que fumaban se inundó de alegría. Hope llenó su pipa y saboreaba el humo como si se tratara del más exquisito manjar. Y cada cual abandonó la mesa, esparciéndose como se van los abalorios de un collar, donde se rompió el hilo.

CAPÍTULO XV

Fany había marchado hacia la galería, donde se sentó en una mecedora.

La seguí y me senté cerca de ella, quien, como si no hubiera reparado en mí, cogiendo de una caja de cartón unas agujas en que estaba empezada una labor, comenzó a tejer, haciendo puntos con una sombrosa agilidad.

- Siento molestarte; pero encontré a Henkell y me forzó a venir... -le dije.
- A mí no me molestas. Puedes venir cuando quieras.
- Ya sé; pero ante tu alejamiento prefiero no visitarlos.
- Pues no vengas entonces -terminó con sequedad.

Me mordí los labios. Su agilidad mental siempre tenía preparada una respuesta desconcertante. ¿De qué me valían mis conocimientos de filosofía, si, ante una respuesta oportuna o simple, mi imaginación andaba remisa en la asociación de las

ideas, como absorta en un mismo pensamiento que me dominaba? Ya no era yo el polemista razonador que había controvertido con ventaja a los políticos de toda laya. Una palabra cualquiera me desconcertaba. Me callé un momento, como anonadado, y luego le dije dolorido:

– Fany, no tienes motivos para tratarme así; te amo, pero no es la culpa mía.

– Tampoco lo es mía.

– Es verdad, pero tú debieras ser un poco más condescendiente para conmigo.

– No puedo serlo más y es inútil que te canses. No te amo; ¿qué quieres que haga? ¿quieres que finja lo que no siento?

El hombre, cuando ama sin ser correspondido se envilece; pasa por todo, y entre su dignidad, su orgullo ultrajado y el sentimiento perverso del amor que le ha pervertido, opta por humillarse a la mujer amada que le desprecia.

– En efecto, en efecto –contesté casi sin saber lo que decía–; el que pide, siempre es despreciable, mientras que el que da, siempre es digno de todas las atenciones. Siento ser un huésped molesto, un visitante inoportuno; pero hay algo que, involuntariamente me atrae hacia ti.

– Lo comprendo; pero piensa que no es culpa mía. Esta situación que tú mismo te has creado, eres tú el llamado a resolverla y no yo, prestando calor a una pasión que en mí no encuentra eco.

Estas palabras duras y frías penetraban a mi pecho como la hoja homicida de un puñal. ¿Por qué hablar así? ¿Por qué me trataba con el cálculo frío de un profesor de matemáticas? Vanamente me hacía estas preguntas, sin acertar a comprender las causas que la inducían a obrar de esta manera.

Agobiado por la pesadumbre y las amarguras que mis desgracias me causaban, permanecí silencioso, anonadado, sin saber qué responderle.

Lo lógico y razonable hubiera sido seguir sus consejos, sin estridencias ni supuestos desengaños, en parte reales y en parte hijos de mi fantasía; pero, el ser humano, lejos de hacer la vida lo más agradable posible, se obstina ciego y terco en exagerar sus propias desdichas.

En mi pecho no tenía lugar el odio ni ninguna otra baja pasión; y sin embargo se levantaba, como una ola inmensa, una tempestad de dolor que agitaba mi espíritu. Nunca había pensado como ahora en la importancia e influencia que puede tener en la vida de un hombre un sentimiento contrariado. Hasta entonces, demasiado austero conmigo mismo, había vivido entregado a la conquista del bien común, pensando más en los otros que en mí; pero ahora, cuando notaba la necesidad de abandonar mis pasadas abstinencias, viviendo la vida, la única puerta que creía abierta a mi felicidad, se cerraba de golpe, hiriéndome despiadadamente... Reflexionando con calma, me preguntaba: Después de todo ¿por qué daba pábulo este absurdo pensamiento que me dominaba? ¿por qué este empeño en que una mujer me quisiera? ¿qué podía importarme al fin y al cabo ella? ¿No estaba allí, Pons, Henkell y Hope que

me apreciaba, y Adela y Lidia que me estimaban? ¿Por qué, pues, hacer una tragedia de un hecho vulgar? ¿Pensaba? Yo no sabía ya como razonar para llenar aquel gran vacío que sentía lo más profundo de mi ser.

– Todo eso son deseos tuyos e ideas que te forjas para dar cuerpo a una pasión que no debes abrigar –continuó–. Yo nunca te di esperanza de nada, para que pudieras enamorarte de mí. Hice por ti cuanto pude, y si aún no estás satisfecho; no es mía la culpa. Lo que puedo dar ya te lo he dado. ¡No obtendrás nunca de mí un cariño de otra clase!

Estaba hermosa con sus cabellos, negros como el propio azabache, semiflotantes y enmarañados; tocada con un vestido rojo y una chalina negra de amplios lazos que flotaban como dos magníficos airones sobre el nacimiento de su bien formado y mórbido seno, que tanto me atraía. La encontraba encantadora y sentía deseos vehementes de besarla y reclinar mi cabeza sobre su pecho. Pero sus últimas palabras golpeaban mis oídos como el toque metálico de una campana que tocara a muerto y, lo que era peor aún, penetraban en mi corazón como un dardo envenenado, abriendo una profunda herida que parecía no haberse de cerrar ya nunca más.

– Yo también deseo olvidar esta pasión que me atormenta –dije.

– ¡Pero no lo haces! ¡al contrario, la cultivas, y esto es lo que me obliga a tratarte así! –me contestó.

– Hago lo posible, pero no puedo más; y después de luchar conmigo mismo acabo por ser vencido. Quiero un poco de

afecto y se me niega, y yo me obstino como el náufrago que cree su última salvación en la tabla que alcanzó a ver boyante en la superficie, y lucha por conseguirla, porque sabe que si no la consigue sucumbirá...

– No sigas –me interrumpió–, que no lograrás enternecerme. Si antes te permití algunas libertades como compañero, no puedo permitírtelas como enamorado. Si no fuera por esa ceguedad que se apoderó de ti quizá te quisiera más, créelo.

Me callé. A mis ojos afluyeron las lágrimas, y miré para otro lado para ocultar mi dolor. Como una visión fantasmagórica, ante mi desfilaron en trágico cortejo, las escenas más dolorosas de mi intensa vida de sufrimientos, huérfano de afecciones y cariño.

No habían sido los policías con sus vergajos y sus hierros los que me habían causado mayores males. En mi corazón lacerado por el dolor, como un recuerdo trágico perduraban las ofensas y las injurias inferidas por aquellos que se decían compañeros.

Un medio favorable, unido a unas circunstancias especiales, determinan en el individuo la intensidad del dolor unas veces y le atenúan otras.

El hombre es susceptible de sufrir grandes cambios en su modo de apreciar las cosas cuando concurren factores desconocidos hasta entonces por él. Así como aquellos que son capaces de darse por completo a la lucha por un ideal o por un afecto, una pasión puede conmoverles hondamente, aquellos otros fríos y reservados, triviales y pusilánimes, para quienes el amor, el altruismo y hasta la piedad son cosas sin importancia,

son incapaces de sentir una gran pasión y, cuando más, sienten un fugaz y pasajero deseo que no logra hacer vibrar su sensibilidad al choque de un afecto contrariado. Como están desprovistos de sentimientos, entregados al propio bienestar, nada les puede importar de cuando ocurre en torno de ellos si el dolor no les alcanza directamente. Las injusticias, las desigualdades sociales y la imposición autoritaria no les conmueve; al contrario, se pliegan ante el tirano y le adulan. Sin sentimientos, militan en un campo cualquiera, elegido con el instinto del oportunista que piensa en su porvenir; pero no sienten el fuego sagrado del ideal que dicen defender. Son del montón anónimo, más despreciable que lo peor de ese conglomerado amorfo y sin personalidad, que aplaude a los tiranos y a cuantos pretenden elevarse sobre los demás, a costa del esfuerzo, la sangre y la miseria del pueblo.

Estas y otras reflexiones acudían a mi mente ahora que me encontraba frente a una mujer que, con franqueza brutal y despiadada, me hería impávida como el niño travieso que arranca los ojos al pobre pajarillo que cayó en sus manos.

¡Franqueza! Sean francos y verdaderos cuando esa verdad y esa franqueza puedan causar algún bien; de lo contrario, la franqueza y la verdad pueden ser causa de muchos males. En esa franqueza desnuda que nos descubre todas nuestras debilidades, nuestras desgracias y nuestras mayores miserias, puede haber una bien deliberada crueldad homicida, así como ensañamiento con la desventurada víctima. Como argumento supremo dicen: «¿Para qué engañarse?». Y ¿para qué desengañarnos? me repito yo. Siempre será más feliz el que cree serlo, aún cuando sea víctima del engaño, que aquel que conoce

el mal y lo saborea como un narcótico amargo que poco a poco lo envenena.

Ante este problema de la psicología humana y mi propio dolor, me sentía herido de muerte, como la mariposa que, volando, atraída por la llama, se quema las alas.

Yo lo había dado todo, optimista y espléndido, hallando siempre una satisfacción íntima en el bien que podía hacer a los demás; sin embargo, ahora, cuando me encontraba sin otra cosa que dar más que mi afecto, la puerta a la que llamaba se me cerraba de golpe; pedía un poco de cariño solamente, y se me negaba con egoísmo, como si se le negara al caminante un sorbo de agua para aplacar su sed y continuar el camino, en la lucha ingente de redención humana.

– ¿Por qué te entristeces así? –me dijo–. Este sentimiento es una cosa pasajera que nació a impulsos de la guerra y de tu situación especial; pero ya verás que pronto pasa y seremos amigos como siempre: muy buenos amigos y nada más. ¿Para qué torturar tu imaginación, cultivando una idea que no tiene razón de ser?...

Aquellas palabras frías, calculadas como una ecuación algebraica, golpeaban mis oídos cual la piqueta de un sepulturero que cavara mi propia sepultura.

Ahora, al evocar, en medio de mi dolor, el recuerdo de los desgraciados amores de Jack White, me recordaba de la ingrata Bertha, bonita, con una hermosura glacial y altanera al mismo tiempo; arrogante y majestuosa como la etimología de su nombre, que en las lenguas sajonas significa «brillante». Había

jugado despiadadamente con los afectos más íntimos del pobre Jack, burlándose de él.

Me acordaba de los consejos que le había dado, cuando reprochaba en él aquella ceguedad amorosa, aquel sentimiento servil que envilece, aquella obcecación estúpida que trastorna el juicio, en fin, aquella idea fija y obsesionante que cuando es correspondida enaltece al ser humano; pero que, sin correspondencia posible, denigra al hombre y le convierte en un ser abyecto y desgraciado que se rebaja, suplica, maldice y se debate en una acción degradante hasta el extremo de olvidarse de sí mismo y de su propia dignidad.

Analizando el hecho con imparcialidad, comprendía que se trataba de una enfermedad morbosa, producto de la educación y de la herencia.

En el fondo, lo real en la mayoría de los enamorados, lo que en efecto existe, es un amor propio excesivo; un orgullo sin fundamento, casi siempre basado en el sexo, cultivado al través de muchas generaciones; y que hoy, a pesar de nuestras ideas de emancipación moral, se impone, ligándonos al pasado y sujetándonos con invisibles, pero fuertes ligaduras.

Fany no era vanidosa ni coqueta; era buena e inteligente; al contrario de Bertha, y sin embargo, el resultado era idéntico: egoísta y negativo en ambos casos.

Discurría yo sobre estos problemas de la psicología humana, evocando dolorosos recuerdos, no tanto para justificar mi obsesión amorosa como para rendir un póstumo tributo al amigo Jack White, todo corazón y heroísmo, y pensaba que la

vida carece de objetivo cuando no conseguimos nuestros deseos y la muerte nos es adversa.

Comprendo que mi dolor no importe a nadie; que mis quejas sean una vergüenza más, agregada a mis desgracias; que este amor me ha transformado totalmente, arrancando de cuajo de mí lo más bello y lo más grande que poseía, convirtiéndome en un ser despreciable y horriblemente deformado. Y es que el egoísmo humano, los prejuicios heredados de nuestros lejanos y desconocidos ascendientes permanecen agazapados en nuestro subconsciente para imponernos ciertas reglas absurdas al alzarse como una barrera infranqueable en el umbral mismo de la felicidad propia o lejana.

Sentado cerca de ella, me hacía todas estas reflexiones, olvidándome de cuanto me rodeaba, del lugar donde estaba y hasta de mí mismo.

Se levantó y se miró en el espejo, volviéndome a la realidad cuando se dispuso a despedirse de mí.

- ¡Ah! ¿te vas? –le dije, como volviendo de un sueño.
- Si; tengo que llegar al local de SIA a las tres de la tarde y ya son las dos y cuarto. ¡Y con lo mal que andan los tranvías!
- También yo necesito ir a la Vía Durruti. Si no te molesta te acompañaré.
- ¿Molestarme? De ningún modo.

Me despedí de los compañeros que seguían fumando con deleite y me dirigí hacia la puerta.

Fany había salido ya, y más bien por condescendencia que por afecto acertó el paso, como esperándome.

En la Plaza la Bonanova había un tranvía dispuesto a partir. Subimos y nos acomodamos como mejor pudimos apretujados e incómodos, aunque para mí fue un viaje agradabilísimo. Le había pasado el brazo por la cintura, atrayéndola hacia mí suavemente, a fin de librarla de los empujones de un público que se movía atento sólo a solucionar sus necesidades de transporte. Al contacto de aquel cuerpo de turgencias suaves, de aquellos cabellos que de vez en vez rozaban mis mejillas, olvidé por un momento mi dolor y me creía el hombre más feliz del mundo. Pero bien poco había de durar aquella felicidad. Al apearnos en la Plaza de Cataluña me miró de una forma glacial, que heló mi sangre, y se alejó con paso decidido y sin volver siquiera la cabeza.

En el otro lado de la Plaza se anunciaba una exposición de la 26 División, y entré para ver si disipaba aquel malestar que empezaba a dominarme.

Vivía la realidad escueta y dura, sin ficciones ni falsos espejismos. Aquellos momentos pasados en el tranvía habían sido engañosos y falsos. La realidad era esta: mi soledad, mis ilusiones perdidas y mis anhelos truncados; y aun en medio de aquel gentío que se extasiaba mirando el vestido que Durruti llevaba cuando fue asesinado o un paracaídas cogido a los

fascistas o una bomba que no había explotado –eran estos nuestros trofeos–.

En las paredes laterales abundaban los trabajos en miniatura, hechos por personas de la mencionada División, los dibujos, más o menos bien ejecutados, y porque no faltara nada en asuntos de propaganda político–guerrera, periódicos del frente, y una fotografía, en la cual, entre un grupo de tipos ministeriales, en primera fila, aparecía el Sub–secretario de Instrucción Pública, con su barba nazarena, y en segundo plano se veía un personajillo de figura aviesa e insignificante. Era el Ministro. Ahora, al observarle en efígie me parecía ver su moral en toda su horrible deformidad, siempre a la zaga de los demás hasta en aquella fotografía.

Me recordaba que Fajardo nos había informado de ciertos pormenores de su vida claudicante. En la Revolución de Octubre de 1934, mientras que los compañeros se batían en Cimadevilla y El Llano, él se había acostado, pretextando una dolencia que no sentía, y en los primeros días de la sublevación militar, nadie le había visto por ningún lado hasta que nuestras posiciones fueron consolidadas, y el peligro de una salida por parte de las fuerzas, había desaparecido. Tal era este hombre que ocupaba tan elevado cargo.

Salí de la exposición, sintiendo en mi pecho germinar un profundo sentimiento de desprecio, mientras que en mis oídos sonaba como una carcajada sardónica e irritante aquella sentencia un poco zumbona: «¡No te preocupes; eso ya pasará!»

CAPÍTULO XVI

No tengo una noción exacta del tiempo. Los continuos bombardeos nos tenían cohibidos y atemorizados. No era posible salir de un refugio y andar quinientos metros sin ser sorprendidos por una nueva agresión. Las sirenas, tocando a alarma o normalidad, eran totalmente inútiles. Algunas veces el toque de normalidad era interrumpido por las explosiones de nuevos bombardeos. Durante estos últimos días, los ataques de la aviación italo-alemana fueron tan frecuentes que en veinticuatro horas, sufrimos veintitrés bombardeos. Hasta entonces las escuadrillas llegaban por el Mediterráneo, procedentes de Mallorca; pero ahora venían del interior. Tenían a setenta kilómetros un campo en Igualada y a aquellas horas quizá fueran dueños de el de Sabadell.

Los colaboradores de Negrín, comenzaban a dudar ante la realidad de los acontecimientos, aunque bastaba una nueva y vibrante alocución del hombre de los «triumfos finales», para que por un momento renaciera en ellos la esperanza. Bien es cierto que esta esperanza era forzada, parecida a la que tiene el

enfermo desahuciado, que espera se opere un milagro cualquiera que lo salve.

En la Rambla de las Flores encontré a Fajardo: caminamos juntos, y al llegar a la Plaza de Cataluña, levantó la vista al balcón, como los lagartos que tomaran el sol en un día de primavera, solían estar apoyados los elementos negrinistas de la Región Asturiana.

Ahora, aquel balcón, tan concurrido otras veces, estaba desierto.

- Estarán preparando las maletas –dijo Fajardo con ironía.
- Es posible, –contesté– porque la catástrofe se avecina.
- Aquí, como en Asturias, cantarán victoria hasta que hayan pasado la frontera, tratando por todos los medios de salvarse ellos los primeros, y de dejar aquí el mayor número posible de compañeros, como lo hicieron en Asturias. En fin pronto se verá lo que sea; porque esto no durará muchos días, –y estrechándome la mano se alejó.

Había intentado dormir en mi habitación de la calle Mercaderes, pero no me fue posible hacerlo: apenas cerraba los ojos, rendido por el sueño, cuando las explosiones de las bombas, que ya habían hecho saltar en añicos los vidrios de las ventanas, estremecían la casa hasta sus cimientos, llenándome, a mi pesar, de temor y zozobra. No obstante, mi pesimismo frente a los acontecimientos de la gran tragedia, el instinto de conservación se afirmaba en mí con inusitada fuerza.

Uno de estos últimos días, me levanté temprano y me vestí con la mejor ropa de tenía, esperando de un momento a otro ser destrozado por una bomba. Me eché a la espalda un zurrón de hule que me había regalado Adela y coloqué en su interior alguna ropa, unos utensilios de mi uso particular y unos cuadernos de notas, y salí a la calle.

Cuando estaba preparado para salir, acudió mi patrona, quien, con un gesto de estupor, me interrogó desazonada:

- ¿Cómo? ¿Se va, señor William?
- Sí, señora, me voy.
- Pero, ¿qué dices? ¿también usted tiene miedo a los bombardeos?
- No, no es miedo, es prudencia, –dije sonriéndome con tristeza.
- Pues no sea tonto; no se vaya por eso; que, si está de dios que ha de morir en un bombardeo, igual será aquí que en otra parte. ¡Lo que está escrito, está escrito!
- Dudo que dios sepa escribir, –le respondí con ironía.
- ¡No se burle, señor William! ¡Piense que le puede venir un castigo!
- ¿Mayor que este que sufrimos?
- Si, mayor aún.

– Es bastante difícil, pero, en fin, si cree que dios la va a librar de las bombas y otras calamidades, bien hace en no temer los proyectiles que tiran sus servidores...

Dejé a la mujer con su dios, sin esperar a escuchar la respuesta que se proponía darme, y me alejé de allí sin saber de momento que rumbo tomaría.

Por todas partes se veía el mismo cuadro desolador: seres humanos que cruzaban las calles con maletas o fardos de ropa a cuestas, reflejando en sus abatidos semblantes el ansia y el dolor. De vez en vez, aquel movimiento de gente desesperada era alterado por el paso de un camión, que todos miraban con la codicia y el rencor de no ser ellos los ocupantes. En estos momentos de vida o muerte, es cuando aparecen los egoísmos, legítimos hasta cierto punto, en el ser humano que lucha por conservar la existencia ante un peligro inmediato.

El dolor de aquel derrotado, pero no vencido; que, después de haber sufrido toda clase de privaciones, de haber realizado los mayores heroísmos y sacrificios, regando con su sangre el suelo que antes habían regado con su sudor, tenía como premio la derrota, producto de una serie de traiciones y de felonías, de las que había sido objeto, cosa que me conmovía, y me oprimía el corazón.

El valor, la desesperación y el abatimiento, como el heroísmo y la alegría de vivir, son efectos reflejos, contagiosos casi siempre; pero que suelen obedecer a causas más o menos reales. Este contagio del sufrimiento general que me invadía, estaba íntimamente ligado a mi propia derrota moral. ¿Acaso no

había venido yo a España henchido el corazón de optimismo? ¿Acaso no me había batido cara a cara con la muerte? Pero también recordaba los otros hechos aciagos que llenaban mi espíritu de negros pensamientos.

La aviación seguía su obra destructora, bombardeando el Puerto y los barrios adyacentes.

En dirección del Puerto se oían, a cortos intervalos, explosiones formidables que estremecían los edificios hasta sus cimientos.

La Rambla de las Flores estaba casi desierta.

Deseaba llegar a la Vía Durruti, para poder cerciorarme de lo que ocurría en aquellos momentos en la Casa CNT-FAI, esperando encontrar allí a algunos de mis compañeros, y, en caso necesario, si, siguiendo el ejemplo de las autoridades que ya habían salido de la ciudad, con rumbo a la frontera, hubiera necesidad de abandonar Barcelona, hallar un medio de transporte.

Penetré en el dédalo de callejuelas que existen en la vieja ciudad, pasando por Puerta Ferrisa, donde, en el local de las Juventudes Libertarias, ondeaba la bandera negra, atravesada por un gran letrero, cuyos caracteres estaban bordados en rojo.

Me fue necesario retroceder, cambiando de dirección algunas veces, debido a que la mayoría de las calles estaban embargadas por verdaderos montones de escombros, procedentes de las casas destruidas, como resultado de los muchos bombardeos sufridos.

De tiempo en tiempo, con cortas intermitencias, se oía el siniestro y aterrador silbido de las bombas que llenaba de congoja y zozobra los ánimos y ponía espanto en los corazones.

Crucé la Plaza de la Generalidad, donde observé sin asombro, como los ínclitos varones, los invictos héroes de cien batallas libradas sobre las mesas de los cafés, con aspecto compungido y desolado, salían de sus guaridas, acomodándose en sus lujosos Hispanos, dentro de los cuales se veían algunos efectos y maletas, desapareciendo a toda prisa.

En medio de aquel desorden, sin control de nadie; pues, los mozos de escuadra de vistosos uniformes, ya habían desaparecido, vi pasar a Segisberto, un poco pálido, como si recién se impusiera a la realidad de los acontecimientos, acomodado en su coche oficial, repleto de maletas, llevando a su lado a la muchacha más venturosa de sus muchas conquistas.

Este hombre que ya conoce el lector, siguiendo el ejemplo de sus compañeros de rapiña y traición, era, después de los ministros y sus satélites, uno de los primeros en salir de Barcelona.

«¡Oh almas débiles! ¡espíritus mezquinos, capaces de las mayores bajezas!» pensé yo en aquel momento de prueba, cuando a muchos kilómetros de Barcelona se seguía hablando por la Radio de victorias imaginarias y de esperanzas infundadas, a fin de que los auténticos antifascistas, los hijos del pueblo heroico y sublime, quedaran allí, confiados en las falaces promesas de sus dirigentes. Desde Figueras se seguían dando órdenes de resistir, mientras que salían de Barcelona de los jefes

militares y civiles en coches, las fuerzas armadas de la retaguardia, en camiones y el pueblo, indeciso aún por falta de noticias concretas, emprendía su vía crucis de a pie, sin más equipaje que un hato de ropa a la espalda. Se acercaba el fin de la guerra y comenzaba el éxodo de un pueblo cuyo delito no era otro que el de haber luchado por la libertad.

Frente a la Casa CNT–FAI había gran animación. Habían llegado algunos compañeros procedentes de los frentes, y se aprestaban a defenderse a pesar de la defección de los elementos oficiales. Sabían que iban a morir en aquel último esfuerzo, pero antes que el éxodo, que la vergüenza de la derrota, preferían una muerte honrosa, en defensa de las ideas. ¡Qué diferencia entre aquellos hombres oscuros y heroicos, y los otros que huían en sus coches oficiales!

Me encontré allí con algunos buenos amigos y con ellos pasé la noche, comiendo parte de los alimentos que traían.

Durante aquella noche arreciaron los ataques aéreos, y al día siguiente, salí a la calle, dispuesto a reunirse con mis amigos para emprender todos juntos la marcha, ya que los milicianos que quedaban en la Casa CNT–FAI se negaron a acompañarme, diciendo que estaban dispuestos a defenderse hasta encontrar allí la muerte, dando el pecho al enemigo. Perecerían bajo las ruinas de aquel edificio que sería atacado por los fascistas con todos sus elementos de combate y de destrucción.

«¡Así son los hijos de este pueblo, así debieron ser los defensores de Numancia, los exploradores que por primera vez en la historia, se aventuraron por mares desconocidos, poseídos

de un ideal!», pensaba yo, mientras me dirigía hacia la Plaza Francisco Ferrer Guardia. Hasta aquel nombre ilustre evocaba en mí recuerdos de luchas pretéritas y heroicas, cuya gigantesca obra, construida a fuerza de tantos sacrificios, se venía abajo de golpe, como el árbol que abate el hacha del leñador.

Llegué a la Plaza de la Universidad y me dirigí hacia la calle de Urgel, en busca de un compañero que tenía un coche; pero ya no encontré a nadie en la casa: se habían marchado.

Del lado del Puerto se elevaban gruesas columnas de humo negro que envolvían la ciudad y daban un olor acre a brea y benzol: eran los depósitos de gasolina y algunas casas, que quemaban sin que nadie se tomara ya el trabajo de extinguir el fuego.

Por todas partes y en todos los rostros, se leía la consternación y el espanto en aquella hora trágica y terrible cuando la muerte acechaba por doquier.

Ya hacía cinco días que los ministros y sus secuaces habían abandonado los Ministerios y lugares oficiales. Como siempre, los primeros en huir habían sido los que más obligación tenían de quedarse hasta el último momento. Ahora ya, la descomposición era completa: camiones cargados de guardias de asalto, sin ningún control; coches con tipos uniformados, de relucientes galones; ambulancias repletas de gentes que no eran heridos ni enfermos; y el pueblo, todo el pueblo, que marchaba hacia la frontera, con algunos efectos a cuestas, como si Barcelona hubiera sufrido una enorme sangría, por donde se le

escapara la poca sangre que le quedaba ya de su exuberante vitalidad.

También yo había salido de la casa dispuesto a marcharme; pero, ¿a dónde ir? Por las calles de Barcelona ya no se veían más que algunos hombres de aspecto indeciso y tímido que se miraban entre sí con curiosidad y recelo. A cada momento la aviación, sin encontrar ya resistencia alguna, volaba sobre la ciudad a poca altura, ametrallando unas veces, descargando toneladas de trilita otras e inspeccionando el terreno las demás. A menudo, se oían los cañones y silbaban los obuses que iban a explotar contra cualquier edificio de la Plaza.

Por la calle de las Cortes vi venir una multitud que corrían hacia la carretera de Mataró, gritando algunos de ellos con espanto:

– ¡Ya están en Hospitalet! ¡ya vienen por ahí!

Se hubiera dicho que se trataba de una multitud de dementes que corrieran al azar, huyendo de una visión de terror, creada por su imaginación de insanos. Pero la realidad era que, en efecto, ya se alcanzaba a oír el tableteo de las ametralladoras en la dirección de la Plaza de España.

Me sumé a ellos y anduve sin saber para donde iba, como un autómatas, con la indiferencia del hombre que perdió la conciencia de la responsabilidad y del peligro, calle adelante, siguiendo la misma dirección, confundido con aquella multitud alocada, poseída de un verdadero terror.

– ¡William!... ¡William...! oí que gritaban.

Al oír mi nombre, volví la cabeza en aquella dirección.

Tal era mi estado de ánimo que no comprendía la realidad del momento. Sin gran asombro, como una cosa natural, vi a Fany que corría hacia mí con el cabello enmarañado y se arrojaba en mis brazos, como quien encuentra una tabla de salvación.

– ¿Qué ocurre, mujer?, ¿qué te ocurre? –pregunté yo, como si en realidad no pasara nada.

– ¿Aun preguntas?

Y tenía razón. Entonces volvía a la realidad y tuve conciencia del momento, en que nuestras vidas pendían de la más pequeña eventualidad. Era el epílogo de aquella gran tragedia que tantas vidas había costado ya.

Ya un poco sosegada, se cogió de mi brazo, que oprimió con fuerza, como víctima de una gran excitación nerviosa.

Yo ya había vuelto a mi calma habitual.

– ¿Qué se ha hecho de los compañeros? –le dije.

– Ya marcharon ayer por la tarde.

– ¿Cómo no te fuiste con ellos?

– Ya ves. Esperaba a Segisberto que me prometió venir a buscarme.

– ¿En coche, eh?, –interrumpí irónico.

Me miró con tristeza y dijo, hondamente dolorida:

- Haces mal, William, en pensar así de mí.
- No hagas demasiado caso de mis palabras en estos momentos y esta situación.
- Bien: pero ahora más que nunca me interesa saber de Segisberto. ¿Le has visto?
- Sí, le vi.
- ¿Cuándo?
- Ayer, en la puerta de la Generalidad, marchaba camino de Gerona.
- ¿Hablas en serio?
- Naturalmente que hablo en serio; ¿por qué me lo preguntas?
- Porque prometió venir a buscarme.
- ¡Cómo no vuelva desde allí!...
- Le debe haber sucedido algo, cuando no vino. Me lo prometió y no faltaría a su palabra por nada del mundo.
- Puede ser –dije con indiferencia.

¡Pobre Fany! No sabía ella que el pretendido héroe, enchufado en la Generalidad con un buen puesto de burócrata, era uno de

los tantos compañeros que no habían tomado la guerra en serio hasta el momento de la derrota; y en estos instantes tenían un coche y una mecanógrafa bonita para salir a tiempo de la ciudad.

– ¿Iba solo cuando le viste? –interrogó con la ansiedad de una mujer abandonada que comprueba el primer engaño... (Esta era en aquel momento mi creencia).

– No presté atención a este detalle.

Podía haberle dicho la verdad. Ser franco ahora como ella lo había sido conmigo, con esa brutalidad, con ese voluptuoso placer, que predice en el victimario la agonía de la víctima; pero, ¿para qué? Una mentira piadosa es siempre preferible a una verdad que mate todas nuestras esperanzas.

La venganza es el placer de los dioses, decía un filósofo de la antigüedad. Y es posible que sea cierto; pero también es el placer morboso de los seres pequeños y miserables. Un corazón generoso jamás sentirá el goce de la venganza.

El recuerdo del pasado me causaba un hondo pesar, algo así como un descozor, producido al raspar una herida no bien cicatrizada aún. Sentía un gran dolor moral evocando sus desdenes, sus desprecios y sus crueles manifestaciones; pero lo que más había herido mi corazón enamorado y sensible, era el saberla enamorada de un despreciable burócrata, que no sentía ni había sentido jamás las ideas; pues, como otros muchos, era un bolchevique disfrazado de anarquista.

Era una víctima de sus afectos ilusionistas. El hombre no había tenido gran importancia para ella, y ahora sufría el resultado de su elección, cegada por las apariencias.

«¿Para qué exacerbar más su dolor?» –Pensaba yo, aunque ahora me acordaba cuando ella, dura y fría como el acero que hiere, me decía, como sintiendo aun satisfacción en torturarme: «No te canses ni pierdas el tiempo, ¡No te quiero a ti: quiero a otro!»

El recuerdo estaba sangrante y, sin embargo, no la odiaba. En mi pecho acostumbrado al sufrimiento no tenía lugar el odio.

Yo había amado a aquella mujer en ideas, cosa que ella no había podido ni querido comprender jamás, prefiriendo al galán vacuo y jactancioso antes que al compañero enamorado.

Aunque ilógico y absurdo, este hecho es muy corriente en la mayoría de las mujeres, que casi siempre se prendan de la fastuosidad aparatosa, y desprecian el afecto sereno, sencillo y elevado del hombre modesto y sincero.

La gente seguía corriendo alocada presa de un pánico rayano en la locura, en dirección a los barrios extremos, siguiendo la avenida de las Cortes.

Un obús silbó sobre nuestras cabezas con una especie de chirrido breve y agudo, parecido al de un tranvía que doblara una curva, yendo a caer a la Plaza de Tetuán.

Fany se estrechó contra mí, temblorosa, como buscando apoyo, en el paroxismo del terror. Su cuerpo se agitaba frenético

y trémulo; parecía sufrir los primeros síntomas de un ataque de nervios.

– ¡Cálmate mujer! ¡ya pasó, no es nada! –le dije estrechándola suavemente contra mi pecho.

Me sentía conmovido ante su dolor, olvidando el peligro que corríamos, y sin embargo, de aquel amor vehemente, apasionado y ciego que en otro tiempo me privara del sosiego, turbando la tranquilidad de mi espíritu, no quedaban otros vestigios que un sentimiento de compasión.

La había compadecido cuando la juzgaba enamorada de Segisberto, y, aunque con un afecto fraternal, la compadecía ahora en su desgracia.

Había jugado con mi corazón, despreciando mis más nobles sentimientos. Me había herido, quizá sin quererlo, pero obedeciendo al instinto de mujer que se goza cuando hiere al ser que la ama, quizá estimulada por ese amor propio femenino que, en defensa del sexo, se complace en humillar al hombre enamorado.

Y yo, en estos momentos de angustia colectiva, no sentía hacia ella otra cosa que un sentimiento solidario. No podía seguir amando a quien había despreciado mis más nobles sentimientos y me había herido en lo más hondo de mi ser; pero, tampoco la odiaba: en medio de aquella barahúnda de gente alocada; ante la incertidumbre de lo que nos podía suceder de un instante a otro; frente a los horrorosos y trágicos sucesos de la catástrofe final, con la posibilidad de ser despedazados por una bomba en cualquier instante, el recuerdo de sus primeras atenciones para

conmigo, tenía más valor que sus muchos desvíos y desdenes. Mi corazón atormentado durante algunos meses, poco a poco echando al olvido los agravios pasados.

El olvido del mal y el recuerdo del bien acaban por traer la tranquilidad a nuestro conturbado espíritu, dándonos fortaleza y optimismo en los momentos de prueba.

Justamente con estos recuerdos; dolorosos unos y reconfortantes otros, acudían en mi memoria tristes presentimientos que me llenaban de pesadumbre y zozobra, ante la idea de lo que les pudiera haber ocurrido a mis buenos amigos.

Más que de las plácidas discusiones tenidas con ellos, de quienes no sabía otra cosa que lo dicho por Fany, me acordaba de Lidia, afectuosa y sencilla, quien quizás me había amado en silencio, con un amor sincero que tal vez me hubiera hecho feliz. ¿Por qué no me había fijado en ella? No lo sé. ¡El amor es una especie de narcótico que embota nuestros sentidos con tal fuerza que acaba por obsesionarnos, hasta el extremo de incapacitarnos para ver ni pensar en otra cosa que no sea el objeto amado!

La honda tragedia del pueblo español, al que admiraba por sobre todas las cosas y amaba como se ama a una madre, la llevaba ahora clavada en el corazón. Su abnegación, su heroísmo y su valor me habían impresionado de tal manera que este sentimiento, conjuntamente con mi drama interior, absorbía por completo todas mis facultades mentales.

Veía como este pueblo había sido engañado, juguete de ambiciones bastardas y desmedidas; traicionado en sus más legítimas aspiraciones, por cuanto habían medrado a costa de sus sacrificios, hasta que, maltrecho y decepcionado, sin poder sostenerse por más tiempo, era derrotado, pero no vencido.

Víctima de los fascistas perversos y fanáticos, que asesinan, y oprimen al país para entregarse a las fuerzas extranjeras; víctima también, por otra parte, de unos hombres audaces e hipócritas como jesuitas que pretenden implantar otro fascismo, asesinado a cuantos tuvieran la osadía de pensar con criterio propio, y que, deliberadamente preferían la derrota de la causa del pueblo a una victoria, donde ellos no pudieran imponer a rajatabla sus métodos dictatoriales; y, por fin, víctima también de los aprendices a políticos, quienes transigían con los enemigos del pueblo productor, con tal de poder conservar sus puestos en los ministerios o en la Generalidad, ocultando sus bastardas e innobles ambiciones detrás de la etiqueta de libertarios.

¡Pobre pueblo! ¡El soldado raso que peleaba, la madre que entregaba al hijo, la esposa que despedía abnegadamente a su compañero, en el umbral de la muerte, camino del frente; en fin el pueblo anónimo, era quien sufría con heroísmo todas las penurias, las adversidades y los reveses de la guerra! Y ahora, como si todavía no hubiera sufrido lo suficiente, emprendía su éxodo de dolor y de angustia, por el único camino que le quedaba libre. La carretera de Francia.

CAPÍTULO XVII

Los fascistas emboscados que esperaban la llegada de los invasores para salir a la calle a recibirlos, extendiendo el brazo a la romana, de vez en cuando entreabrían las puertas de las ventanas y balcones, asomando sus narices, semejantes a picos enormes de aves de rapiña, satisfechos del final de la guerra, mientras que los neutros permanecían indecisos, encerrados en sus casas, como zorros en la cueva, sin saber que determinación tomar ante la proximidad de un enemigo formidable que sembrada por todas partes el terror, la muerte y la desolación.

En ellos se imponía el instinto de conservación de todo hombre metódico y ordenado, aun cuando este orden de cosas que les rodea, sea sostenido por las bayonetas.

Detuvo el curso de mis pensamientos el toque de la sirena con su aullido terrible y desolador, como un toque de arrebato.

Nos refugiamos en un portal, buscando un rincón, como sitio más seguro contra la metralla.

Hubo un corto intervalo de silencio en que por mi mente galoparon las ideas en tropel, como caballos desbocados.

– ¡Pobre Fany! –exclamé en uno de esos estados de semiinconsciencia en que nos encontramos cuando vivimos ajenos a cuanto nos rodea.

– ¿Por qué pobre? Veo en ti un aspecto de piedad hacia mí que no me satisface –dijo, mirándome con aquella frialdad característica en ella.

– No se lo que me digo...

– Lo que te sucede es que me crees enamorada de Segisberto y no hay tal cosa.

– Es para mí una sorpresa lo que acabas de decir.

– No veo razón para que te sorprendan mis palabras.

– Nuevo enigma.

– ¿Enigma? ¿y de qué?

– De tu complicada psicología.

– ¿Complicada, has dicho? ¡No estoy enamorada! ¡Eso es todo!

– Es que el desengaño habla por tu boca, –dije yo casi contento de saber que no quería a aquel tipo hueco y antipático.

- No tienes razón para juzgar a tu antojo y sin fundamento mis relaciones con Segisberto. No he obrado con él mejor que contigo. Quizás hayas sido tú el compañero a quien más afecto he demostrado en mi vida...

- ¿A mí? -La interrogué, recordando sus desdenes y sonriéndome de una manera sarcástica.

- ¡Sí, a ti!, ¡no te rías! -dijo con firmeza. ¿Acaso te olvidas de mis deferencias para contigo? Luego vino aquello del enamoramiento y eso merece una explicación. Yo quería y quiero conservar mi libertad. No estaba enamorada de ti; te quería con el afecto fraternal y no podía simular un amor que no sentía ni quería sentir; pensando curarte, quizá he sido brutal en algunos momentos, pero me animaba el mejor deseo de desterrar de tu corazón aquella pasión que yo estimaba morbosa y a la que no podía corresponder. Quise elevarte, salvándote del naufragio moral en que te veía. Creí que lo lograría eso hiriendo tu amor propio de hombre; porque los hombres se figuran con todos los derechos en el amor como en todas las demás funciones sociales. He sostenido una lucha conmigo misma y preferí obrar como lo he hecho a sacrificarme, por complacerte, fingiendo un sentimiento que no sentía. Si de nuestras relaciones se deduce que hubiera una víctima, era lógico que lo fueras tú. ¿Obré mal o bien? ¿Quién lo sabe? Quizás algún día, no muy lejano, reconozcas mis razones y la alteza de mis pensamientos, cuando pasado este estado anormal, creado en nuestro espíritu por la guerra, se puedan juzgar las cosas y los hechos, dando cada uno el valor que tiene.

Una formidable explosión cortó sus últimas palabras. Los cristales de la puerta en pedazos, a la vez que la expansión de los gases lo sacudía todo con violencia, azotándonos como papeles contra la pared.

Fany se apretó contra mi pecho y yo la acaricié como un autómatas, sin darme exacta cuenta de lo que hacía. Cuando levantó hacia mí sus hermosos ojos los tenía anegados en llanto.

Ahora comprendía en toda su realidad la grandeza de espíritu de Fany; su carácter independiente y sus pensamientos elevados; aunque en el fondo reconocía también que, en aquella pretendida independencia, en aquel afán de coqueteo con el burócrata había algo de vanidad femenina. ¿Por qué le interesaba más aquel personaje que los demás compañeros? ¿Por qué había confiado en su palabra a última hora?... en todo ello existía un algo que a mi juicio quedaba flotando entre su grandeza de espíritu y sus debilidades de mujer. El mismo hecho de ser despiadada y hasta cruel, despreciando mi cariño, era un caso poco explicable en un espíritu selecto y elevado; y es posible que ahora, el desengaño la hiciera reaccionar en forma contraria a sus pasadas inclinaciones.

Es indudable que en las inclinaciones humanas tan mudables se operen apreciables cambios por efecto de las circunstancias, y en Fany aquella situación desesperada, donde el instinto de conservación se imponía a toda idea preconcebida y a todo sentimiento de orgullo, por una serie de reacciones mentales, había cambiado el curso de sus sentimientos.

Para ella que hasta la misma víspera de la catástrofe había creído en las palabras de Negrín, transmitidas y abultadas por uno de sus émulos, el golpe debiera de haber sido terrible.

Salimos a la calle. A unos sesenta metros de allí encontramos cuatro cadáveres, horriblemente mutilados, entre los cuales vimos una pobre mujer destrozada, con un niño ensangrentado a su lado, el cual con su carita llena de polvo miraba hacia el infinito, como pidiendo venganza contra tan horrendos crímenes, a un dios ciego y sordo a los clamores humanos.

Al pasar cerca de los cadáveres los fugitivos, los miraban con indiferencia, siguiendo su camino, con el apresuramiento del que solamente procura salvar la propia vida amenazada.

Algunos vehículos pasaban a gran velocidad ante nosotros, cargados de guardias de asalto. Sus semblantes descompuestos, estaban lejos de reflejar la alegría de vivir que sentían hacía unos días. No obstante, la decepción que les causara el desastre final, aun seguían siendo privilegiados, ya que viajaban en camiones, mientras que el grueso de la población, caminaba a pie, con sus bártulos a cuestas.

Las personas que afluían de todas partes, eran como pequeñas corrientes de agua que van formando un caudaloso río. Y los grupos de hombres, mujeres y niños que llegaban por distintas calles a la carretera de Mataró, formaban una enorme caravana de peatones que llevaban en sus caras, alargadas por las vigiliassufridas, la ansiedad del momento dramático que se vivían.

Ya en la carretera de Mataró, volví los ojos hacia la gran ciudad catalana, envuelta en nubes de humo.

Se oía en el espacio el ronquido terrible de los motores alternando con fuertes explosiones.

El éxodo proseguía ininterrumpido.

Aquellos miles de seres humanos que desfilaban ante nosotros, eran los hijos del pueblo que sufre. Los responsables de la tragedia no estaban allí: se encontraban en Figueras o quizás en la frontera, ordenando la resistencia.

– ¡Quién iba a esperar este desenlace! –exclamó Fany con amargura.

– Cualquiera que pensara con la cabeza, que por nuestra desgracia fueron los menos, no podía esperar otra cosa, visto el cariz que tomaba la guerra.

– Hemos sido engañados como verdaderos niños, a quienes se les ofrece un juguete.

– Algo peor que eso, porque la actitud de estos hombres es incalificable, algunas veces he pensado si la táctica criminal, seguida por ellos no tenía un fin, aunque monstruoso, deliberado, de dejar en España el mayor número posible de antifascistas, para luego en el extranjero poder gozar el producto de sus rapiñas, sin ser turbados por importunos testigos.

– A estas alturas ya nada me sorprende –agregó Fany–. El velo que me cubría los ojos se ha corrido, y hoy veo la realidad de este drama terrible que nos rodea.

– A mí no me sorprende: lo tenía previsto. Mi sorpresa fue a la llegada a España, cuando sufrí la afrenta de ser tratado por los que se decían antifascistas como un enemigo.

– Tú sí; pero no todos teníamos esa experiencia.

– Así era en verdad.

Nos callamos y seguimos en silencio por la carretera, mezclados con un gentío que se movía a todo lo largo de ella, como un enorme ofidio puesto en movimiento.

Un nuevo bombardeo, seguido de una persecución por unos aviones que nos ametrallaban en picada, dispersó los fugitivos, quienes poseídos de un terror indescriptible se tiraban de bruces en las cunetas y al lado de las paredes, mientras que lo lejos se oía indistintamente explosiones formidables, producidas por los bombardeos de la ciudad.

– ¡Vamos, vamos! –dijo Fany, al pararme yo ante el horripilante espectáculo– ¡no quiero ver eso!...

Avanzamos calle adelante.

La declaración de Fany, sus lágrimas y el cuadro que terminaba de ver habían obrado en mí en forma de reacciones sucesivas, saltando desde la región de los sueños a la realidad más terrible de una existencia deleznable, expuesta a las más trágicas contingencias. Lo que no había comprendido en diez meses de sufrimiento lo había comprendido ahora en un momento.

De aquellos hombres que el 19 de Julio salieron a la calle a combatir al Ejército y al fascismo, armados con escopetas y pistolas, pocos quedaban ya: la mayoría de ellos habían perdido sus vidas, como tributo al dios terrible de la guerra.

Sus cadáveres, abandonados en los campos de Aragón, en las llanuras de Castilla y en los vericuetos de las montañas cantábricas, abonan con su sangre generosa el suelo de Iberia, de ese país de hombres indómitos que habían sabido pelear, corajudamente contra las fuerzas indígenas y extranjeras, muy superior a ellos.

Los restos de estas milicias, con sus rostros barbudos y sus pálidos semblantes ojerosos, seguían peleando con inútil heroicidad, mientras que las mujeres que dejaban detrás de sí a sus queridos seres, emprendían ahora el trágico éxodo, expatriándose del suelo donde vieron la primera luz y sintieron la primera caricia amorosa.

El cuadro desolador que representaba el ver aquella caravana de millares de personas de ambos sexos y de todas las edades, que afluían a la carretera de Mataró, arrastrando carros de mano, portando a la espalda hatos de ropa, maletas y lo demás diversos objetos, se adentraba en mí, para dolerme en lo más hondo. Aquellos rostros alargados por las privaciones, aquellas miradas donde se reflejaba el ansia y la desesperación de la multitud que marchaba por la carretera, semejante a una enorme serpiente, puesta en movimiento, superada a la sucesión de imágenes y sentimientos sufridos durante la jornada, como consecuencia de la declaración de Fany que abría ante mí un nuevo mundo de perspectivas, respecto al valor

moral de la mujer, cuando puede conocerse a sí misma y dominar los impulsos de su corazón, propenso a dejarse engañar por falsas apariencias.

Dos hileras de seres humanos, cargados con las cosas más inverosímiles, caminaban trabajosamente hacia Gerona. Era el éxodo de todo un pueblo que prefería expatriarse a sufrir el yugo del tirano.

Encontramos un camión parado cerca de un depósito de gasolina, que fue, en un momento, asaltado por los peatones. Cogí a Fany en brazos, como si se tratara de una niña y la coloqué en su interior... La gente del pueblo es siempre sufrida y noble. Hasta allí, en aquellos momentos, cuando se respiraba la tragedia por todas partes, al oírnos hablar en una lengua extranjera, tuvieron para con Fany atenciones superiores a las que las circunstancias permitían, y me invitaban a subir.

– Sube, compañero, que todavía cabe alguno más.

¡Palabras sublimes; pueblo solidario hasta el sacrificio! ¡Yo te amo con todo mi corazón y con todos mis anhelos!

Me quedé en tierra, como un ser abúlico e inconsciente de cuanto ocurría a mi alrededor. Como un insensato seguí carretera adelante sin saber a punto fijo lo que hacía.

El camión partió. Fany, de pie en la parte trasera, parecía una estatua de bronce, animada por sus ojos inolvidables.

Me miró asombrada y me gritó:

- ¡William! ¡William!... ¿Por qué te quedas?...

Me sonreí y la saludé con la mano levantada, agitando el pañuelo hasta que el camión se perdió a lo lejos, en una curva de la carretera.

Me sentí solo, con esa soledad anonadadora del espíritu, en medio de la caravana interminable que seguía la carretera, atendiendo cada cual, a la solución particular de su problema, sin preocuparse de los demás.

En la Historia se han dado otras veces estos casos de emigración forzada, pero posiblemente sea este el único, donde un pueblo abandona su patria, el suelo donde pasó sus mejores días, el terruño, al cual estaba ligado, los lazos de familia y sus afectos, para expatriarse, sin saber a dónde ir. Tal era el caso de este Pueblo que desfilaba ahora ante mí, con rumbo desconocido...

Era tan grande mi dolor que, contra mi propia voluntad, sentí que acudían las lágrimas a mis ojos.

Cuando volví a la realidad continué mi camino, mezclado con una multitud de peatones que eran la representación más genuina y auténtica del verdadero Pueblo, de ese Pueblo siempre vejado y escarnecido que sufre en silencio sus desdichas, y del cual solamente se acuerdan los pontífices de la política, cuando tienen necesidad de su concurso, para sacrificarse.

Cuando hube terminado la lectura, de esta narración que yo juzgo verídica, de una realidad indiscutible, con el manuscrito debajo del brazo, me encaminé, carretera adelante, hacia la Junquera, donde una multitud se agolpaba deseosa de pasar la frontera.

Pensé en William, todo corazón y entusiasmo y en Fany, original e inteligente.

¿Dónde estarían en aquel momento? Quizás mezclados entre aquellos miles de personas que ocupaban todo el Pirineo. Hubiera querido conocerles, hablarles; pero, luego, ante aquel éxodo de todo un pueblo heroico, ante tantas calamidades como las que ya había presenciado, me mezclé con la multitud y emprendí otra vez la marcha hacia la frontera.

FIN

Falaise, (Francia) julio de 1939.



ACERCA DEL AUTOR

FERNANDO SOLANO PALACIO fue un escritor libertario español nacido en 1887.

Emigró a América en su juventud y pasó durante diez años por Argentina, Chile, Panamá y Nueva York, donde trabajó en los astilleros.

Al regreso a España colaboró en las revistas anarquistas, *Tierra y Libertad* y *Revista Blanca*. Participó activamente en la Revolución de Asturias. Escribió el libro, *Jardín de Acracia*, en la cárcel de Oviedo durante 1935. Fue miembro de la CNT y de la FAI.

Otros libros suyos son: *La revolución de octubre. Quince días de comunismo libertario*, *La tragedia del norte. Asturias mártir*, y el aquí presentado: *Entre dos fascismos*.